

**DEJA QUE LOS
PERROS LADREN**

**NOS TOMAMOS
LA UNIVERSIDAD**

**Sergio
Vodanović**



PRO

EDITORIAL
UNIVERSITARIA



CORMORAN

BIBLIOTECA NACIONAL DE CHILE

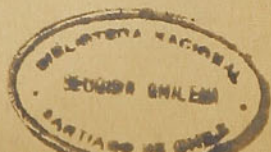
Sección Chilena

Ubicación..... 94(314-101)
Año Ed. 1973..... Copia..... —
Registro Seaco..... S/R
Registro Notis..... AA45300

BIBLIOTECA NACIONAL



0171461



DEJA QUE
LOS PERROS LADREN

Y

NOS TOMAMOS
LA UNIVERSIDAD



Colección
TEATRO



© Editorial Universitaria, S. A., 1970
Inscripción N° 37.709
Derechos reservados para todos los países

Texto compuesto con fotomatrices *Photon Baskerville*
Se terminó de imprimir esta 3ª edición en los
talleres de EDITORIAL UNIVERSITARIA, S. A.
San Francisco 454, Santiago de Chile
en el mes de junio de 1972
3.000 ejemplares

Proyectó la edición *Mauricio Amster*

*Deja que los perros ladren y
Nos tomamos la Universidad*
es el volumen N° 2
de la Colección

TEATRO

1ª edición, abril 1970
2ª edición, agosto 1971
3ª edición, junio 1972

bnch
ch 862
V872d
1972
AAA1200

IMPRESO EN CHILE
PRINTED IN CHILE

Sergio Vodanović

Ch 862
V 872d
1972
AAA 5200

DEJA QUE
LOS PERROS LADREN

Y

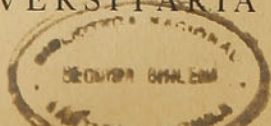
NOS TOMAMOS
LA UNIVERSIDAD

Teatro

3ª edición



EDITORIAL UNIVERSITARIA



DEJA QUE
LOS PERROS LADREN

pág. 8

NOS TOMAMOS
LA UNIVERSIDAD

pág. 73

BIBLIOTECA NACIONAL
Sección Central

Deja que
los perros ladren

R E P A R T O

por orden de aparición

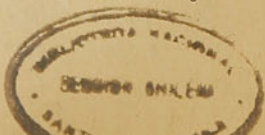
ESTEBAN URIBE

OCTAVIO, SU HIJO

CARMEN, SU ESPOSA

EL MINISTRO

RAMÓN CORNEJO



Primer Acto

CUADRO I

El living-room de una casa de familia de la clase media en la Avenida Portugal de Santiago. Es una casa de un piso, cuya entrada da directamente a la calle. El living-room está amoblado en tal forma que lo característico en él es la ausencia de unidad. Hay muebles y objetos pertenecientes a diversos estilos y épocas. Así, por ejemplo, se ve una radio de sobremesa antigua, de forma vertical, al lado de un sencillo pick-up y una biblioteca con puertas de vidrio y madera barnizada negra. Los sillones y las sillas están cuidadosamente conservados, pero pasados de moda. En cambio, lámparas, ceniceros y otros adornos son modernos y revelan cierto buen gusto. En la pared y repisas se entremezclan cuadros modernos y viejas litografías o retratos familiares. Diríase que en esa sala se advierte el deseo de los dueños de casa de llegar a tener un hogar moderno y cómodo, pero sólo han logrado proporcionarse uno que otro objeto de acuerdo con sus deseos. El living-room tiene sólo una entrada al centro, en el foro. Esta, desprovista de puerta, comunica con el pasadizo que, a la izquierda, lleva a los dormitorios y habitaciones interiores. A la derecha, conecta con la entrada de la casa.

Al levantarse el telón están en escena ESTEBAN URIBE y su hijo OCTAVIO. ESTEBAN se halla cargando una antigua máquina fotográfica de cajón, mientras OCTAVIO, en mangas de camisa y con un pantalón viejo, examina y limpia, en una palanquilla con bencina, el carburador del automóvil.

OCTAVIO — Con este carburador no sé cómo diablos podía caminar el pobre Ford.

ESTEBAN (*sin dejar de operar en su máquina fotográfica*). — Porque es un auto sufrido como ninguno. Estoy seguro que hasta puede andar sin bencina.

OCTAVIO — Mejor no hagas la prueba, papá.

ESTEBAN — El Ford y yo nos conocemos hace veinte años. Más que un auto, es un buen amigo.

OCTAVIO — Veintiuno, papá. Lo compraste antes que yo naciera. Ya me lo sé de memoria.

ESTEBAN — ¿Veintiún años? El Ford es mayor de edad entonces.

OCTAVIO — ¡Hace rato! Lo compraste usado.

ESTEBAN — ¿Crees que la Ford ha hecho un modelo mejor que el del año treinta?

OCTAVIO — ¡Claro que sí!

ESTEBAN — Veamos. . . ¿Cuál?

OCTAVIO — Todos los que ha hecho después del treinta.

ESTEBAN — ¡Siempre soñando con un auto último modelo!

OCTAVIO — ¿Hay algo malo en eso? El otro día un compañero me trajo a la casa en su propio auto. No en el del papá. En el propio. ¿Sabes lo que era? Un Dodge nuevo. ¡Qué auto!

ESTEBAN (*dejando en una mesa la máquina*).— Me gustaría sacar una fotografía de una rompiente enorme. Se me ocurre que en la puntilla de El Quisco puedo encontrar lo que ando buscando.

OCTAVIO — Con esa máquina sólo sacas manchas blancas: el agua, y manchas negras: las rocas. Tu álbum está lleno de manchas blancas y negras.

ESTEBAN — Pero un día voy a sacar una fotografía realmente buena. Vas a ver. Una fotografía que en nada envidiaría a las del »Life«.

OCTAVIO — Hace años que estás sacando la misma fotografía, papá. Algún día te tiene que resultar. A lo mejor mañana, en el paseo.

ESTEBAN — ¿Sabes? Me gustaría averiguar si podemos conseguir alguna casita para el verano. . .

OCTAVIO — ¡Oh papá, sería formidable!

ESTEBAN — Irias tú y tu madre por la temporada y yo los visitaría los fines de semana. Si no hay mucho trabajo en la oficina, hasta podría pedir mis quince días. . .

OCTAVIO — ¿Y la Clarisa?

ESTEBAN — Le damos vacaciones y que se vaya al campo con su gente. Está muy vieja la Clarisa y me temo que cualquier día se nos muera aquí.

OCTAVIO — ¿Y tú quieres mandarla al campo para que se muera allá?

ESTEBAN — ¿Sabes que sería una buena idea? (*Con resignación*). Pero va a volver. Estoy seguro de que va a volver. Estas viejas no se mueren nunca.

OCTAVIO — ¡Tres meses en la playa! Bañarse todos los días, acostarse de guatita al sol. . .

ESTEBAN — Eso, claro está, si apruebas tus exámenes.

OCTAVIO — No te preocupes. Seguiré la tradición familiar y seré un abogado como mi padre y como mi abuelo, saliendo bien en todos los exámenes.

ESTEBAN — Y con distinciones.

OCTAVIO — ¿Cuántas coloradas te sacaste en Derecho Romano, papá?

ESTEBAN — A ver. . . déjame recordar. . . Bueno, fueron. . . fueron. . . Fue una, en verdad.

OCTAVIO — ¿Te das cuenta? Yo me saqué tres. La familia está progresando.

Entra CARMEN, esposa de ESTEBAN, trayendo un canasto con provisiones para el paseo.

CARMEN — Esto es todo lo que he juntado para mañana. Mejor que lo revisen bien para que después no reclamen.

OCTAVIO — ¿Cuándo he reclamado yo?

CARMEN — La última vez, en el viaje de vuelta, no hiciste más que alegar que te habías quedado con hambre.

ESTEBAN — ¿Y yo? ¿He protestado alguna vez?

CARMEN (*dándole un beso en la mejilla*).— Siempre.

OCTAVIO — Mamá, tu hijo está presente.

CARMEN — Aprende, entonces. . .

OCTAVIO — No tengo nada que aprender. Que ella aprenda.

CARMEN — ¿Ella? ¿Quién es ella?

OCTAVIO — Bueno. . . la que me toque.

CARMEN (*remedándolo*).— La que me toque. . . La que elijas querrás decir. ¿O crees que yo le toqué a tu padre? Él me eligió.

ESTEBAN — No le hagas caso, Octavio. Las que eligen son siempre ellas.

CARMEN — Si estás descontento con la elección, lo siento. Ya

es tarde para devolver la mercadería. (*Haciendo mutis*). ¿O no, dices tú?

OCTAVIO (*que está intruseando en la canasta, saca un paquete*).— ¡Sandwiches de jamón!

ESTEBAN (*imitando y sacando dos huevos*).— ¡Huevos duros!

OCTAVIO (*igual*).— ¡Duraznos al jugo!

ESTEBAN (*abriendo una fuente*).— ¡Lomito de chancho!

OCTAVIO (*haciendo lo propio con otra fuente y poniendo mala cara*).— ¡Acelgas!

ESTEBAN — Y tampoco nos podemos quejar de estas botellas.

CARMEN (*entra, blandiendo un salchichón*).— ¡Y para terminar! ¡Salchichón!

ESTEBAN — ¡Pero este va a ser un banquete!

OCTAVIO — Apuesto que mañana no parte el auto.

ESTEBAN — Octavio, no te permito que desconfíes del Ford.

CARMEN — Esteban...

ESTEBAN — ¿Sí...?

CARMEN — ¿No podríamos llevar a la Clarisa?

ESTEBAN (*rotundamente*).— ¡No!

CARMEN — Pero, Esteban...

ESTEBAN — Hay que hacer algo con la Clarisa. Tiene que volverse al campo con su familia. Ya no nos sirve. Eres tú la que está trabajando en vez de ella. No podemos convidar a nadie a la casa, porque la Clarisa no sabe servir la mesa; no podemos...

CARMEN — ¿Y a quién podríamos convidar?

ESTEBAN — Al Ministro.

CARMEN — ¿Y para qué lo quieres convidar?

ESTEBAN — Me gustaría hacerlo. Tú sabes. Somos amigos desde la Universidad. Fue compañero de curso y no un compañero cualquiera. Estudiábamos juntos, vivíamos cerca, íbamos uno a la casa del otro...

CARMEN — De eso sólo tú te acuerdas. Él ya lo habrá olvidado.

ESTEBAN — Es que ahora es el Ministro, y sólo hablamos de lo que sucede en el Ministerio; pero muchas veces me ha dicho: »Uno de estos días te voy a invitar a la casa para que charlemos y hagamos recuerdos...«

CARMEN — Pero no te ha convidado nunca...

ESTEBAN — A él le es difícil. Tiene muchos compromisos. Se le olvida... Me hubiera gustado decirle: »¿Por qué no te vas mañana a comer a la casa? Te presento a mi señora y a mi hijo y pasamos horas acordándonos de cuando éramos estudiantes«. ¿Sabes por qué no lo he hecho? La Clarisa.

OCTAVIO — ¿Era buen alumno el Ministro en la Universidad, papá?

ESTEBAN — Regularcito. Yo tenía que ayudarlo para que aprobara los exámenes. Siempre andaba en reuniones y líos. Desde chico le gustó la política.

OCTAVIO — Le ha ido bastante bien.

ESTEBAN — Ha llegado lejos. Ahora, él es el Ministro y yo un Jefe de Departamento. El Jefe del Departamento de Salubridad Social. ¡Qué título más estúpido!

CARMEN — ¿No estás contento, Esteban?

ESTEBAN — Esto es lo que quería ser. Era el puesto que tenía mi padre cuando murió, y yo estoy seguro que si él viviera estaría orgulloso de verme ocupar su mismo escritorio, pero...

CARMEN — ¿No eres feliz?

ESTEBAN — Tanto como tú.

CARMEN — Mucho, entonces.

ESTEBAN — No todo lo que te mereces.

OCTAVIO — Creo que ya terminé con este carburador.

ESTEBAN — Anda a colocarlo, entonces, y trata de que no te sobren piezas. No confío mucho en tus conocimientos mecánicos.

OCTAVIO — Un abogado no tiene por qué saber de mecánica.

ESTEBAN — Yo soy abogado y ningún mecánico ha sido capaz de meterme el dedo en la boca, todavía.

OCTAVIO — Salvo cuando mandaste a ametalar las bielas y después de darle tu visto bueno se fundieron a la semana siguiente.

ESTEBAN — Esa vez...

CARMEN (*interrumpiendo*).— Bueno, no principien a discutir ahora quién tuvo la culpa en el famoso asunto de las bielas. Nunca han sido capaces de descubrir al culpable.

Suena el timbre. CARMEN hace ademán de ir hacia la puerta.

ESTEBAN — No vayas tú, Carmen. Para eso está la Clarisa.

CARMEN — Pero... (*Los tres esperan que CLARISA vaya a abrir. CLARISA no aparece y nuevamente suena el timbre*). Anda tú, Octavio. La Clarisa no se siente bien.

OCTAVIO *hace mutis hacia la puerta de entrada. Se oye abrir la puerta.*

ESTEBAN — Cualquiera de estos días vas a terminar llevándole el desayuno a la cama.

OCTAVIO (*dentro*).— Un momento, señor. Voy a avisarle.

Entra OCTAVIO apresuradísimo y excitado.

OCTAVIO (*a media voz*).— Papá, es a ti. Me parece que es el Ministro.

CARMEN — ¿El Ministro? (*Se dirige de inmediato a la mesa y trata de arreglar algo*).

ESTEBAN — No lo dejes esperando. Hazlo pasar.

OCTAVIO *hace mutis.*

OCTAVIO (*dentro*).— Pase, señor.

Entra el MINISTRO seguido de OCTAVIO. Es un hombre seguro, elegante. Hay en sus facciones y en sus gestos la marca del hombre acostumbrado a ser el N° 1.

MINISTRO — Excúseme, si molesto.

ESTEBAN — ¡Ramiro! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo se te ocurrió venir? Mi señora. (*Se saludan cambiando algunas palabras*). Este es mi hijo Octavio.

OCTAVIO (*estira la mano y luego la retira rápidamente*).— Perdone, pero tengo las manos sucias con aceite... el carburador... (*muestra hacia la palangana*).

MINISTRO — Tu padre habla mucho de ti. Es su tema favorito.

ESTEBAN — ¿Sucede algo?

MINISTRO — No, nada especial. Necesitaba conversar contigo un asunto de la oficina y...

CARMEN — Con permiso. Los dejo solos.

MINISTRO — Si usted lo prefiere...

CARMEN — Tengo que hacer en la cocina. Mañana estamos de paseo y la Clarisa... (*Corrigiéndose*). La empleada está algo enferma... Con permiso. (*Hace mutis*).

ESTEBAN — Y tú, Octavio, es mejor que coloques ese carburador antes de que se haga más tarde.

OCTAVIO — Sí, papá. (*Inicia el mutis*).

ESTEBAN — Y pruébalo después que lo coloques. Si no te funciona, cébalo con bencina.

OCTAVIO — Sí, papá.

ESTEBAN — No demasiado, que se ahoga.

OCTAVIO (*ha llegado hasta la puerta y, acordándose de pronto que debe despedirse del MINISTRO, se vuelve hacia él*).— Mucho gusto de haberlo conocido, señor Ministro. Aquí en la casa usted es el tema favorito de mi papá.

MINISTRO — ¿Se queja de que lo hago trabajar mucho?

OCTAVIO — No. Nada de eso. Siempre se acuerda de cuando eran compañeros en la Universidad y cómo le ayudaba a salir bien en los... (*se da cuenta de que ha ido muy lejos. Mira temeroso a ESTEBAN*). Quiero decir, cómo estudiaban juntos. (*En voz baja, avergonzado de su indiscreción*). Con permiso. (*Mutis rápido*).

ESTEBAN — Toma asiento. (*El MINISTRO va a sentarse en un sillón, pero ESTEBAN lo detiene*). No. En ese no. Tiene la pata suelta. Nunca he podido arreglarlo bien. (*Lo lleva a otro sillón*). En este vas a estar más cómodo.

MINISTRO (*se sienta. Mira la habitación*).— ¿Así que esta es tu casa?

ESTEBAN — Bueno, ahora está un poco desarreglada, pero... Sí. Esta es mi casa.

MINISTRO — Propia, ¿verdad?

ESTEBAN — Sí. Era de mi padre. Él la compró.

MINISTRO — ¿No has probado nunca conseguir un préstamo en la Caja para edificar una nueva?

ESTEBAN — Todos los años. Pero no hay caso. Nosotros somos tres y para conseguir un préstamo hay que tener, por lo menos, una docena de chiquillos. El Reglamento, ¿sabes?

MINISTRO — ¡Ah! ¿Hay un Reglamento?

ESTEBAN — Lo cambian todos los años, pero sólo es para agregarle más requisitos y poner más dificultades.

MINISTRO — Varios amigos míos que no tienen hijos, y aun algunos que son solteros, han conseguido préstamos.

ESTEBAN — Pero el Reglamento. . .

MINISTRO — Siempre eres el mismo. ¡Lo único que te importa son los reglamentos!

ESTEBAN — Pero sí. . .

MINISTRO — ¿Quieres edificar una casa nueva?

ESTEBAN — Carmen no hace más que soñar con una casa con jardín y en el Barrio Alto.

MINISTRO — Déjalo por mi cuenta, entonces.

ESTEBAN — Pero no quiero hacer nada incorrecto. . .

MINISTRO — ¿Incorrecto? ¿Quién habla de hacer algo incorrecto?

ESTEBAN — ¿Entonces. . . ?

MINISTRO — ¿Es incorrecto hacer lo que todos hacen?

ESTEBAN — Si lo que todos hacen es. . . (*se interrumpe*). Deja que lo converse con Carmen. No te apresures. Después de todo, le tengo cariño a esta casa y. . . Ya conversaré contigo sobre esto.

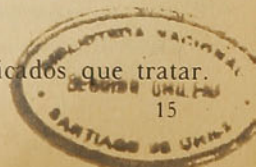
MINISTRO — Si lo prefieres. . .

ESTEBAN — Si, mejor. . . (*Se deja caer en un sillón. La pata suelta se sale y el sillón se tumba*). ¡Miéchica! (*Trata de arreglar la pata, pero desiste*). ¡Siempre pasa lo mismo! Cada vez que me siento voy a parar al suelo. (*Dominándose*). Excúsame. (*Se sienta en una silla*). Bueno, supongo que no habrás venido sólo a ofrecerme una casa.

MINISTRO — No. No es ese el motivo de mi visita. Esta tarde hubo consejo de Gabinete. . .

ESTEBAN — ¿Consejo en una tarde de sábado?

MINISTRO — Si. Había algunos asuntos delicados que tratar.



Fue un Consejo informal, que se hizo en esa forma para despistar a los periodistas. Tú sabes... No se puede tratar nada sin que al día siguiente aparezca en los diarios.

ESTEBAN — Sí. Ya sé.

MINISTRO — Uno de los asuntos que se conversó fue esa campaña que está haciendo »La Razón« contra el Gobierno. Tú la has visto, ¿no es cierto?

ESTEBAN — Sí. Como tengo que leer todos los diarios... Es parte de mi trabajo.

MINISTRO — Además, se consideró que »La Razón« era un diario sin moralidad alguna. Tú estás de acuerdo, ¿verdad?

ESTEBAN (*con cautela*).— Sí... en cierto modo... Todas esas historias de crímenes...

MINISTRO — Eso es. Bueno, se discutió el asunto y se llegó a la conclusión de que había que silenciar esa campaña.

ESTEBAN — ¿Y cómo?

MINISTRO — Clausurando el diario.

ESTEBAN — No lo pueden hacer.

MINISTRO — Tienes razón. El Gobierno no puede hacerlo directamente, pero un funcionario en determinadas circunstancias tiene autoridad para ello...

ESTEBAN — Claro. Yo, por ejemplo, si los talleres estuvieran insalubres... (*se interrumpe al darse cuenta que esa es la intención del MINISTRO*).

MINISTRO — Exactamente. Tú, por ejemplo. Tú eres el funcionario que puede hacerlo.

ESTEBAN (*Queda unos instantes perplejo. Luego reacciona, tratando de ganar tiempo*).— ¿Un trago? (*Sin esperar respuesta se dirige a un armario, lo abre*). Aquí había una botella de whisky. (*Saca la botella, la mira, está vacía*). ¿Dónde está el coñac? ¡Ah! (*Se dirige a otro armario, saca una botella de coñac; también está vacía*). Bueno... (*Mira para todos lados y su vista tropieza con el canasto del paseo. De ahí saca una botella de cerveza*). ¿Una pilsener?

MINISTRO — No, gracias. Estoy invitado a comer y...

ESTEBAN (*interrumpiendo*).— ¿Estás invitado a comer? Te estás atrasando. Si quieres, seguimos conversando el asunto el lunes en el Ministerio.

MINISTRO — No te preocupes por mi comida. Un Ministro nunca se atrasa. La hora en que él llega siempre es la hora justa.

ESTEBAN — ¿Así que se trató eso en el Consejo de Gabinete?

MINISTRO — Sí. Eso se acordó. Que tú clausurarias »La Razón« porque sus talleres son un peligro para la salud de los operarios.

ESTEBAN — En estos días me llegó el informe mensual del médico del Departamento. Estoy casi seguro de que los talleres de »La Razón« están funcionando normalmente.

MINISTRO — Según la ley, ese informe puede ser apreciado en conciencia por el Jefe. Por ti, mi querido Esteban.

ESTEBAN — ¿No hay otra forma?

MINISTRO — Es lo único que pudo discurrir todo el Gabinete.

ESTEBAN — ¡Tenía que tocarme a mí! (*Pausa*). Me estás pidiendo que abuse de mis funciones.

MINISTRO — Es una de las prerrogativas de los jefes. Tú sabes el dicho: »El jefe que no abusa, pierde su autoridad«.

ESTEBAN — Es un dicho que no existía en los tiempos de mi padre.

MINISTRO — ¿Él ocupaba el mismo puesto que tú tienes ahora, no?

ESTEBAN — Sí. Fue la culminación de su carrera funcionaria. Murió desempeñándolo. Siempre me decía que a él le gustaría que yo ocupara su puesto algún día. Que estaba seguro de que yo lo iba a desempeñar bien. Mejor que él, tal vez. Tú sabes: la vieja escuela. Él estaba orgulloso de ser un alto funcionario del Gobierno. No es como ahora que... Bueno, son otros tiempos.

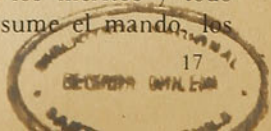
MINISTRO — ¿Así es que tu padre quería que ocuparas su puesto? (*ESTEBAN asiente con la cabeza*). ¡Curioso!

ESTEBAN — ¿Qué tiene de curioso?

MINISTRO — Es curioso que yo lo sepa recién ahora. No te imaginas lo que me costó conseguir tu nombramiento.

ESTEBAN — ¿Mi nombramiento? Pero si cuando la jefatura quedó vacante, el puesto me correspondía a mí.

MINISTRO — Eso nadie te lo discutía. Te correspondía de acuerdo al escalafón, las calificaciones, los méritos y todo eso; pero cuando un nuevo Gobierno asume el mando, los



escalafones no cuentan. Había cientos de interesados y yo... Bueno, yo recordé nuestra amistad y te defendí. Te defendí a pesar de que no tenías apoyo político y hasta apostaría a que no votaste por el Presidente en las elecciones.

ESTEBAN — Es cierto. Voté por el que salió derrotado. Nunca me equivoco. Hasta ahora no he acertado en ninguna elección.

MINISTRO — Bien. Ahora que sabes que ese puesto me lo debes a mí, supongo que no te será tan difícil retribuirme ese favor por otro.

ESTEBAN — ¿Clausurar »La Razón«?

MINISTRO — Eso es.

ESTEBAN — ¿Y por un favor que no te he pedido tú quieres que yo realice un acto... un acto inmoral?

MINISTRO — ¿Es un acto inmoral clausurar un pasquin lleno de crímenes y pornografía?

ESTEBAN — No me toca a mí preocuparme por lo que en el diario se escriba. Sólo me corresponde velar por la sanidad de sus talleres.

MINISTRO — Con ese criterio no vas a progresar nunca, mi viejo. Tu mujer seguirá soñando con una casa nueva y tu hijo con...

ESTEBAN — ... con un auto nuevo.

MINISTRO — ¿Ves?

ESTEBAN — Mañana iré a ese diario. Yo mismo haré la inspección.

MINISTRO (*indicando hacia el canasto de provisiones*).— Pero veo que mañana estás de paseo. No es necesario que vayas al diario.

ESTEBAN — Es posible que el informe médico no esté completo. Como son informes de rutina...

MINISTRO — Te aseguro que no es necesario que sacrifiques a tu familia. Basta un pequeño informe que puedes hacer en tu oficina.

ESTEBAN — Tal vez la ventilación no sea adecuada. En los talleres de fotograbado suele suceder...

MINISTRO (*levantándose*).— Bueno, si te empeñas en ir. . .

ESTEBAN — Sí. Iré mañana. Haré una visita detallada.

MINISTRO — Quiero tener el informe el lunes a las once. Tendré redactado el decreto de clausura para que lo firmemos antes de mediodía.

ESTEBAN — Ramiro. . . ¿y si todo está en orden?

MINISTRO — ¿Qué?

ESTEBAN — Si los talleres están en orden. Si no hay falla en la ventilación ni en nada.

MINISTRO — De todas maneras necesito ese informe. Es un acuerdo de Consejo de Gabinete.

ESTEBAN — ¿Y si yo. . .?

MINISTRO — ¿No querrás que digan que estás protegiendo la prensa amarilla, verdad? Eso es lo que dirán los diarios serios, las radios, y después. . .

ESTEBAN — ¿Después?

MINISTRO — ¿Qué quieres tú que haga el Gobierno con un funcionario que protege la prensa amarilla? (*Inicia el mutis. Se detiene en el umbral de la puerta*). ¿Quieres que te dé un consejo? No defraudes a tu mujer y a tu hijo. Llévalos al paseo mañana. Buenas noches. (*Mutis*).

ESTEBAN (*a media voz*).— Buenas noches. (*Queda un momento pensativo. Luego, mecánicamente, saca una botella de cerveza y la destapa golpeándola contra el borde de la mesa. Bebe de ella*).

CARMEN (*entrando con un pequeño paquete*).— Oí que se iba. ¿Nada malo?

ESTEBAN (*vagamente*).— No, nada.

CARMEN (*reparando en la botella de cerveza*).— ¡Ah Esteban! Siempre pasa lo mismo. Te comes todo la noche antes y después te quejas que llevamos poco. Ahora, cierra los ojos.

ESTEBAN — ¿Qué?

CARMEN — Una sorpresa. Cierra los ojos.

ESTEBAN cierra los ojos y CARMEN desenvuelve el paquete que traía. Es una camisa deportiva de vivos colores. La extiende sobre el pecho de ESTEBAN, y luego le baja la cabeza para que la sujete con el mentón.

CARMEN — Ya puedes abrir los ojos. ¿Qué te parece?

ESTEBAN (*mirando la camisa, extrañado*). — ¿Qué es esto?

CARMEN — Tu tenida deportiva.

ESTEBAN — ¿Quieres que yo use esto?

CARMEN — La vas a estrenar en el paseo de mañana. Es una vergüenza que cada vez que salimos a la playa vayas de corbata.

ESTEBAN — Es que yo no soy yo sin corbata.

CARMEN — Todo lo contrario. Cuando estás sin corbata es cuando más me gustas.

ESTEBAN — ¿Y cuándo me has visto sin...? (*dándose cuenta de lo que quiere decir CARMEN, la abraza tiernamente*).
Eres una tonta.

CARMEN (*después de un momento, rompiendo el abrazo*).
— ¡Ahora, pruébatala! (*Empieza a sacarle la chaqueta*).

ESTEBAN (*resistiéndose*). — No. Ahora no.

CARMEN *ya le ha quitado la chaqueta y empieza a desanudarle la corbata, y, después, a desabotonarle la camisa.*

CARMEN — Te la vas a poner, quieras o no.

ESTEBAN — Hay algo que quiero decirte, Carmen.

CARMEN (*deteniéndose*). — ¿Qué cosa?

ESTEBAN — Mañana no hay paseo.

CARMEN — ¿Qué estás diciendo? ¿Por qué? ¿Qué pasa? (*Indicando hacia la puerta*). ¿El Ministro?

ESTEBAN — Sí.

CARMEN — ¿Sucede algo grave?

ESTEBAN — Nada especial. Hay que hacer un trabajo urgente. Una inspección a un diario. Parece que la ventilación no está bien y...

CARMEN — ¡La ventilación! ¿Me vas a decir que todos los operarios se van a morir si tú no vas a salvarlos mañana mismo?

ESTEBAN — La ventilación tiene que estar mala. Tiene que estar.

CARMEN (*divertida*). — ¿Y si está buena la vas a echar a perder tú?

ESTEBAN (*súbitamente irritado*). — ¡No hagas chistes! ¡Siempre haciendo chistes de lo que no entiendes!

CARMEN, *un tanto ofendida, empieza a ordenar la mesa para llevarse el canasto de víveres.*

ESTEBAN — Perdóname. No quise decir eso. Esta visita de Ramiro me ha dejado preocupado.

CARMEN (*tomando el canasto*). — Si. Ya sé. Las mujeres nunca entendemos en cosas de hombres. Es un terreno prohibido para ellas. Soy yo la que debe disculparse.

OCTAVIO (*entrando*). — ¿Se fue ya? Ojalá que no se haya dado cuenta de mi metida de pata, cuando casi le dije que tú nos habías contado que él salía bien en los exámenes gracias a ti.

ESTEBAN (*severo*). — No fue »casi«. Se lo dijiste.

OCTAVIO — Lo siento, papá. Fue sin querer. (*Cambiando de tema*). ¿Les cuento? ¡El Ford está como seda!

CARMEN (*iniciando el mutis con el canasto*). — No hay paseo mañana, Octavio.

OCTAVIO — ¿Cómo? ¿Por qué?

CARMEN — Mejor que no preguntes. Tu papá debe hacer una inspección. Tiene que encontrar mala la ventilación en el taller de un diario (*Mutis*).

OCTAVIO — ¿Qué cosa? ¿Cierto, papá?

ESTEBAN — Exactamente. Justo lo que ha dicho tu madre.

OCTAVIO — Pero ella dijo. . .

ESTEBAN — Que no hay paseo mañana. Eso es lo que debe importarte.

OCTAVIO — ¡Chitas Diego!. . . Me tincaba que iba a pasar algo. Con las ganas que tenía de ir. ¡Bueno!. . . ¡Qué se le va a hacer! Voy a aprovechar el domingo para estudiar. Tengo interrogación el lunes.

ESTEBAN — ¡Ah! ¿Tenias interrogación y no habias dicho nada?

OCTAVIO — Es una materia muy fácil. Derecho civil. La teoría de la ley.



ESTEBAN — ¡La teoría de la ley! Lo que ella significa, la importancia que la ley tiene para los hombres. El único medio para evitar el abuso, el abuso del físicamente más fuerte, del económicamente más poderoso, del que detenta la fuerza y el poder. . .

OCTAVIO — Es muy fácil, papá. Cualquiera sabe eso.

ESTEBAN — ¿Cualquiera? A ver. Recuérdame. ¿Qué es la ley?

OCTAVIO (*recitando de memoria*). — Ley es una declaración de la voluntad soberana que, manifestada en la forma prescrita por la Constitución, manda, prohíbe o permite.

ESTEBAN — ¡No lo repitas así, como loro! Es algo importante, Octavio. Muy importante (*Calmadamente, para sí*). Ley es una declaración de la voluntad soberana que, manifestada en la forma. . .

CAE LENTAMENTE EL TELON

CUADRO II

El mismo decorado. La mañana del día miércoles siguiente. Al abrirse el telón, la escena está desierta. Empieza a sonar el teléfono. Entra CARMEN apresuradamente. Su rostro refleja angustia. Al llegar al teléfono se detiene con cierto temor. Luego, se decide y contesta.

CARMEN — ¿Aló? Sí. . . (*Escucha, y en su rostro se acentúa la angustia*). ¿Quién habla?. . . ¿Por qué insultan? ¿Por qué? . . . (*Cuelga el fono apresuradamente y se queda meditando. Entra OCTAVIO*).

OCTAVIO — ¿Quién era?

CARMEN — Nadie. . . Estaban equivocados.

OCTAVIO — Toda la mañana ha estado sonando ese teléfono.

CARMEN (*nerviosamente*). — Si. Está malo. Las líneas están cruzadas.

OCTAVIO — Habría que reclamar. Voy a llamar a la Compañía desde el teléfono de. . .

CARMEN (*interrumpiendo*). — ¡No! ¡No vayas! (*Tratando de*

serenarse). Yo ya lo hice. Parece que es un desperfecto de todo el sector. . .

OCTAVIO (*iniciando el mutis*). — Si tú llamaste. . .

CARMEN — ¿Qué hora es, Octavio?

OCTAVIO (*consultando su reloj*). — Van a ser las diez.

CARMEN — ¿Por qué estás todavía en la casa? ¿No vas a ir a la Escuela?

OCTAVIO — No. . . Me voy a quedar aquí. Quiero estudiar.

CARMEN — A la Universidad se va a estudiar.

OCTAVIO — Es que en la casa puedo hacerlo mejor. Tengo una interrogación. . .

CARMEN — Puedes estudiar en la tarde. Las clases son sólo en la mañana.

OCTAVIO — Pero. . .

CARMEN — Antes te vanagloriabas de no haber perdido nunca una clase. . .

OCTAVIO (*de malas ganas*). — Bueno, mamá. Ya voy. (*Inicia el mutis*).

CARMEN (*deteniendo a Octavio*). — Octavio. . . dime. . . ¿por qué no quieres ir a la Escuela? ¿Tienes miedo?

OCTAVIO (*rehusando mirarla*). — ¿De qué voy a tener miedo?

CARMEN — Hablemos francamente, Octavio. Necesitamos estar más unidos que nunca. Toda la familia tiene que estar unida. Esteban tampoco quiere hablar conmigo de esto. Es necesario que hablemos, que nos defendamos.

OCTAVIO — ¿Leiste el diario esta mañana?

CARMEN — Sí.

OCTAVIO — Ayer se decía algo vago, ahora culpan directamente a mi papá. Dicen que está protegiendo a la prensa amarilla, que se niega a clausurar un pasquin que, además de tener sus talleres insalubres, es una vergüenza social. Hasta insinúan que mi papá ha recibido. . .

CARMEN — ¡No repitas eso!

OCTAVIO — Sé que es mentira. Digo tan sólo lo que el diario da a entender.

CARMEN — Tú sabes que tu padre no puede haber hecho eso.

OCTAVIO — Sí. Ya sé.

CARMEN — Ya verás como todo esto termina bien y los mismos

diarios que ahora acusan a tu padre estarán luego ensalzándolo. Anda, no tengas cuidado.

Ambos hacen mutis. Se oye cerrar la puerta y CARMEN vuelve. Inicia el ordenamiento del living-room, cuando nuevamente el teléfono empieza a llamar. CARMEN vacila un momento, y luego acude a responder.

CARMEN — Sí. . . (gritando). ¡Están equivocados! ¡No saben lo que dicen! (Cuelga. Hay un momento de reflexión. Suena el timbre. CARMEN reacciona, se arregla el pelo nerviosamente tratando de serenarse. Hace mutis)

MENSAJERO (dentro). —¿Esta es la casa de don Esteban Uribe?

CARMEN (dentro). —Sí.

MENSAJERO (dentro). —Este paquete es para él.

CARMEN (dentro). —¿Qué es?

MENSAJERO (dentro). —No sé, señora. ¿Lo entro?

CARMEN (dentro). —Gracias. Yo lo llevaré.

MENSAJERO (dentro). —Tiene que firmarme la guía. Aquí tiene lápiz. (Después de un instante). Gracias, señora.

Se oye cerrar la puerta y entra CARMEN con una caja en las manos. Deposita el paquete en una mesa y levanta un sobre que viene con él. Lo mira atentamente y, luego, lo pone al trasluz. Por último opta por volverlo a colocar sobre la caja.

Se oye abrir la puerta. CARMEN se vuelve sobresaltada.

CARMEN — ¿Esteban? (ESTEBAN entra con aspecto fatigado).
¿Estás enfermo?

ESTEBAN (después de una pausa). —No.

CARMEN — ¿Por qué has vuelto? . . . Quiero decir. . . ¿por qué no estás en tu oficina?

ESTEBAN (tratando de mostrar desaprensión y diciendo la excusa que ha estado preparando). —Siempre llego a la oficina temprano y nunca encuentro a nadie. Todos llegan después que yo. Esta mañana no estaba ni mi secretario, así es que me dije »¿Qué estás haciendo aquí? Mejor es

que me vuelva a mi casa. Después de todo soy el jefe». *(Risa forzada que se extingue abruptamente al ver que CARMEN lo mira sin creerle).* ¿No me crees, verdad? No sé mentir. El aire estaba irrespirable en el Ministerio. Para mí, al menos.

Suena el teléfono, ESTEBAN, que está cerca de él, estira el brazo para contestar.

CARMEN — ¡No contestes, Esteban!

ESTEBAN *(extrañado)*. — ¿Por qué?

CARMEN *(tratando de disimular y avanzando mientras habla hacia el teléfono)*. — Es para mí. Estoy esperando un llamado. . .

Ahora es ESTEBAN el que comprende que CARMEN está mintiendo. Con una mano detiene la mano de CARMEN, que va a descolgar el fono, y con la otra lo descuelga él.

ESTEBAN *(en el teléfono)*. — Sí. . . con él. . . *(Alcanza a escuchar un instante, cuando interrumpe CARMEN)*.

CARMEN *(con violencia, poniendo sus manos en ambos oídos de ESTEBAN, pronta a llorar)*. — ¡No escuches, Esteban! ¡No escuches! *(Llora sobre el hombro de ESTEBAN. Este aprieta la horquilla con una mano y con la otra deja el auricular descolgado sobre la mesa)*.

ESTEBAN — ¿Han llamado muchas veces?

CARMEN — Toda la mañana.

ESTEBAN — ¿Siempre la misma persona?

CARMEN — No. Varias. Las más groseras eran las mujeres.

ESTEBAN — Supongo que creen estar en lo justo al insultar. . .

CARMEN — ¿Qué ha sucedido, Esteban?

ESTEBAN — Me han ordenado clausurar un diario que ha iniciado una campaña contra el Gobierno, y han decidido eliminarlo. El domingo fui a visitar los talleres. ¡Ni que hubieran sabido que iba a ir! Todo estaba en orden, ni

la más pequeña infracción (*Con rabia*). ¡Jamás he visto un taller mejor tenido que ese!

CARMEN — Les dijiste, entonces, que no había motivo. . .

ESTEBAN — A ellos no les importa que no haya motivos. Lo que les interesa es silenciar el diario. Saben que mis órdenes de clausura son inapelables.

CARMEN — ¿Entonces, por qué los diarios dicen. . . ?

ESTEBAN — Me están presionando, Carmen. Es una campaña organizada por ellos, por los que mandan.

CARMEN — ¿Puedes perder tu puesto?

ESTEBAN — Es lo que ellos creen, pero la ley me protege. Nada me puede suceder si obro de acuerdo con la ley. Eso es lo que me decía siempre mi padre. La ley, la ley, la ley. . .

CARMEN — Estás nervioso, Esteban. Descansa. Tú nunca me cuentas lo que sucede en la oficina. Me alegro de que hayas confiado en mí.

ESTEBAN — Es que a veces. . ., ¿sabes. . . ? tengo la impresión de ser tan poca cosa, de que, en cierto modo, te he defraudado. . . Ninguno de mis colegas quisiera tener mi puesto. Se gana poco, se trabaja mucho y. . . bueno, no tienes ninguna razón para estar orgullosa de lo que hago. Por eso no hablo, prefiero no acordarme.

CARMEN — No digas eso. Tú sabes que estoy orgullosa de ti, que te quiero, que desearía compartir tus preocupaciones. No estás solo, Esteban. Estamos los tres unidos.

ESTEBAN — ¿Los tres? ¿Sabe Octavio. . . ?

CARMEN — Leyó los diarios de la mañana.

ESTEBAN — Pero. . .

CARMEN — No temas. Se fue a la Universidad como de costumbre. No le dio importancia. Confía en ti.

ESTEBAN — ¡Es un muchacho formidable!

Suena el timbre. CARMEN hace ademán de abrir.

ESTEBAN (*mecánicamente*). — No vayas a abrir tú. La empleada es la Clarisa. . . Anda, anda tú no más.

Mutis de CARMEN. Vuelve acompañada por CORNEJO. Es un hombre de la edad de ESTEBAN, de aspecto tosco y vestido en forma inadecuadamente juvenil.

CARMEN — Este señor desea hablar contigo, Esteban.

ESTEBAN (*extrañado*). — Adelante.

CARMEN (*haciendo mutis*). — Con permiso.

CORNEJO (*ceremoniosamente*). — Está en su casa, señora.

ESTEBAN — Tome asiento (*CORNEJO se dirige hacia el sillón de la pata rota*). No. En ese no. Aquí, mejor (*Disculpándose*). Tiene la pata rota.

CORNEJO (*extendiéndole la mano*). — Ramón Cornejo, a sus órdenes.

ESTEBAN (*estrechándole la mano. Obviamente no sabe quién es su visita*). — Tanto gusto. . .

CORNEJO (*sentándose*). — ¿No le dice nada mi nombre?

ESTEBAN (*sentándose en el sillón con extremo cuidado*). — En verdad. . . no recuerdo. . . (*Ya sentado se preocupa de fijar bien la pata*).

CORNEJO — Soy el director-propietario de »La Razón«.

ESTEBAN (*queda con la vista baja donde está manipuleando con la pata del sillón; luego, lentamente, vuelve la vista hacia CORNEJO. Está a la expectativa*). — ¿Sí?

CORNEJO — Vengo a agradecerle.

ESTEBAN — ¿Qué?

CORNEJO — Le dièron orden de que clausurara mi diario. ¿No es cierto?

ESTEBAN — Las órdenes que yo recibo son internas del Ministerio.

CORNEJO — Pero mis periodistas están bien informados. Sé perfectamente todo lo que se dijo en el Consejo de Gabinete del sábado en la tarde. También sé que el Ministro estuvo aquí, en su casa, esa misma noche.

ESTEBAN — El Ministro es un viejo amigo mio. Fuimos compañeros en la Universidad.

CORNEJO — ¿Amigo, ah?

ESTEBAN — ¿Vino sólo a agradecerme, señor Cornejo?

CORNEJO — Vengo como periodista interesado en una noticia que me atañe directamente. ¿Va a clausurar el diario?

ESTEBAN — Eso es asunto mío.

CORNEJO (*zalamero*). — Y si usted me lo permite, mío también.

ESTEBAN — Usted sabe bien que sólo puedo clausurar un diario en caso que existiera una infracción en las condiciones higiénicas de sus talleres.

CORNEJO — ¿No la hay?

ESTEBAN — Usted lo sabe mejor que yo.

CORNEJO — Curioso. . .

ESTEBAN — ¿Qué es lo que le parece curioso?

CORNEJO — Van a hacer diez años que tengo el diario. Bastante me ha costado levantarlo. En estos diez años, los talleres han estado en las mismas espléndidas condiciones en que usted los encontró el domingo, cuando los visitó. No es mío el mérito. Me lo exige el Sindicato. Pues bien, desde que yo tengo el diario, me lo han clausurado media docena de veces, y la razón de la clausura siempre ha sido la misma: »Talleres insalubres«. Estoy acostumbrado a que me clausuren el diario y estoy acostumbrado a re-abrirlo. Sé cómo se levanta la clausura: Pagando. He venido a simplificarle el camino, señor Uribe.

ESTEBAN — No entiendo.

CORNEJO — ¿No? Yo, en cambio, lo entiendo perfectamente a usted. Su juego es evidente. Ha sido presionado para que clausure el diario y se niega a hacerlo. Se ha desatado una campaña de prensa en su contra que a usted no parece importarle. ¿Cuál es su próximo paso? Usted me envía un mensajero que me dice: Clausuraré su diario y luego tendrá que pagar para conseguir su reapertura. ¿No es mejor que eliminemos la clausura y me pague directamente a mí?

ESTEBAN (*levantándose*). — ¡Su cinismo es asombroso! ¡Váyase! ¡No tenemos nada más que hablar!

CORNEJO (*Permanece sentado*). — ¿Lláma cinismo nombrar las cosas por su nombre? Perdóneme, es mi profesión. Lo que quiero saber, señor Uribe, es cuánto valen las incomodidades que usted está sufriendo por mí y que me significan

un buen negocio. ¿Sabe que el tiraje del diario ha aumentado considerablemente en estos últimos días?

ESTEBAN — ¿Me pregunta cuánto valen las incomodidades que yo y mi familia estamos sufriendo? ¿Quiere que se las avalúe. . . en dinero?

CORNEJO — ¿Aún no ha pensado en la suma? ¿O prefiere un porcentaje sobre las utilidades del diario en este mes? Le aseguro que llevo mi contabilidad en perfecto orden. Mi contabilidad privada, se entiende.

ESTEBAN — ¿Usted no concibe que yo pueda estar actuando por otro motivo que no sea el dinero?

CORNEJO — Entonces. . . ¿No se trata de dinero?

ESTEBAN — No.

CORNEJO — ¡Lástima! El dinero siempre es lo más barato. ¿Qué quiere que haga por usted?

ESTEBAN — Nada.

CORNEJO — ¿Por un pariente. . ., por un amigo?

ESTEBAN — No quiero que haga nada.

CORNEJO — ¿Entonces. . . me quiere decir. . .?

ESTEBAN (*interrumpiendo*). — Le quiero decir que si no he clausurado su diario es porque no hay motivo legal alguno, de la misma manera que no vacilaría en clausurarlo, a pesar de todas las presiones, si sus talleres no contaran con la eficiente seguridad higiénica.

CORNEJO (*después de reflexionar breves instantes*). — ¿Sabe, señor Uribe? Usted es un hombre muy especial.

ESTEBAN (*con tristeza*). — Parece que así fuera.

CORNEJO — ¿Cómo llegó a ocupar el puesto que ahora tiene?

ESTEBAN — Por el escalafón.

CORNEJO — ¿Escalafón? ¿Todavía existe eso en la Administración Pública?

ESTEBAN — ¿Le parezco muy ingenuo?

CORNEJO — Sí.

ESTEBAN — No sabía que había personas como usted. . ., capaces de. . .

CORNEJO — ¿Me permite un consejo? (ESTEBAN *se encoge de hombros*).

CORNEJO — Clausure el diario. Para mí no significará mucho.

ESTEBAN — ¡No me importa lo que para usted signifique la clausura de su diario!

CORNEJO — Terminarán destruyéndolo, señor Uribe. Créamelo.

ESTEBAN — Tengo la ley a mi favor.

CORNEJO — Va a perder su puesto.

ESTEBAN — No pueden hacerme eso.

CORNEJO — Pueden. El Gobierno siempre puede. (*Inicia el mutis*). Reflexione. Yo sé lo que gana un jefe de la Administración Pública. Con ese sueldo no se puede dar el lujo de defender la ley. (*Reparando en la caja que está encima de la mesa*). ¡Ah! ¿No lo ha abierto?

ESTEBAN — ¿Qué?

CORNEJO (*indicando*). — Esa caja.

ESTEBAN — No la había visto. ¿Qué es?

CORNEJO (*entregándole el sobre que está sobre la caja*). — Mi tarjeta de presentación.

ESTEBAN *lee rápidamente la tarjeta que contiene el sobre, luego abre el paquete y de él saca una botella de whisky.*

ESTEBAN (*conteniendo su indignación*). — ¿Con esto pensaba comprarme?

CORNEJO — Son sólo cuatro botellas. Es whisky. Cuando tengo que realizar una visita como ésta, siempre hago que las botellas entren antes que yo. Me evitan escenas desagradables.

ESTEBAN — Como esta vez no han cumplido con su función, se las llevará de vuelta.

CORNEJO (*con sinceridad*). — Guárdelas, por favor.

ESTEBAN — No acepto regalos, señor Cornejo.

CORNEJO — Su posición es difícil, mi amigo; le esperan momentos duros. Esto tal vez lo pueda reconfortar. Es lo único que puedo hacer por usted. Se lo digo de corazón, créamelo. (*Mutis.*)

ESTEBAN *se queda mirando hacia la puerta. Diríase que siente un principio de simpatía hacia CORNEJO. Luego, poniéndose los anteojos, lee la etiqueta de la botella.*

CARMEN (*entrando*). — ¿Quién era? ¿De dónde sacaste eso?

ESTEBAN (*mostrando la caja*). — Un regalo. Supongo que tú lo recibiste.

CARMEN — ¿Quién te lo envió?

ESTEBAN — El propietario de «La Razón». Se acaba de ir.

CARMEN — ¿Qué quería?

ESTEBAN — Pagarme.

CARMEN — ¿Y lo ha hecho con...? (*Muestra vagamente la botella*).

ESTEBAN — No quiso llevárselas. Yo le insistí, pero...

CARMEN (*interrumpiendo*). — Te puede comprometer, Esteban.

ESTEBAN — Es un cínico, ¿sabes?... Pero al menos habla de frente, no como los otros. Me abrió los ojos, me hizo comprender muchas cosas que hasta ahora me habían parecido imposibles. Ahora comprendo. Esas miradas, esas sonrisas aun de mis subalternos. Igual que en el colegio cuando los mayores hablaban en voz baja y se reían. Cuando yo me acercaba, ellos me apartaban. «Es inocente», decían.

CARMEN — ¿De qué estás hablando?

ESTEBAN — Ahora sé de dónde Ramiro saca dinero para llevar la vida que lleva, y por qué mi secretario puede tener un auto mejor que el mío y farrear todos los fines de semana. ¿Con cuánto dinero habrá calculado Cornejo comprarme?

CARMEN — ¿Cómo tuviste paciencia para aceptar que permaneciera tanto tiempo en la casa?

ESTEBAN — Fue tan sorprendente. Igual que si se tratara de un negocio. Como si la ley pudiera negociarse, como si la conciencia fuera una mercadería.

CARMEN — Otros lo hacen. No tenía por qué saber que tú eras diferente.

ESTEBAN — Es terrible ser diferente, Carmen. Terrible.

CARMEN — No te amargues. Todo se arreglará.

ESTEBAN — Es que... de pronto... he sentido como si estuviera solo. Hasta ahora estaba convencido de que estaban los más, que detrás de mí estaba... «la

FAVIO (*in*)... si, eso que en la Escuela de Derecho llamábamos «lad», la comunidad de personas con las que uno

CARMEN — ¡

vive. Sin embargo, después que se fue ese hombre tengo miedo de estar solo, de no encontrar apoyo. . .

CARMEN — Estoy yo. Está Octavio. . .

ESTEBAN — ¿Nadie más?

CARMEN — ¿Para qué quieres más? ¡Es tu familia, Esteban!

ESTEBAN — Sí, mi familia. La familia que yo he hecho a mi imagen y semejanza.

Entra OCTAVIO. Viene con la ropa en desorden y el rostro enrojecido. Al ver a sus padres, inicia el mutis hacia el interior de la casa, como temiendo dar una explicación. CARMEN lo detiene.

CARMEN — ¡Octavio! . . . ¿Qué sucede?

OCTAVIO (*vagamente*). — Nada. . .

CARMEN — ¿Qué te pasó? ¿Te caíste?

OCTAVIO — No. No ha pasado nada.

ESTEBAN — ¿Tuviste una pelea? (OCTAVIO *va a responder. Mira a sus padres, pero opta por iniciar el mutis*). ¿Con quién peleaste, Octavio?

OCTAVIO (*deteniéndose, sin enfrentar a sus padres*). — Cosas mías.

ESTEBAN — ¿Estás seguro de que son sólo cosas tuyas?

OCTAVIO — Fue. . . Fue por causa tuya, papá.

ESTEBAN — Me lo imaginaba.

CARMEN — ¿A ti también te han insultado?

OCTAVIO — Dicen que estás aliado con los pasquines, que recibes dinero y regalos de ellos.

CARMEN *mira rápidamente hacia la botella de whisky.*

ESTEBAN — Y tú, ¿qué les contestaste?

OCTAVIO — Peleé con ellos.

ESTEBAN — ¿Y sacaste la peor parte?

OCTAVIO — Ellos eran más.

ESTEBAN — A veces es necesario recibir golpes. *Diriase a*
pegado, a nosotros nos han insultado. ¿Sabes *EJO. Luego,*
descolgado ese teléfono? Tu madre ha tenido *de la botella.*

peores groserias toda la mañana. ¿Sabes por qué? Porque me he resistido a actuar contra la ley, a abusar de mis facultades.

OCTAVIO — Pero las leyes pueden ser malas, papá.

ESTEBAN — No les corresponde discernir a quienes las aplican.

OCTAVIO — Pero, mientras tanto, estás protegiendo a la prensa amarilla. Está en tus manos hacer algo por silenciarla.

ESTEBAN — ¡Algo ilegal!

OCTAVIO — ¡Ilegal si, pero no inmoral!

ESTEBAN — ¿Quieres decir que...?

OCTAVIO — Quiero decir que no es lo legal o lo ilegal lo que importa, sino lo bueno o lo malo. Ya pasaron los tiempos en que el Derecho era la voz de Dios. Ahora es lo que discurren unos cuantos hombres que actúan presionados por pequeños intereses.

ESTEBAN — Esos cuantos hombres nos representan a nosotros. Si actúan mal, los podemos cambiar.

OCTAVIO — ¿Te parece que es así, papá?

ESTEBAN — ¿Entonces... si estuvieras en mi lugar...?

OCTAVIO — ¡Me sentaría en la ley!

CARMEN — ¡Octavio!

OCTAVIO — Perdón, mamá, pero de verdad lo haría.

CARMEN — No debes hablar así.

OCTAVIO (*reparando en la botella de whisky*). — ¿Y eso?

CARMEN (*rápidamente*). — Un regalo.

OCTAVIO — ¿De quién? (*Una pequeña pausa*). ¿Quién te envía botellas de whisky?

CARMEN — He sido yo. Como a tu papá le gusta después de las comidas...

ESTEBAN — Pero Carmen...

OCTAVIO (*tomando el sobre*). — ¿También le escribiste una carta?

ESTEBAN — Mira, Octavio, no sé por qué tu madre te ha dicho eso. La verdad...

OCTAVIO (*interrumpiendo*). — Si. Me doy cuenta que es una mentira. (*Saca la tarjeta del sobre*).

CARMEN — ¡No leas eso! ¡No es para ti!



OCTAVIO (*leyendo*). — »Ramón Cornejo, agradecido por todo«.

(A ESTEBAN). El dueño de »La Razón«, ¿verdad?

ESTEBAN — Siéntate, Octavio, conversaremos con calma.

OCTAVIO — ¡Bien merecido tengo los golpes que me dieron!

ESTEBAN (*violento*). — ¿Me vas a escuchar?

OCTAVIO (*igual*). — ¡No tengo nada que escuchar! Casi me convenciste, papá, pero no podías ser tan ingenuo. Tal vez prefiera que esta sea la verdad. Después de todo, sacas un provecho de los insultos que ha escuchado mamá, de los golpes que recibí yo. ¡Tómame todo el whisky! ¡A la salud de ella y la mía! (*Mutis violento hacia la puerta de calle*).

CARMEN — ¡Pero Octavio! (*Trata de detenerlo*).

ESTEBAN — Déjalo, Carmen.

CARMEN — No tiene derecho de hablar así.

ESTEBAN — Ha sido duro para él.

CARMEN — ¡Pero está equivocado! Y fue por culpa mía. No debí decirle que era un regalo mio.

ESTEBAN — Lo hiciste con buena intención.

CARMEN — ¿Dónde habrá ido?

ESTEBAN — Caminará por las calles, se sentirá avergonzado y triste... Es un buen muchacho. Quizás tenga razón.

CARMEN — Pero ahora, él cree que tú...

ESTEBAN (*serviéndose whisky*). — Dijo que me lo tomara a tu salud y a la de él.

CARMEN (*abrazándolo cariñosamente*). — Él no sabe, Esteban. No sabe. Mañana estará a tu lado. Como siempre. Los tres unidos. Los tres.

ESTEBAN — ¿Unidos? ¿Estamos verdaderamente unidos? ¿Qué es lo que nos une?

CARMEN — ¡Esteban! ¿Cómo puedes preguntar eso?

ESTEBAN — Hay que hacer preguntas. Este es el momento de hacer preguntas. Quizás estamos viviendo entre mentiras, Carmen. Seamos valientes. Tengamos el valor de enfrentarnos a nosotros mismos.

CARMEN — No sé qué quieres decir...

ESTEBAN — Si te hago una pregunta, una sola pregunta. ¿Tratarás de contestarme la verdad? ¿La íntima verdad?

CARMEN — Siempre he sido sincera contigo, Esteban.

ESTEBAN — Es que hay veces que decimos palabras y frases porque queremos que sean verdad, no porque realmente lo sean.

CARMEN — ¿Qué quieres preguntarme?

ESTEBAN — ¿Qué clase de marido he sido para ti?

CARMEN — ¡Esteban!

ESTEBAN — No te apures, piensa. Quiero saber la verdad, ¿entiendes? La verdad. *(Hay una larga pausa.)*

CARMEN *(lentamente)*. — Volvería a vivir todo lo vivido juntos. Día a día. Momento a momento.

ESTEBAN — ¡Yo no!

CARMEN — Te quiero, Esteban. Tú lo sabes, pero quizás yo no te he apoyado como tú hubieras querido.

ESTEBAN *(abrazándola)*. — No me quejo de ti. ¿Cómo podría hacerlo? Me quejo de mí, de la vida que te he dado, de la vida que le he dado a mi hijo. Veo a mis demás compañeros de la Universidad. El que tengo más cerca es Ministro de Estado; los otros han hecho fortuna. Nadie les pregunta cómo. Eso no interesa. Para todos son triunfadores, personas a las que hay que respetar, de las que uno se siente honrado invitándolos a sus casas, y de ser invitados a las de ellos. Cuando me pregunto cuál es la diferencia entre ellos y yo, sé muy bien que no son más inteligentes, ni mejores abogados. Simplemente han hecho a un lado sus escrúpulos, han entrado al juego que es la vida, no han tratado de crearse mitos como yo me he creado. ¿Has oído a Octavio? ¿Oíste lo que él dijo que era la ley? Siempre me he vanagloriado de respetar la ley. Creía que ahí estaba mi fortaleza, pero esa es mi debilidad, Carmen. Por eso no he triunfado. Por eso has tenido que privarte de cosas que era mi obligación darte. Es mi responsabilidad, mi responsabilidad respecto de ti, respecto de Octavio.

CARMEN — ¿Y tú?

ESTEBAN — ¿Yo?

CARMEN — La primera responsabilidad es respecto de uno mismo.

ESTEBAN — Me pregunto si todos mis sentimientos de honra-

dez no son sino una excusa a mi mediocridad y yo, cobardemente, la revisto con el ropaje de grandes virtudes.

CARMEN — Te quiero tal como eres. No cambies, Esteban.

ESTEBAN — ¿Ves? Esa también es mi responsabilidad. He matado tu ambición. Te contentas con tan poco.

CARMEN — No digas eso. Sería feliz si Octavio llegara a ser un hombre igual a ti.

ESTEBAN — Si eso llegara a suceder, me sentiría profundamente desgraciado. No quiero verlo recibir las mismas humillaciones, no quiero que se sienta extranjero entre quienes fueron sus amigos. ¡No! ¡Que eso no suceda! (*Suena el timbre*).

CARMEN — Cálmate. Estás nervioso. Ya pasará, Esteban.

Se oye el timbre. CARMEN hace mutis y vuelve acompañada del MINISTRO.

MINISTRO (*reparando en el teléfono descolgado*). — ¿Cómo me iba a comunicar contigo si el teléfono está descolgado?

ESTEBAN — ¡Ah, eres tú!

MINISTRO — Tenía urgencia de hablar contigo. No estabas en la oficina. Mis secretarios no se podían comunicar con tu casa... Hasta un momento pensé que te podría haber ocurrido algo...

ESTEBAN — ¿Tuviste miedo?

MINISTRO — ¡Soy tu amigo!

ESTEBAN — Sí, me olvidaba.

MINISTRO — Vengo en calidad de amigo, no de Ministro.

ESTEBAN — Si supieras cómo necesito de amigos, ahora...

MINISTRO — En el Consejo de Gabinete de esta mañana se trató tu situación. Me pidieron que hiciera un último intento de convencerte para que firmaras la orden de clausura.

ESTEBAN — ¿Y vienes a convencerme?

MINISTRO — Les hice ver que estabas empecinado.

ESTEBAN — Debo parecerles muy testarudo.

MINISTRO — Para el caso que no cambies de actitud, se tomó un acuerdo.

ESTEBAN — ¿Así es que me he convertido en un problema de Estado?

MINISTRO — Es un acuerdo definitivo, Esteban.

ESTEBAN — Carmen, déjanos solos.

CARMEN — No, Esteban. Quiero quedarme.

ESTEBAN (*al* MINISTRO). — ¿Cuál es ese acuerdo?

MINISTRO — Si no clausuras »La Razón« serás destituido.

ESTEBAN — ¡No pueden hacerlo! (*El* MINISTRO *sonríe sin decir nada*). La ley me protege. El Estatuto Administrativo determina exactamente cuáles son las causales de destitución.

MINISTRO — Se encontrará una que calce con la ley.

ESTEBAN — Será necesario que instruyan un sumario. El Estatuto lo dice. . .

MINISTRO — Naturalmente. Tengo en mi poder el decreto por el que se te suspende de tu puesto y se ordena instruir un sumario.

ESTEBAN — ¿Lo firmaste?

MINISTRO — Aún no.

CARMEN — ¡No importa, Esteban! Te sabrás defender. Estás en la razón.

MINISTRO — El fiscal del sumario seré yo. Ya sabes la sentencia. Es un acuerdo del Consejo de Gabinete.

CARMEN — Podrás recurrir a los tribunales. Ahí te harán justicia, Esteban. No vaciles, no dudes.

MINISTRO — Sí. Nadie puede impedir que recurras a los tribunales. Habrá un juicio que haremos demorar lo más posible. Al cabo de un año o dos, podrás mostrar una sentencia judicial que te reivindique de toda culpa y hasta, quizás, podrás aspirar a otro puesto en la Administración. Pero, entretanto, habrá pasado mucho tiempo y ya no interesará lo que suceda contigo.

ESTEBAN — ¿Todo ha sido pensado cuidadosamente, verdad?

MINISTRO — Mira, Esteban, tienes que comprender que no tienes escapatoria. Me duele hacer esto, pero hay otros intereses que son más importantes que mi amistad hacia ti. ¿Qué obtienes poniendo a ti y a tu familia en esta situación?

CARMEN — Yo y Octavio estamos contigo, Esteban. Tienes una profesión, no pasaremos mayores molestias. Lo importante es que obres de acuerdo con tu conciencia. Piensa en Octavio, Esteban. Piensa en él.

MINISTRO (*saca de su bolsillo los papeles*). — En esta mano está el decreto de tu suspensión, que yo debería firmar, y en esta otra, el decreto de la clausura de »La Razón«, que tú deberías firmar. ¿Cuál se firma y cuál se rompe?

ESTEBAN — ¿Me das a elegir?

MINISTRO — Sí.

Hay un momento de vacilación, ESTEBAN mira alternativamente ambas manos del MINISTRO. Toma el decreto de la clausura del diario, lo lee atentamente y saca su lapicera.

CARMEN — ¡Esteban! ¿Qué vas a hacer?

ESTEBAN — Pienso en Octavio, Carmen. En Octavio y en ti.

Firma lentamente el documento y lo entrega al MINISTRO.

MINISTRO — Esteban, no sabes cuánto me alegro de que...

ESTEBAN (*interrumpiendo*). — No digas nada.

MINISTRO — Te aseguro que había perdido las esperanzas.

ESTEBAN (*sirviendo whisky*). — ¿Whisky?

MINISTRO — Es lo único que tomo.

ESTEBAN (*sirviéndole a CARMEN*). — ¿Tú, Carmen?

CARMEN — No. No, gracias.

ESTEBAN — ¿Sabes quién me lo regaló?

MINISTRO — ¿Alguien que yo conozco?

ESTEBAN — Cornejo, el propietario de »La Razón«.

MINISTRO — ¿Cornejo? (*Riendo abiertamente*). ¿Así que Cornejo?

ESTEBAN (*levantando su copa*). — Por la clausura de »La Razón«.

MINISTRO (*riendo siempre*). — ¿Y brindas por la clausura de »La Razón« con el whisky que te regaló Cornejo? ¡Eres

formidable, Esteban! ¡Tendré que contarlo en el Consejo de Gabinete! ¡Cómo se van a reír!

ESTEBAN (*con tristeza*). — Sí. Es gracioso.

MINISTRO — Eres más inteligente de lo que yo suponía, Esteban.

ESTEBAN — Ya me conocerás mejor. . ., mucho mejor.

TELON

Segundo Acto

CUADRO I

El mismo decorado. Han transcurrido cerca de dos años. El paso del tiempo se advierte en algunos cambios del mobiliario de la habitación y su ornato. Ellos indican, además, un claro progreso en las condiciones de vida de la familia. Los sillones son los mismos, pero ahora tienen nuevas fundas. Hay una mesa ratona y una lámpara de pie que antes no existían. La vieja biblioteca ha sido reemplazada por un estante combinado con bar. La antigua radio y pick-up han sido cambiados por una moderna radioelectrola, etc.

Al levantarse el telón sólo está en escena ESTEBAN. Viste una elegante bata de casa. Mira unos planos que ha extendido sobre la mesa ratona. Con un lápiz hace algunas correcciones en ellos.

Entra CARMEN. Viste con gran sencillez.

ESTEBAN (*sin levantar la vista del plano*). — ¿Nuevamente estabas en la cocina?

CARMEN — No puedo confiar en la nueva cocinera. Dice que sabe hacer de todo y no es capaz de pelar una papa.

ESTEBAN — Si sigues vigilándola, terminará yéndose, como las otras.

CARMEN — Desde que despediste a la Clarisa, ninguna nos ha durado más de cuatro meses.

ESTEBAN — Culpa tuya. No puedes comprender que tu lugar no está en la cocina. Hay empleadas para eso.

CARMEN — No soy mujer capaz de quedarme todo el día sentada leyendo novelas.

ESTEBAN — Puedes salir, visitar amigas.

CARMEN — Me gusta estar en la casa. En mi casa.

ESTEBAN — Y, sin embargo, no pareces haberte interesado en estos planos. La construcción va a comenzar muy luego.

CARMEN — Esta es mi casa.

ESTEBAN (*mirando por primera vez directamente a CARMEN*).

— ¿Me vas a decir que no quieres cambiarte?

Pequeña pausa, en la que CARMEN se encoge de hombros sin contestar.

ESTEBAN — Durante años no hemos hecho otra cosa que soñar con una casa nueva en el Barrio Alto, y ahora que estamos a punto de conseguirlo te enamoras de esta casa vieja. Te estás poniendo sentimental, Carmen.

CARMEN — ¿Me estoy poniendo?

ESTEBAN — Es absurdo que no te intereses por algo tan importante, algo que habíamos planeado tanto; una casa construida por nosotros. Es... es como tener otro hijo, Carmen.

CARMEN — ¿Te parece que es lo mismo?

ESTEBAN — Bueno, lo mismo no, pero... en cierto modo... (*Mostrando*). Mira, estoy pensando que sería mejor que pusiéramos puertas-ventanas en el dormitorio de nosotros. Tiene vista hacia la Cordillera. ¿No es cierto que sería una buena idea?

CARMEN — No sé... Tengo miedo.

ESTEBAN — ¿Miedo de qué?

CARMEN — Construir cuesta mucho dinero.

ESTEBAN — Eso déjalo por mi cuenta.

CARMEN — ¿De dónde vas a sacar ese dinero?

ESTEBAN — Ya he conseguido con la Caja un préstamo para principiar.

CARMEN — ¡Antes no soportabas la idea de endeudarte!

ESTEBAN — Ese es el negocio en este país. Endeudarse. Tú sabes... la inflación...

CARMEN — El préstamo es sólo para principiar. ¿Qué sucederá después?

ESTEBAN — Tengo algunos ahorros. Estos dos últimos años nos ha ido bastante bien. Además, tengo un buen negocio en perspectiva; un espléndido negocio.

CARMEN — ¿Por qué no me habías dicho nada?

ESTEBAN — Prefiero no hablar de eso. Es algo privado, no debe saberse por ahora.

CARMEN — Comprendo.

ESTEBAN (*mirando su reloj*). — Justamente estoy esperando a...

CARMEN (*interrumpiéndolo*). — ¿Al Ministro, verdad?

ESTEBAN — Si, a Ramiro. Quedó de estar aquí antes de la comida.

CARMEN — ¿Con él es el negocio?



ESTEBAN — Sí. Ya ves. No puede ser más seguro. Mi socio es todo un Ministro de Estado.

CARMEN — ¿Desde cuándo los ministros son socios de sus subalternos?

ESTEBAN — Yo no soy un subalterno de Ramiro; él es mi amigo, estudiamos juntos, yo le ayudaba a...

CARMEN (*interrumpiendo*). — Sí. Ya sé. Lo ayudabas a aprobar sus exámenes. Parece que eso fuera lo más importante que has hecho en tu vida. Lo repites a cada momento.

ESTEBAN — No entiendo; verdaderamente no entiendo. Todo lo que estoy haciendo es por ti y por Octavio y parece que me estuvieras reprochando el que progrese. Cada vez que traigo algo para la casa, cualquier cosa que haga para que este parezca realmente un hogar agradable, me miras con recelo, como si te molestara. Nunca, hasta ahora, te he visto escuchar música en la electrola. Antes, con el viejo pick-up, te gustaba descansar mientras sonaba un disco rayado. ¡Y ahora! ¡High fidelity! ¡La última palabra! ¡Y no lo usas!

CARMEN — Es como si no fuera mío.

ESTEBAN — Es tuyo y de Octavio. Entiéndeme que es por ustedes. ¡Sólo por ustedes! (*Transición*). ¡Faltaría ahora que Octavio me reprochara estar progresando!

CARMEN — No. El no.

ESTEBAN — Mi auto, ahora es de él. Y no es el viejo Ford que se quedaba en pana en cada esquina. Tampoco es un último modelo, pero no descansaré hasta poder comprarle uno. Es lo que él siempre ha querido. Ya verás, ya verás como seré capaz de comprárselo. Irá a recibir su título de abogado en un auto convertible de cola larga, lleno de cromados. No tendrá que —como me sucedió a mí— contener su alegría en medio de un tranvía repleto de gente, en el que me fui a la casa después de haber conseguido mi título.

CARMEN — Es posible que llegue a tener un auto con cola y cromados, pero no creo que vaya a recibir su título en él.

ESTEBAN — ¿Por qué?

CARMEN — Debieras vigilar más a Octavio, Esteban.

ESTEBAN — ¿Vigilarlo? Él nunca necesitó vigilancia. Es un muchacho responsable que sabe lo que hace.

CARMEN — ¿Has conversado con él últimamente?

ESTEBAN — Por cierto. Creo que ahora estamos más unidos que nunca. ¿Sabes? Antes era sólo afecto filial, cariño, ahora... bueno, ahora me parece como si me tuviera admiración... que confiara en mí como hombre. Eso es lo que me da fuerza para continuar, para ganar más dinero, para triunfar. Hay veces que dudo, que me siento intranquilo, que vuelvo a sentir esos falsos prejuicios que antes tenía. Todo se disipa cuando pienso que le daré a mi hijo no sólo una buena educación, sino comodidades y, también, algo de dinero. No mucho, pero algo. Él sabrá aprovecharlo. (*Mirando su reloj.*) Se está atrasando Ramiro.

CARMEN — Seguramente Octavio tampoco comerá con nosotros esta noche.

ESTEBAN — ¡Ah! ¡Es joven! Le gusta divertirse. Tiene amigos y... amigas. Se me ocurre que las muchachas se lo disputan. ¡Déjalo que aproveche su juventud! No podía permanecer pegado a tus polleras toda la vida.

CARMEN — Tengo la impresión que Octavio ya no va más a la Universidad.

ESTEBAN — ¿Cómo?

CARMEN — Se acuesta tarde y se levanta tarde. Cuando sale de casa ya no es hora de ir a clases.

ESTEBAN — Eso habrá sucedido algunos días.

CARMEN — Días, meses...

ESTEBAN — ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

CARMEN — Pasas tañ preocupado de otras cosas.

ESTEBAN — ¿Pero... estás segura?

CARMEN — Algo le sucede a Octavio, Esteban. Algo grave. Está cambiado. Presiento que yo no puedo ayudarlo. Octavio necesita de ti, Esteban. Habla con él, trata de saber lo que le sucede.

ESTEBAN (*preocupado*). — Si. Voy a hablarle. Puede que sean falsos temores tuyos...

CARMEN (*cariñosa, acariciando a ESTEBAN*). — Y, por favor, trata de hablarle en la forma que lo hacías antes. Trata de ser con él tal como eras antes, como todavía eres, Esteban.

ESTEBAN — Está bien... Está bien...

Suena el timbre. ESTEBAN se levanta para ir a abrir. Inicia el mutis.

ESTEBAN — Debe ser Ramiro.

CARMEN (*deteniéndolo*). — Esteban... ese negocio... del que van a hablar ahora... (*Con dificultad, temiendo hacer la pregunta para no ofender a ESTEBAN*). ¿Es limpio?

ESTEBAN (*hay momentos de vacilación*). — Seguro.

CARMEN — Anda a abrir la puerta. No lo hagas esperar.

CARMEN hace mutis hacia el interior. ESTEBAN se queda mirándola unos instantes, luego hace mutis hacia la puerta de calle. Vuelve acompañado por el MINISTRO. Este trae un portadocumentos.

MINISTRO — Me acaban de entregar los documentos. Todo está listo para que firmes.

ESTEBAN — Siéntate.

MINISTRO — ¿En cualquier sillón?

ESTEBAN (*riéndose*). — ¿Te acuerdas? Mira (*se deja caer en el sillón de la pata averiada: nada sucede*). Desde que arreglé la pata de este sillón, todo ha cambiado en esta casa. (*Le pasa una copa al MINISTRO y mantiene en su mano la de él*).

MINISTRO (*indicando con la cabeza hacia el plano*). — ¿Cómo va esa construcción?

ESTEBAN — La principiaremos en dos semanas más. He estado revisando los planos. Hay algunas correcciones que hacer.

MINISTRO — Me imagino que Carmen debe estar entusiasmadísima.

ESTEBAN — Sí. Naturalmente.

MINISTRO (*abriendo su portadocumentos y sacando algunas escrituras*). — La escritura de nuestra sociedad importadora de útiles de escritorio está lista. Aquí está el registro de la Notaría. Sólo falta que los socios firmen. El honor de ser el primero te corresponde a ti.

ESTEBAN (*leyendo el registro*). — ¿Tú no apareces?

MINISTRO — Yo no puedo figurar. Recuerda que el que termi-

nará firmando el decreto para que el Ministerio compre esos útiles de escritorio a esta Sociedad, seré precisamente yo.

ESTEBAN — Yo creía que. . .

MINISTRO — Para eso estás tú en la Sociedad: para representarme.

ESTEBAN — ¿No se te ha ocurrido la posibilidad de que yo me olvide que te represento y me quede con el dinero?

MINISTRO — Claro que he pensado en eso. La solución es sencilla. Me reconocerás una deuda equivalente a las utilidades que percibiremos.

ESTEBAN — Dudas de mí, entonces.

MINISTRO — Los negocios son los negocios, mi querido Esteban. No hay ninguna precaución que esté de más. Sabes que confío en ti, pero todos sabemos que los hombres cambian, ¿no es cierto?

ESTEBAN — Sí. Los hombres cambian. . .

MINISTRO (*pasándole otra escritura*). — Esta es la escritura por la que me reconoces la deuda.

ESTEBAN — Es mucho dinero. . .

MINISTRO — Exactamente lo que vamos a ganar. Es buena plata, Esteban. Algo mucho más importante que los negocios que hasta ahora has hecho.

ESTEBAN — Si alguien te oyera, creería que yo. . .

MINISTRO — ¿Qué creería? ¿Qué has abusado de tu puesto? Bueno, no puedes negar que lo has hecho. Esta casa es muy diferente a como la conocí. Sé de donde proviene el dinero.

ESTEBAN — ¡Ramiro!

MINISTRO — Entre gitanos no nos veamos la suerte. Si te he elegido para que te asocies en este negocio es, justamente, por eso. Uno confía más en las personas a las que les sabe sus pecadillos. Si fueras el mismo puritano que conocí hace algunos años, ciertamente no te habría metido en esto.

ESTEBAN — Comprendo.

MINISTRO — En cuatro meses más recibiremos nuestras ganancias.

ESTEBAN — ¿Cuatro meses?



MINISTRO — Tú sabes... hay algunos trámites. Será necesario que llame a propuestas públicas y...

ESTEBAN — ¡No puedes llamar a propuestas públicas! Las otras firmas ofrecerán máquinas mejores y a precios más convenientes.

MINISTRO — Habrá informes técnicos. (*Viendo un gesto de sorpresa en ESTEBAN*). No. No te preocupes. Eso ya está arreglado también.

ESTEBAN — Todos los trámites de acuerdo con la ley ¿verdad?

MINISTRO — Las leyes son como las mujeres: hay que respetarlas y tratar de sacar el mayor provecho de ellas, a la vez. Eso sí que con el mayor respeto. Es lo que hace un caballero, al menos.

ESTEBAN — ¿Sabes por qué acepto?

MINISTRO — Porque vas a ganar algunos millones sin más esfuerzo que el de firmar estas escrituras.

ESTEBAN — Pero no son para mí. ¿Entiendes? No son para mí. Son para Octavio. Para él.

MINISTRO — Los sabrá aprovechar; es un muchacho muy inteligente.

Suena el teléfono. ESTEBAN contesta.

ESTEBAN — Aló... Sí, con él... ¡Ah, sí! (*Baja la voz.*) No puedo ir. No. No puedo... Estoy trabajando... Es un asunto importante: un negocio... Creo que me desocuparé tarde. No me llame más a la casa... ¿No podría ser otro día? Bueno, la llamaré cuando me desocupe... Un momento. (*Apuntando en su libreta.*) Cuatro... Seis... Tres... Perfectamente. Sí. Hasta pronto. (*Cuelga y se vuelve hacia el MINISTRO, que lo mira burlescamente.*) Era... (*se interrumpe, sin saber qué decir.*)

MINISTRO — Sí. Ya veo. Una mujer.

ESTEBAN — Quiere que vaya a su casa.

MINISTRO — ¿Está de fiesta?

ESTEBAN — No. Está sola.

MINISTRO — No la hagas esperar, entonces. Firma estos papeles y te puedo ir a dejar en el auto después.

ESTEBAN — Apenas la conozco. Ha ido a la oficina porque

tiene intereses en un diario que clausuré porque... porque los talleres estaban...

MINISTRO (*interrumpiendo*). — Sí. Ya sé: insalubres.

ESTEBAN — No quiero ir.

MINISTRO — ¡Pues tendrás que acostumbrarte a estas aventuras! El hombre a medida que adquiere mayores posiciones se hace más interesante para las mujeres. Es una señal de progreso, Esteban.

ESTEBAN — ¡No te rías! Es algo serio.

MINISTRO — ¿Te parece?

ESTEBAN — ¿Tú? ¿Tú también tienes...?

MINISTRO (*riendo*). — ¡Pero Esteban! Pareces un colegial preguntándole a un compañero si se ha acostado alguna vez con una mujer. Por supuesto que yo también.

ESTEBAN — ¿Y tu señora? ¿Lo sabe?

MINISTRO — Supongo que sí.

ESTEBAN — Me acuerdo de Cornejo. Me dijo que tenía que aprender mucho. Todavía estoy aprendiendo.

MINISTRO — Bueno, firma aquí y aquí. Después te vas a ver a tu dama misteriosa. (ESTEBAN *se dispone a firmar*). No. Primero esta. (*Antepone la otra escritura*).

ESTEBAN — ¿Por qué?

MINISTRO — Esta es la escritura por la que me reconoces la deuda. Sólo después que hayas firmado esta escritura firmarás la otra por la que pasas a ser miembro de nuestra Sociedad millonaria.

ESTEBAN — Está bien.

Firma ambas escrituras y se las pasa al MINISTRO. Este las coloca en su portadocumentos.

MINISTRO — Es un negocio redondo, Esteban. Yo vendo por intermedio tuyo y me compro por intermedio del Ministerio. ¿Has visto un negocio mejor?

ESTEBAN — No sé.

MINISTRO — ¡Ah! Me olvidaba decirte. Trata de no ir a mi oficina y, en lo posible, habla mal de mi. Yo haré otro tanto. Es una precaución ¿sabes? Mejor que en el Ministerio crean que estamos enemistados. Nunca está de más cubrirse las espaldas.

ESTEBAN — ¿Ningún periodista meterá su nariz en esto?

MINISTRO — El remedio está en tus manos. Si algún diario pretende armar escándalo necesariamente tiene que tener sus talleres insalubres. ¿No te parece?

Se oye abrir la puerta.

ESTEBAN — ¡Shhh! No hables de esto. Que no se vaya a enterar Octavio.

Entra OCTAVIO. Viste con cierta desenfadada elegancia y en sus gestos y actitudes hay una sensación de afectada desenvoltura.

OCTAVIO — ¿Qué tal Ramiro? ¡Hola papá!

ESTEBAN — ¿Qué significan estas familiaridades con el Ministro?

MINISTRO — Soy yo el que le he pedido que me llame Ramiro. Por lo demás, somos buenos amigos. ¿Verdad, Octavio?

OCTAVIO — Siempre que mi papá no se ponga celoso. A él le gusta ser el único amigo de la gente importante.

MINISTRO — ¿Vamos, Esteban?

ESTEBAN — ¿Adónde?

MINISTRO (*guiñándole el ojo*). — Te están esperando (*Irónico*). Tienen que trabajar.

ESTEBAN — No. No voy a ir.

MINISTRO — ¡No seas tonto!

OCTAVIO — No te preocupes por mí. Ya me voy. Vine sólo a cambiarme de ropa. Tengo comida esta noche.

ESTEBAN — ¿Y por qué me iba a preocupar por ti? (*Al MINISTRO*). No, Ramiro. No voy a ir. Tengo que hacer. Quiero hablar con Octavio.

OCTAVIO — No te disculpes conmigo, papá.

ESTEBAN *le hace un gesto mostrando hacia OCTAVIO. Este advierte el gesto.*

MINISTRO — Bueno, si no quieres. . . Pero déjame repetírtelo. Eres un tonto. Buenas noches, Octavio.

OCTAVIO — Buenas noches, Ramiro.

El MINISTRO y ESTEBAN hacen mutis hacia la puerta de calle. OCTAVIO se dirige al bar y se sirve una copa. Vuelve ESTEBAN.

ESTEBAN — ¿Así que tampoco comes esta noche con nosotros, Octavio?

OCTAVIO — Tampoco hoy.

ESTEBAN — ¿No estás exagerando? Tu madre dice que este último tiempo no te ha visto mucho en casa.

OCTAVIO — ¿Me vas a retar ahora? Acuérdate que me has aconsejado que aproveche mi juventud, que me divierta ya que tú no pudiste hacerlo en tu tiempo. Estoy siguiendo tu consejo, papá. El mejor consejo que un padre puede darle a su hijo. No te arrepientas ahora.

ESTEBAN — No. No me arrepiento, pero estas trasnochadas pueden afectar tus estudios. . . (*Pausa en que ESTEBAN mira a OCTAVIO esperando que éste responda algo*). Hace tiempo que no sé cómo te va en la Escuela. Supongo que este año las notas de los exámenes serán mejores que las del año pasado. . .

OCTAVIO (*iniciando el mutis*). Me voy a cambiar. No quiero atrasarme.

ESTEBAN — ¡Octavio! Hay cosas más importantes que asistir a una comida.

OCTAVIO (*sentándose con gesto aburrido*). — ¿Qué, por ejemplo?

ESTEBAN — Quiero que conversemos como amigos que somos.

OCTAVIO (*burlón*). — ¿Quieres volver a jugar a las conversaciones de hombre a hombre que teníamos antes?

ESTEBAN — ¿Cómo van tus estudios?

OCTAVIO — Papá, ese es un asunto que quisiera conversar con calma. Ahora me están esperando.

ESTEBAN — ¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que hay que conversar con calma?

OCTAVIO — Bueno. Si quieres saberlo ahora, da lo mismo: He dejado de estudiar.

ESTEBAN — ¿Cómo?

OCTAVIO — Me aburri con las leyes.

ESTEBAN — ¿Desde cuándo?

OCTAVIO — Este año no he ido a la Escuela.

ESTEBAN — ¿Y no me lo habías dicho?

OCTAVIO — Quería estar seguro de lo que estoy haciendo, antes de decirterlo.

ESTEBAN — ¿Y estás seguro?

OCTAVIO — Segurísimo.

ESTEBAN — ¿Pero por qué?

OCTAVIO — Uno crece, comprende, principia a verlo todo con más claridad. . .

ESTEBAN — ¿Qué, por ejemplo?

OCTAVIO — Que no quiero ser abogado. Ya te lo dije.

ESTEBAN — Llevas cuatro años de estudios.

OCTAVIO — Mejor es perder cuatro años, que diez o veinte.

ESTEBAN — No entiendo. No te puedo entender. ¿Qué te está pasando? Yo me he sacrificado, he trabajado extraordinariamente para darte más comodidades, para que puedas iniciar tu profesión en un mejor pie y tú. . . ¿Qué vas a hacer si dejas tus estudios?

OCTAVIO — Quiero ganar dinero, hacer negocios. . . en fin, tú sabes.

ESTEBAN — Con la profesión puedes ganar dinero.

OCTAVIO — ¿Tú ganaste, papá?

ESTEBAN — Todo se lo debo a ella. Te he educado a ti, he logrado ciertas comodidades, ahora vamos a construir una casa nueva. . .

OCTAVIO — ¿Con el dinero que ganaste como abogado, papá?

ESTEBAN — ¿Qué quieres decir?

OCTAVIO — Nada especial. Hay quienes comprenden antes y otros después. No quiero tener tu edad para reconocer la realidad, prefiero principiar desde ahora. No vale la pena engañarse.

ESTEBAN — ¿Engañarse?

OCTAVIO — Sí. Con eso de la ley y el orden jurídico. ¿Para qué estudiar leyes si después los clientes le pedirán a uno que les diga la forma de burlarlas? Es preferible ser uno el que pague a los abogados. ¿No te parece?

ESTEBAN — Hay abogados que respetan la ley, Octavio. Hay abogados que ayudan a la colectividad, que buscan la jus-

ticia y cooperan para que ella triunfe. Siempre quise que tú fueras de esos.

OCTAVIO — ¿Como tú, papá?

Pausa. ESTEBAN se siente humillado.

ESTEBAN (*bajando la voz*). — Tú también. . . También. . .

OCTAVIO — No te reprocho nada, papá.

ESTEBAN — Todo lo que he hecho ha sido por ti. No quería que sufieras las mismas humillaciones que yo tuve que pasar, no quería que malgastaras tu juventud tratando de hacerte un camino y dándote cuenta, de pronto, que habían pasado los mejores años de tu vida y seguías en el mismo punto, donde empezaste. No quería eso para ti, Octavio.

OCTAVIO — Justamente por eso, papá, es que he abandonado mis estudios. He descubierto lo que demoraste veinte años en descubrir: hay que vivir en este mundo, no en el de los libros; hay que adelantarse a los demás, antes de que ellos nos lleven la delantera. Yo quiero ganar desde la partida. No me contento con una casa en el Barrio Alto. Mis ambiciones son mayores. ¡Quiero ser un triunfador, papá!

ESTEBAN — ¿Y qué has pensado?

OCTAVIO — Me dedicaré a la política. Tengo amigos que me pueden ayudar. Cuento con los tuyos, también.

ESTEBAN — ¿Ramiro?

OCTAVIO — Principalmente con él. Desde hace algunos días soy algo así como un secretario privado. Bien sabes que tiene algunos asuntos particulares que manejar, sobre todo ahora. . .

ESTEBAN — ¿Estás enterado de la Sociedad entonces?

OCTAVIO — Naturalmente. Ramiro confía en mí más que mi padre.

ESTEBAN — El no me había dicho nada.

OCTAVIO — Yo se lo pedí. Quería comunicártelo personalmente. No me importa haberme atrasado a mi comida ya que ha sido muy bueno haber tenido esta conversación contigo. Resultó más fácil de lo que me temía.

ESTEBAN — ¿Te parece? (*Suena el teléfono. Contesta OCTAVIO*).

OCTAVIO — Aló. . . No. . . No habla con Esteban. . . No. . .
Un amigo. . . Un momento: voy a ver. . . (*A ESTEBAN, tapando el fono*). Es a ti, papá.

ESTEBAN — ¿Por qué dijiste que eras un amigo mio?

OCTAVIO (*guiñándole el ojo*). — Es una mujer.

ESTEBAN — Contesta que está equivocada.

OCTAVIO — Pero, papá, no tienes por qué decir eso. Yo me voy a cambiar. Te dejo solo. Comprendo. . .

ESTEBAN — No comprendes nada.

OCTAVIO — Vamos, contesta. No la hagas esperar.

ESTEBAN — Dí que está equivocada.

OCTAVIO — Pero. . .

ESTEBAN — Te aseguro que está equivocada, igual que tú. . .
¡Igual que yo!

OCTAVIO (*hace un gesto de resignación y habla en el teléfono*). — Perdón, pero parece que está equivocada, señora. (*Cuelga*). ¿Por qué hiciste eso? ¿Tienes vergüenza de tu hijo? ¿No somos ya camaradas?

ESTEBAN — Me das miedo, Octavio.

OCTAVIO — ¿Miedo? ¿Yo?

ESTEBAN — ¿Qué he hecho de ti? ¿Cómo he estado tan ciego que no lo había visto antes?

OCTAVIO — Acostúmbrate a la idea de que ya no soy un niño, papá.

ESTEBAN — ¿Eres un hombre? ¿Este es el hombre que yo he formado?

OCTAVIO (*bromeando*). — Debieras estar orgulloso, papá.

ESTEBAN — ¡Cállate!

OCTAVIO — Estoy siguiendo tus pasos, pero no seré tan cándido como tú. Hay otras cosas que dejan más dinero que clausurar unos diarios y después cobrar para levantarles la clausura.

ESTEBAN (*abofeteándolo*). — ¡Cállate, te he dicho!

OCTAVIO — Está bien. . . (*Inicia el mutis. Se vuelve al llegar a la puerta*). ¿Es que tú creías que yo no sabía? Sigues siendo un ingenuo, papá. (*Mutis de OCTAVIO*).

ESTEBAN — ¡Un ingenuo! (*Levanta los planos y con ira los*

arroja al suelo). ¡Si pudiera volver a ser un ingenuo! (*Golpea con el puño el bar*). ¿De qué me sirve todo esto? ¿De qué? (*Da un puntapié a uno de los sillones. La pata se suelta. Extrañado, se queda mirándola como si se tratara de una revelación. Se agacha a recogerla, la levanta cuidadosamente, la acerca a su pecho*). Volver a ser . . . otra vez. . . igual que antes. . .

TELÓN

CUADRO II

El mismo decorado. Dos días después, en la tarde. En escena, ESTEBAN y CORNEJO. Este último tiene algunos documentos en sus manos y otros se encuentran sobre la mesa.

ESTEBAN — Estos son los documentos. Con ellos tendrá material de sobra.

CORNEJO — ¿Así que esta es la noticia que quería darme?

ESTEBAN — ¿No le parece importante?

CORNEJO — Le ha reconocido una deuda bastante subida al Ministro.

ESTEBAN — ¿Está tratando de disuadirme?

CORNEJO — ¿Le ha dicho al Ministro lo que usted piensa hacer?

ESTEBAN — Estuve esta mañana en su oficina. No lo encontré, pero le dejé algo que lo hará comprender.

CORNEJO — ¿Una carta?

ESTEBAN — Mi renuncia.

CORNEJO (*mirando nuevamente los papeles que tiene en sus manos*). — ¿Y usted pretende que yo publique todo esto?

ESTEBAN — Es su deber hacerlo.

CORNEJO (*con un gesto de desagrado*). — ¡Oh, el deber!

ESTEBAN — Si usted no lo hace, otros diarios lo harán.

CORNEJO — No. No se atreverán.

ESTEBAN — Le estoy ofreciendo una primicia, una noticia de primera plana y la rechaza. ¿Qué clase de periodista es usted?

CORNEJO — ¿Cómo piensa probar todo esto?



ESTEBAN — ¿Probar? ¿Y eso que tiene en sus manos? ¿No dicen nada estas escrituras?

CORNEJO (*mirando nuevamente los papeles*). — Sólo veo la formación de una Sociedad en la que interviene usted y no el Ministro.

ESTEBAN — ¿Y el reconocimiento de la deuda? ¿Cualquier niño se da cuenta de que es un fraude la tal escritura social!

CORNEJO — Se podría decir que usted intentó hacer el negocio a espaldas del Ministro. No tenía dinero y se lo pidió a él. El Ministro, en vista de la amistad que los une desde jóvenes, se lo prestó, sin saber en qué lo iba a emplear. Después alguien lo previno, pidió la devolución de su dinero y usted se negó. Para evitar que el Ministro denuncie el escándalo, usted se le anticipa y lo inmiscuye en él.

ESTEBAN (*preocupado*). — ¿Usted cree eso?

CORNEJO — También se puede desprender esa historia de estos papeles.

ESTEBAN — ¿Pero usted la cree? ¿La cree?

CORNEJO (*después de vacilar*). — Sé que lo que me contó es la verdad.

ESTEBAN — ¿Entonces. . . publicará esa verdad?

CORNEJO — Piense que usted firmó estas escrituras, que estuvo dispuesto a hacer lo que ahora le repugna.

ESTEBAN — Sé que también tendré mi castigo. Es justo que lo tenga.

CORNEJO — ¿Qué le parece si olvidamos esta conversación?

ESTEBAN — De ningún modo.

CORNEJO — ¿Y se tomará un par de días para pensarlo? ¿De acuerdo?

ESTEBAN — ¿Tiene miedo?

CORNEJO — Quiero ayudarlo.

ESTEBAN — Yo también quiero ayudarlo.

CORNEJO — ¿A mí? ¿En qué forma?

ESTEBAN — ¿Por qué cree que lo llamé a usted y no a otro director de diario?

CORNEJO — Supongo que será porque mi diario, en cierto modo, se especializa en este tipo de noticias.

ESTEBAN — Hace dos años usted vino a esta casa. Antes, había llegado un regalo suyo. ¿Lo recuerda?

CORNEJO — En aquella ocasión también le di un buen consejo.

ESTEBAN — Lo seguí. Durante una semana »La Razón« estuvo clausurada.

CORNEJO — Lo que no fue obstáculo para que siguiera apareciendo hasta ahora. Ya ve que no era tan grave.

ESTEBAN — ¿Por qué me dio ese consejo? Iba contra sus intereses.

CORNEJO — Sí. Es cierto.

ESTEBAN — ¿Por qué entonces?

CORNEJO — No sé. Creo que le tomé simpatía.

ESTEBAN — Sí. Fue eso. Esa vez demostró claramente que me tomó simpatía. Y si usted puede simpatizar con los ingenuos y no los desprecia es porque en el fondo de usted hay un idealista.

CORNEJO — Si le dice eso a cualquiera que me conoce, se reirá en su cara.

ESTEBAN — Lo mismo harían quienes me han conocido este último tiempo, si alguien les dijera que yo soy honrado. Pero yo no me dejo engañar por las apariencias.

CORNEJO (*irónico*). — Está hilando muy delgado. . .

ESTEBAN — No es este el momento para ironías. Yo sé que usted puede ayudarme y que yo lo puedo ayudar a usted. Los dos estamos aparentando ser dos personas diferentes de las que realmente somos. Pero no se puede vivir eternamente disfrazados. Créamelo. No hay nada que pueda pagar una vida y si ella ha de transcurrir entre mentiras, quiere decir que somos tan tontos como para botar lo único que realmente tenemos: nuestras propias vidas, nuestras conciencias, nuestra calidad de hombres. ¿Se da cuenta, ahora, en qué lo puedo ayudar?

CORNEJO — Hay algo que no entiendo. Es fundamental saberlo para poder darme cuenta de qué está hablando. ¿Por qué hace esto? ¿Por qué repudia hoy lo que hace dos días firmó? ¿Qué lo ha hecho cambiar? ¿Qué razones existen?

ESTEBAN — Hay una sola razón: mi hijo.

CORNEJO — ¿Su hijo? ¿Hace esto por...?

ESTEBAN (*interrumpiendo*). — ¿Usted tiene hijos, señor Cornejo?

CORNEJO — Sí. Uno.

ESTEBAN — ¿Qué edad tiene?

CORNEJO — Está terminando sus Humanidades.

ESTEBAN — ¿Quisiera que su hijo fuera periodista... como usted?

CORNEJO — ¡Por cierto que lo quiero! No... No sé... periodista, sí, pero como yo... Me gustaría que llegara a dirigir un gran diario, que guiara a la opinión pública, que no tuviera la necesidad de estar viendo y oliendo las inmundicias que yo tengo que ver y oler; o, mejor, que las viera, pero con otro espíritu, sacando las conclusiones verdaderas. No quiero que tenga que publicar en primera página el crimen de un pobre zapatero que se emborrachó y mató a su mujer, como si fuera esa la noticia cuando ella consiste en que el zapatero no tenía casa decente, no pudo educarse... en fin, todo aquello que es verdaderamente importante y que a los lectores de mi diario no les interesa. Yo sé que mi hijo llegará lejos. Es inteligente y tiene sentido del periodismo. El dinero que estoy ganando es para él, para que pueda instalarse sin las limitaciones que yo tuve y pueda realizar lo que yo no he podido hacer.

ESTEBAN — ¡Imbécil! (*CORNEJO lo mira sorprendido*). Sí. Le he dicho imbécil. Si hay algo deprimente es ver reflejada en otros la propia imbecilidad. Sus palabras no me suenan nuevas. Cámbiele algunos términos, póngale abogado donde usted dice periodista, y se encontrará con mi constante monólogo interior durante los dos últimos años. Pero nuestros hijos nos miran, señor Cornejo. Están acostumbrados a mirarnos. Es inútil decirles: »Hagan lo que les digo, no lo que yo hago«. Llegará un día — que no está muy lejos, no — en que su hijo dirá que le importa un bledo la opinión pública, que no se interesa por los grandes diarios, que él sabe cómo perfeccionar su receta, cómo hacer más dinero a costa del escándalo. Y no habrá retórica que lo haga cambiar de parecer. Ha vivido empapándose en su ejemplo y estará dispuesto a superar a su padre en lo que su padre,

día a día, minuto a minuto, le ha estado enseñando hacer . . . Posiblemente después, mucho después —ni usted ni yo estaremos vivos— su hijo sentirá hastio, el mismo hastio que usted siente y se empeña en ocultar, y le dirá a su hijo —el nieto de usted, señor Cornejo— que no siga la misma huella. Pero la historia volverá a repetirse y, nuevamente, será inútil disuadirlo a través de razonamientos. . . Un hijo es una excusa. La mejor que nos ofrece la vida para no hacer lo que deberíamos hacer. Pretendemos, egoístamente, que ellos, nuestros hijos, realicen lo que nosotros no fuimos capaces de hacer, que ellos luchen, que ellos resistan las tentaciones. *(Pausa)*. Anteayer mi hijo me dijo que no va a seguir estudiando leyes, que entrará a la política, que se dedicará a los negocios, que no quiere reconocer la realidad —¿lo oyó?— »la realidad« cuando ya tenga mis años. No sé si será tarde, pero yo quisiera mostrarle otra realidad a mi hijo. Es la oportunidad que usted también lo haga. ¿Me entiende, ahora?

CORNEJO *(después de una pausa)*. —Quizás. . . quizás tenga razón.

Entra OCTAVIO con vehemencia. Lo sigue circunspecto el
MINISTRO.

OCTAVIO — ¿Qué estás haciendo, papá? ¿Estás loco?

ESTEBAN *(a CORNEJO)*. —Este es mi hijo de quien le hablaba.

MINISTRO *(a CORNEJO)*. —El propietario de »La Razón«.
¿No es cierto?

CORNEJO — Servidor suyo.

OCTAVIO — Te has metido en un lio, papá. No sé como vamos a arreglarlo, ahora.

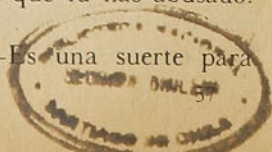
MINISTRO — Esta mañana he encontrado tu renuncia en mi escritorio. *(Extendiéndosela)*. Tómala.

ESTEBAN — ¿No la aceptas?

MINISTRO — No puedo aceptarla. Mis obligaciones priman sobre la amistad que te tenía y de la que tú has abusado.

ESTEBAN — ¿Yo he abusado?

MINISTRO *(dirigiéndose a CORNEJO)*. —Es una suerte para



usted estar aquí. Tendrá una primicia. Ha de saber que el señor, mi amigo en la vida privada, mi subalterno en el Ministerio, ha pretendido abusar de mi buena fe. Formó una Sociedad con el propósito de venderle, al propio Ministerio, máquinas de escribir y otros útiles de escritorio a precios muy por encima de los reales. Pero su audacia ha ido más lejos. Como no disponía del capital necesario para realizar esta operación fraudulenta, no se le ocurrió nada mejor que pedirme el dinero prestado a mí. ¡Su audacia llegó hasta eso!

ESTEBAN — ¿Esa es tu versión?

MINISTRO (*secamente, mirando a ESTEBAN de manera directa*). — Esa es la verdad.

CORNEJO — Parece que soy un periodista afortunado. Hoy todos están dispuesto a darme primicias. Lo siento, señor Ministro, pero ya me han dado una noticia mucho más espectacular que la suya. Tengo los documentos en mis manos. Esta es la verdad que publicaré mañana.

MINISTRO — Si intenta cualquier tipo de chantaje, será clausurado.

CORNEJO — Usted es quien hace chantaje ahora.

MINISTRO — ¿Correrá el riesgo, Cornejo?

CORNEJO — Correré el riesgo, señor Ministro.

OCTAVIO *se abalanza sobre CORNEJO pretendiendo arrebatarse los documentos.*

OCTAVIO — ¡No! ¡No hará eso!

CORNEJO (*apartándolo bruscamente*). — Calma, joven. Sé bien lo que hago.

OCTAVIO (*alzando la voz nerviosamente*). — ¿No te das cuenta de lo que estás haciendo, papá? Te estás condenando y me estás condenando a mí. ¿No puedes entender que ellos son más inteligentes que tú? Te van a arrinconar, terminarás en la cárcel. Ramiro me mostró las escrituras. No tienes salvación, papá. Si se llega a publicar eso, no tienes salvación. ¡Piensa en mi mamá y en mí!

ESTEBAN — En ustedes dos estoy pensando.

OCTAVIO — Linda manera de pensar en nosotros. Haciendo-

nos pasar la vergüenza de que vayas a parar a la cárcel. Mira, papá, no me importa lo que es verdad o mentira. Sólo se que hay pruebas más que suficientes para destruirte. Suceda lo que suceda, lo perderás todo. No puedes negar que trataste de hacer ese negocio. ¡Qué importa que haya sido a nombre del Ministro o a nombre tuyo!

Atraída por la discusión, ha entrado CARMEN. Permanece bajo el dintel de la puerta escuchando.

MINISTRO — Puede haber una solución. Que nada se publique en los diarios, yo acepto tu renuncia voluntaria y Octavio sigue trabajando conmigo. (A CORNEJO). Lo hago por el muchacho. No tiene por qué pagar las culpas de su padre.

OCTAVIO — ¡Acéptalo, papá! Yo puedo seguir adelante. Es mi oportunidad. ¡Compréndelo!

ESTEBAN — ¿No te das cuenta entonces por qué lo he hecho?

OCTAVIO — No tienes derecho a cortarme el camino que me he estado haciendo.

ESTEBAN — ¿Entre estar con él o conmigo, lo eliges a él?

MINISTRO — Octavio es un muchacho inteligente, Esteban. No lo obligues a tomar decisiones de las que después puede arrepentirse. Es tuya la culpa, no de él.

ESTEBAN — ¿Lo eliges a él?

CARMEN — ¡Octavio! ¿Cómo puedes dudar?

OCTAVIO — Mamá, tú no entiendes. Andate. Después conversaremos con calma.

MINISTRO — Sí, Carmen. Este no es asunto de mujeres.

CARMEN — ¿No es asunto de mujeres? ¿Y qué es asunto de mujer, entonces? ¿No lo es cuando veo enfrentarse a mi marido y a mi hijo? Yo también creí que estos no eran asuntos de mujeres y me hice a un lado cada vez que Esteban hablaba de los negocios que emprendería con usted, de las ganancias que obtendrían, de la felicidad que nos reportarían. ¡Felicidad! Han sido dos años de amargura, de desunión. Dos años que empezaron una noche en que estuvo en esta casa entrometiéndose por primera vez en nuestras vidas. Entonces sólo significó que no fuimos a un paseo que habíamos proyectado. Después, poco a poco, se

apoderó de mi marido. Antes, yo lo sabía todo, compartía sus preocupaciones, sus anhelos, ahora había algo prohibido, algo que no era »para mujeres«; todo lo que hablaban entre ustedes. Me quitó a mi marido. ¿Quiere quitarme ahora a mi hijo? ¿Qué pretende? ¿O tampoco eso es asunto de mujeres?

MINISTRO (*va a responder, pero, molesto, prefiere iniciar el mutis. Se vuelve al llegar a la puerta*). —Piénselo bien, Cornejo. Es mejor que devuelva esos papeles que tiene en las manos. Esta vez no habrá reapertura. No habrá dinero con que pagarla. Se lo aseguro (*Mutis*).

CARMEN — ¿Te decidiste, por fin, a romper con él?

ESTEBAN (*abrazándola*). — Perdóname, Carmen. Estaba ciego. Creía que obraba bien. Pensaba en ti y en Octavio y no me daba cuenta.

CARMEN — Sabía que tenía que suceder algún día.

ESTEBAN — Lo que nos espera es duro, Carmen. Muy duro.

CARMEN — No importa. Ya no importa.

CORNEJO — Bien. Me voy al diario.

OCTAVIO — ¿Se lleva esos documentos? ¿Los va a publicar?

CORNEJO — Son demasiado largos para publicarlos. Mis lectores se aburrirían.

OCTAVIO — ¿Por qué los lleva, entonces?

CORNEJO — Haré un resumen y daré la información.

OCTAVIO — ¿No se da cuenta que lo van a clausurar? ¿Que puede ser su ruina?

CORNEJO — ¿Mi ruina? (*Iniciando el mutis*). ¡Quién sabe!

ESTEBAN (*adelantándose a CORNEJO*). — Gracias. Sabía que estaría conmigo.

OCTAVIO — ¿Por qué lo hace? ¡Es absurdo!

CORNEJO — ¿Por qué lo hago? Tengo un hijo. Es más joven que usted. . . Hasta se le parece y. . . bueno, no quisiera que algún día me dijera lo que usted acaba de decir a su padre. (*A ESTEBAN*). Espere a leer en el diario de mañana. . . si es que aparece el diario mañana. (*Mutis*).

OCTAVIO — ¿Estos son sus aliados?

ESTEBAN — Sí.

OCTAVIO — ¡Un periodista de prensa amarilla!

ESTEBAN — Sé que no es tan respetable como un Ministro de Estado.

OCTAVIO — Te asustaste. . . Tuviste miedo. ¿Verdad?

ESTEBAN — Sí. Tuve miedo.

OCTAVIO — ¡Cobarde!

CARMEN — ¡Octavio! ¡Cómo te atreves!

OCTAVIO — Perdón. . . No quise decir eso, pero ustedes no saben lo que esto significa para mí.

ESTEBAN — Después, tal vez muy pronto, quizás comprendas que todo lo he hecho por ti. Ahora y antes.

OCTAVIO — ¿Qué hay que comprender? ¿Qué?

ESTEBAN — Creo que todos tenemos una responsabilidad, una tremenda responsabilidad: actuar de acuerdo con nuestras conciencias. Vivimos en una sociedad y una sociedad no es algo abstracto. Está compuesta de hombres, cada hombre forma parte de ella, cada hombre es. . . un ejemplo para los demás. De nada vale decir: »Todos lo hacen«. Todos, también, pueden dar la misma excusa. . . Nos subestimamos, creemos que no somos importantes, que no podemos influir, pero nos equivocamos. Siempre hay alguien que nos está mirando, siguiendo. . . No tengo por qué esperar que otros reaccionen. No tengo derecho de exigirte a ti o a los que me rodean que lo hagan, si yo no lo hago primero. No debo esperar que los que están más arriba me muestren el camino. Nadie está más arriba ni más abajo para esta tarea. Todos somos hombres.

OCTAVIO — ¡No soy un niño, papá! No necesito que me des ejemplos. Puedo elegir por mí mismo.

ESTEBAN — Elige, entonces.

OCTAVIO — ¿Qué?

ESTEBAN — O yo o el Ministro.

CARMEN — No, Octavio. No decidas ahora. Piensa, reflexiona. . .

OCTAVIO — Soy joven. Quiero tener tantas cosas. Puede que para ustedes esto no sea importante, pero para mí sí. Otros a mi edad, ya tienen tanto. . . ¿Por qué no puedo ser como ellos? Hay que ser tonto para no ver lo que los demás hacen, la forma como lo consiguen. Uno. . . uno ya no puede creer en el libro de lectura de preparatorias con sus cuentos

sobre el trabajo que dignifica y de la honradez premiada. Eso lo dicen los libros de lectura, pero no los libros de ahora, ni los diarios, ni lo que uno ve a cada paso.

ESTEBAN — Yo te he pedido que elijas, Octavio. O yo o el Ministro.

OCTAVIO — ¡Quiero ser un triunfador, papá!

ESTEBAN — ¿Con eso me quieres decir que eliges el lado del Ministro?

OCTAVIO — Si pudieras tan sólo explicarme claramente por qué lo has hecho, qué es lo que intimamente te guía. Quiero, que seas sincero, verdaderamente sincero. ¿Por qué has cambiado? ¿Lo sabes con claridad, acaso?

ESTEBAN — Quiero lo mismo que tú.

OCTAVIO — ¿Qué?

ESTEBAN — Ser un triunfador.

OCTAVIO — ¿Y para lograrlo te destruyes y te aislas?

ESTEBAN — No me importa que nadie me acompañe.

CARMEN (*acercándose a ESTEBAN. Tomándole del brazo*).

— No estás solo, Esteban.

ESTEBAN — Un triunfador... un verdadero triunfador...

TELON

CUADRO III

El mismo decorado. La mañana siguiente. En escena, CARMEN terminando de tomar su desayuno. En la mesa central hay una bandeja con servicio. Una taza vacía y algunos pedazos de tostadas mordiscadas indican que ESTEBAN ya tomó su desayuno en compañía de CARMEN. Entra OCTAVIO en bata de levantarse y pijama.

CARMEN — ¿Tan temprano en pie?

OCTAVIO — Anoche dormí muy mal. No dormí, más bien.

CARMEN — ¿Desayuno? Lo serví aquí para que tu papá oyera las noticias.

OCTAVIO (*sentándose*). — Bueno. (*CARMEN sirve el desayuno*).

CARMEN — ¿Con leche?

OCTAVIO — No. Café solo.

CARMEN — Te hace mal no tomar leche al desayuno. Has adelgazado últimamente.

OCTAVIO (*indicando hacia la taza vacía*). — ¿Y mi papá?

CARMEN — Salió.

OCTAVIO — ¿Tan temprano?

CARMEN — Fue a buscar el diario.

OCTAVIO — ¿»La Razón«?

CARMEN — Sí. »La Razón«.

Hay un momento de silencio mientras OCTAVIO toma su desayuno. CARMEN lo mira con disimulada expectación.

OCTAVIO (*sin mirar a CARMEN*). — Me estás mirando. Quieres saber qué decisión he tomado. Estás esperando que diga algo.

CARMEN — ¿Desde cuándo no puede una madre mirar a su hijo?

OCTAVIO — ¡No tengo nada que decir, mamá! ¡Nada!

CARMEN — ¿Galletas?

OCTAVIO — No. (*CARMEN principia a levantar la mesa*). ¿Hace mucho que salió mi papá?

CARMEN — No. Hace poco.

Mutis de CARMEN con la bandeja y el servicio. OCTAVIO, nerviosamente, mira hacia todos los lados. Ve unas madejas de lana y las toma. Vuelve a entrar CARMEN.

OCTAVIO — ¿Vas a principiar a tejer? Hace años que no tejes.

CARMEN — Sí. Este invierno parece que va a ser muy frío. No tienes ningún sweter grueso.

OCTAVIO — Puedo comprarlo.

CARMEN — No es lo mismo.

OCTAVIO — ¿Es lo único que se te ocurrió anoche? ¿Que yo necesitaba un sweter grueso?

CARMEN (*tomando las madejas*). — Tejer sí que es un asunto de mujeres.

OCTAVIO — ¿Pero justamente ahora se te ha ocurrido. . . ?

CARMEN (*pasándole las madejas*). — Ayúdame a hacer un ovillo.

OCTAVIO (*extendiendo entre sus manos la madeja*). — ¿Como cuando era chico?

CARMEN — Era la única forma para que te quedaras quieto.

CARMEN *principia a enrollar la lana en silencio.*

OCTAVIO — Mamá, no quisiera que me interpretaras mal. No es que yo no comprenda a mi papá. Sí, lo comprendo, pero nos separan cerca de treinta años... ¿Tú sabes lo que son treinta años, no es cierto? Él se ha quedado con ideas de cuando era joven y su juventud tiene que ser diferente a la mía. El mundo ha cambiado. Para ellos, los jóvenes de hace treinta años, todo debió ser más fácil. Vivían en una época con ideales, había algo por qué luchar... por qué vivir. Yo he leído algo sobre esa época, lo que ellos hacían, lo de la Federación de Estudiantes y tantas otras cosas... Me hubiera gustado haber sido joven en aquellos años o, tal vez, antes...

CARMEN — No me muevas las manos, Octavio. Me estás enredando la lana.

OCTAVIO — Perdón, mamá. Por ejemplo, en tiempo de Portales. En la formación de la República... Yo no sé a qué bando habría pertenecido, pero estoy seguro de que habría sido a alguno. Era importante hacerlo. No había posibilidad de ser indiferente. Hasta hace veinte años todo era tan distinto...

CARMEN — Aléjate un poco más, que la lana no se enrede. ¿Por qué era diferente hace veinte años?

OCTAVIO — Bueno... Mil novecientos treinta y ocho... Debe haber sido una linda época para ser joven. Tú sabes... El Frente Popular, las nuevas ideas, un nuevo tipo de Gobierno. La guerra de España y lo que significaba para nosotros. Hubo gente joven que murió en el Seguro Obrero. Ellos tenían ideales, buenos o malos no importa.

pero ideales por los que creían que valía la pena morir. Y murieron. Pero hoy... ¿Quién quiere hoy morir por algo? ¿Cuál es la causa a la que una persona joven se puede entregar?

CARMEN *pasa otra a* OCTAVIO.

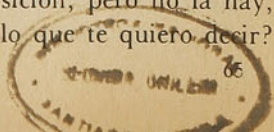
CARMEN — Otra más, Octavio. Ya que estamos en esto, terminemos.

OCTAVIO *vuelve a extender la madeja en sus manos.*

OCTAVIO — Yo no sé si en Rusia o en Estados Unidos hay lugar para que la gente joven se entregue a una idea. Siquiera ellos saben que están en peligro de muerte, que la victoria de un país puede ser el desaparecimiento del otro. Pero, aquí, en Chile... ¿Qué importa nada? Cualquier cosa que hagamos no tiene trascendencia. Ahora estamos con Estados Unidos porque estamos en su órbita; mañana podremos ser comunistas si Rusia termina imponiéndose. No contamos, cualquier cosa que hagamos no tiene significado, dependemos de otros. Y en cuanto a la política, al Gobierno... ya lo ves.

CARMEN — ¿Adónde quieres llegar?

OCTAVIO — Que no se puede ser joven hoy día en este país, que es una locura ser joven, que tener espíritu juvenil es como ser un monstruo de dos cabezas o algo así, para ser llevado a un museo y ser exhibido como rareza. Lo único que podemos hacer es aprovechar, aprovechar la vida lo más posible, antes de que se acabe. Tener más cosas, vivir mejor, ganar dinero y que el resto reviente... Ya sé que no es hermoso ni dignificante hablar así, pero yo no tengo la culpa, es el ambiente, la época... ¡Si hubiera tan sólo una causa por la que luchar! Una pequeña y noble causa, yo sería el primero en tomar mi posición, pero no la hay, mamá. No la hay... ¿Comprendes lo que te quiero decir?



CARMEN — ¿Pensando todo eso no dormiste anoche?

OCTAVIO — Si hubiera tan sólo una buena y noble causa por la que luchar. . .

OCTAVIO *se deja caer en el sillón botando involuntariamente la madeja de lana.*

CARMEN (*acercándose a OCTAVIO y acariciándole la cabeza*).
— ¿Ves lo que hiciste, ahora? Enredaste la lana.

OCTAVIO (*reaccionando impetuosamente*). — ¿Eso es lo único que se te ocurre decir? ¿No te interesa todo lo que te he dicho? ¿Crees que es más importante preocuparte de la lana, ahora?

CARMEN — Las causas no tienen por qué ser grandes o inmensas. Quiero tejerte un sweter para que no tengas frío en el invierno. Esa es mi causa, mi pequeña causa. . . Yo. . . creo que es importante, Octavio.

Entra ESTEBAN. Trae un diario en la mano. Su aspecto es de abatimiento. CARMEN y OCTAVIO lo miran con expectación.

CARMEN — ¿Lo publicaron? (*ESTEBAN niega con la cabeza*).
¿Por qué? ¿Ha sucedido algo?

ESTEBAN — Clausuraron »La Razón«. Su edición de hoy fue requisada.

CARMEN — ¿Y ese diario?

ESTEBAN — Las noticias oficiales, la denuncia del escándalo. Me calumnian, me injurian. . . No comprendo cómo se puede inventar en esa forma.

CARMEN — ¿Ha sido Ramiro?

ESTEBAN — Todo es obra de él.

OCTAVIO — Papá. . .

ESTEBAN (*brusco*). — No tienes por qué preocuparte. En las declaraciones del Ministro queda en claro que tú no has tenido parte en este asunto y que conservas su confianza como secretario privado.

OCTAVIO — Pero, papá. . .

ESTEBAN — Ya lo has oído. Puedes ir a trabajar. Te necesitará, seguramente. Querrá que le ayudes a informar a los periodistas sobre el negocio que yo intenté hacer a sus espaldas. Anda, anda. . .

CARMEN — Esteban, no digas eso. . .

ESTEBAN — Le di una oportunidad para elegir entre el Ministro y yo.

CARMEN — Pero no ha decidido. . . ha pasado la noche sin dormir. . .

ESTEBAN — No es tiempo de pensar, sino de actuar.

CARMEN — ¿Hablaste con Cornejo?

ESTEBAN — Era imposible entrar al diario. Estaba rodeado de detectives.

CARMEN — ¿Que vas a hacer ahora?

ESTEBAN — No estoy tan solo como cree Ramiro. Tengo amigos, personas influyentes. Cornejo no es el único que puede ayudarme.

*Se dirige al teléfono y consulta su libreta de direcciones.
Principia a discar un número.*

CARMEN — No te precipites.

ESTEBAN — Tengo amigos que son directores de diarios. Ya verás (*Al teléfono*). Aló. . . Habla Esteban Uribe. . . ¿Podría comunicarme con el Director?

OCTAVIO — No querrán hablar contigo, papá.

ESTEBAN (*al teléfono*). — ¿Si? . . . ¿Le dijo que era Esteban Uribe? . . . ¡Es un asunto urgente! . . . Está bien. Gracias. (*Cuelga el fono*).

OCTAVIO — No sigas, papá. Nadie querrá hablar contigo ahora. No te humilles.

ESTEBAN — Son mis amigos. Llegaban a mi oficina pidiendo favores, ofreciendo servicios. (*Disca otro número*).

CARMEN — Esteban. . . ¿No es mejor que esperes a Cornejo?

ESTEBAN — Aló. . . ¿Podría comunicarme con el Director? Gracias. . . (*A CARMEN*). Ya verás. Aló. . . ¿Lorenzo? ¿Qué tal? . . . Esteban Uribe. . . Te llamaba por las informaciones. . . (*Escucha un momento*). ¡Es toda una maqui-

nación! Quisiera explicarte personalmente para que publicaras. . . (*Escucha*). Sí. . . ¡Pero!. . . Comprendo. (*Cuelga el fono*).

OCTAVIO — ¿Vas a seguir llamando a tus amigos, todavía? ¿No comprendes que ahora que has perdido tu puesto ya nadie es amigo tuyo?

ESTEBAN — Aunque tenga que pararme en medio de la calle a proclamar la verdad, lo haré.

OCTAVIO — Antes de que puedas decir una palabra te acallarán los gritos de los demás.

ESTEBAN — ¿Qué sabes tú? ¿Qué puedes saber?

OCTAVIO — Vivo en este mundo, papá.

ESTEBAN — Hay otro mundo, Octavio. Hay otro. Eso es lo que te quiero mostrar (*Suena el timbre*).

CARMEN (*a OCTAVIO*) — Anda a ver quién llama. (*OCTAVIO hace mutis*).

ESTEBAN — ¿Estaré realmente solo?

CARMEN — No puedes vacilar, Esteban. No puedes vacilar, ahora.

Entra CORNEJO seguido de OCTAVIO. CORNEJO da la impresión de estar algo bebido.

CORNEJO (*grandilocuente. Forzadamente alegre*). — ¿Qué dice el reformador? ¿Satisfecho de los resultados?

ESTEBAN — En verdad, lo siento. . . Me refiero a la clausura.

CORNEJO — He estado toda la mañana yendo de una parte a otra. Nadie me escucha. Lo peor es que el Ministro tenía razón. No hay dinero que pueda levantar la clausura. Estoy arruinado. . . Me detuve en un bar a pensar y a la única conclusión que pude llegar es que soy un perfecto imbécil. Bueno, imbécil no es la palabra justa, pero ya que hay una dama presente. . .

ESTEBAN — ¿Probó en las radios?

CORNEJO — Lo probé todo. Es la conspiración del silencio. Todos prefieren la versión del Ministro. Es la más cómoda. . . Va a ser curioso explicarle la situación a mi hijo, decirle que lo hice por él. Me imagino lo que va a pasar. ¡Lo mismo que pensé yo en el bar!

ESTEBAN — Lo siento.

CORNEJO — ¿Queda algo de ese whisky que traje hace dos años? (OCTAVIO *sirve un vaso a CORNEJO*). ¿Y tú? ¿Qué dices? ¿Satisfecho de ver cómo tu padre va a ir a la cárcel? Porque va a ir a la cárcel, no lo dudes. No habrá juez que se convenza de la verdad con los documentos que tenemos.

CARMEN — No diga eso. Existe la justicia.

CORNEJO — Recuerde que tiene los ojos vendados. No se puede esperar mucho de ella. (*A ESTEBAN*). ¿Sabes lo que nos ha sucedido? Nos equivocamos de edad. Creíamos que teníamos entre veinte y veinticinco años. Tratar de limpiar la mugre que nos rodea no es tarea para nosotros, es para los jóvenes. Toda época tiene una tarea para su juventud. Esta es la tarea que corresponde a los jóvenes de ahora, a los jóvenes, no a los viejos como nosotros; y si ellos no lo hacen. . . ¡Qué diablos! Serán ellos los que reventarán, no nosotros. . . Era una idea bonita. Se principiaba con esto y se podía llegar quizá dónde. Era. . . era como una revolución. Así deben ser ahora las revoluciones y no a tiros. . . Bien, hemos perdido nuestra revolución en las primeras escaramuzas y, ahora, lo que corresponde es salvar el pellejo.

Suena el teléfono. CARMEN, que está próxima a él, responde.

CARMEN — ¿Aló? . . . sí. . . con su esposa. . . (*Oye un momento mientras en su rostro se dibuja la angustia; cuelga lentamente*).

ESTEBAN — ¿Quién era?

CARMEN (*abrazándose a ESTEBAN nerviosamente*). — ¡De nuevo Esteban! ¡De nuevo! ¡Otra vez los insultos! ¡No puedo! ¡No puedo soportar! ¡Haz algo! ¡Haz algo! (*Llora*).

ESTEBAN — Calma. Calma, Carmen (*Vuelve a sonar el teléfono*).

CARMEN (*Tapándose los oídos, gritando*). — ¡No! ¡No quiero oír! ¡No quiero oír!

ESTEBAN trata de tranquilizar a CARMEN. Entretanto, el teléfono sigue llamando. En un súbito impulso, OCTAVIO se abalanza hacia el teléfono.

OCTAVIO — ¡Aló! . . . ¡Muestran la cara, cobardes! ¡Cobardes!

OCTAVIO cuelga el fono, ESTEBAN y CORNEJO lo miran extrañados. El propio OCTAVIO parece extrañado de su reacción. Hay un momento de expectación. CARMEN se adelanta hacia OCTAVIO esperando que diga algo: la palabra que hará que la familia esté unida nuevamente.

OCTAVIO (*lentamente a CORNEJO*). — ¿Y si tuviéramos otros documentos? ¿Las cartas del Ministro con la firma comercial que iba a vender las máquinas?

CORNEJO — ¡Ah, eso sería otra cosa!

OCTAVIO — Yo las puedo obtener.

ESTEBAN — ¿Tú?

OCTAVIO — Sé dónde están. Puedo traerlas.

CORNEJO — ¿Por qué harías eso?

OCTAVIO — ¿No acaba de decir que esta es tarea para los jóvenes de hoy? Pues bien, yo soy joven. Quiero estar en la batalla. (*A CARMEN*). ¿Ves, mamá? ¿Y yo que estaba pidiendo una causa por la que luchar?

CORNEJO — Con esos documentos todo cambiará. Si mi diario está clausurado, los imprimiré en volantes y yo mismo los repartiré por las calles.

OCTAVIO — Y podemos ir a la Cámara y al Senado. Sé que no estamos abandonados. Es necesario, tan sólo, que alguien empiece.

CORNEJO — ¿Cuándo puede tener esas cartas?

OCTAVIO — Esta misma mañana.

Empieza a sonar el teléfono nuevamente, OCTAVIO va decididamente a contestar. ESTEBAN lo detiene.

ESTEBAN — No, Octavio. Déjalos. Es necesario que nos ladren

DEJA QUE LOS PERROS LADREN

los perros. Eso nos estimulará. ¡Que ladren! ¡Que sigan ladrando! Es señal de que avanzamos.

ESTEBAN, con CARMEN y OCTAVIO a ambos lados, miran el teléfono, que sigue llamando, con expresión de angustiado júbilo, mientras cae lentamente el telón.

T E L O N

Nos tomamos la Universidad

REPARTO

por orden de aparición

ANA

TITO

SILVIA

VIOLETA

RAMÓN

RAÚL

PANCHO



RECOMENDACIONES DEL AUTOR

PARA LA PUESTA EN ESCENA

En el texto se han individualizado los personajes con los nombres de los intérpretes que estrenaron la obra. Se recomienda que se use el mismo procedimiento, esto es, que los personajes sean individualizados, en cada caso, con el nombre propio de los intérpretes.

La obra debe representarse sin escenografía corpórea y con el mínimo de utilería. Queda al arbitrio del director encontrar la forma más efectiva para producir continuidad entre las escenas, de acuerdo a los medios que disponga. En tal sentido deben evitarse los apagones, caídas de telón o cualquier otro recurso que implique la discontinuidad de la acción.

No debe haber intermedios en la representación de la obra.

El autor no sólo autoriza, sino que estimula que, en las escenas de grupo, los intérpretes participen «ad libitum» de acuerdo a las circunstancias.

Escenario vacío.

Los actores entran en tres grupos de distintos puntos. Primero con sigilo, luego, se lanzan contra una imaginaria puerta en medio del escenario. Hay gran tensión. Pugilatos. Con gran esfuerzo abren la puerta para después cerrarla y trancarla. Entran y salen del escenario revisando, asegurando puertas, alguien dice: «El Cartel, dónde está el cartel». Otro responde: «Allá, lo escondimos allá». Van a buscarlo, lo traen y otro dice: «Al techo, hay que colgarlo al techo». Se van cantando y lanzando consignas.

(Hasta este momento la escena es esencialmente mimica, sin otras palabras que las indicadas, y una u otra expresión borrosa e ininteligible. Los actores deben dar la impresión de ser un grupo de treinta o cuarenta, esto es, no son individualidades, recién adquirirán este carácter en el momento siguiente).

Reaparecen los ocho actores, en fila india, haciendo la mimica de estar caminando con sumo cuidado en el techo. Todos en forma desordenada hablan en relación a la acción que están desarrollando. Cuando los ocho actores están alineados frente

al público, extienden el cartel y lo fijan al borde del escenario que, para este caso, es el frontis de la Universidad. Principian a cantar el himno de la toma y lo hacen con gran energía y entusiasmo. Cuando terminan aplauden, gritan hacia abajo, donde se supone que está la calle y Ramón dice que alguien tiene que quedarse de guardia. Todos indican que quieren quedarse. Ramón elige a Ana y Tito. Los demás se van comentando desordenadamente. Quedan solos Tito y Ana en un extremo, al borde del escenario.

ANA — Estuvo bonito ¡ah!

TITO — Parece que me torcí un dedo.

ANA — Cosas peores pasan en la guerra. . .

TITO — Es que. . . yo estudio piano.

ANA — ¿Piano? Yo, en cambio, soy de la Escuela de Enfermería. Apuesto que me ponen a cuidar a los heridos.

TITO — ¿Habrán heridos?

ANA — Yo vi uno que iba con la cara llena de sangre.

TITO — ¡Chitas!

ANA — ¿Te da miedo? ¡Yo que encuentro que estuvo tan linda la toma!

TITO — ¡Huachi! ¡Un carabinero!

ANA — ¿Dónde?

TITO — Allá.

ANA — Pero si está como a dos cuadras.

TITO — Pero viene para acá. Escondámonos. No lo perdamos de vista.

(Disminuye la luz en el sector donde están ANA y TITO. Un grupo de estudiantes pasa por el escenario lanzando gritos de lucha universitaria. Al retirarse, se ve a SILVIA y VIOLETA sentadas, en otro sector del escenario).

VIOLETA — Nos sacamos la mugre igual que ellos, peleamos y acarreamos muebles, pero lo primero que se les ocurre es mandarnos a la cocina. ¿Creerán que es para lo único que servimos las mujeres?

SILVIA — ¿Para cuántas personas dijeron que teníamos que hacer el almuerzo?

VIOLETA — Como para veinte. . .

SILVIA — Pero si en la Universidad hay muchos más.

VIOLETA — No te preocupes. La cosa está dividida en sectores.
En el nuestro somos veinte.

SILVIA — Aquí hay papas. . .

VIOLETA — Hagamos papas, entonces. No querrán langostas,
los lindos. . .

(Inicia la acción de recoger papas de un tiesto. SILVIA se queda mirando. VIOLETA reacciona).

¡Vamos! ¡Muévete! ¿Que ya estás cansada? Mira que tenemos para un buen tiempo aquí. La cosa no va a ser nada fácil.

(Cambio de luz. Por otro sector entran RAMÓN, PANCHO, ARNALDO y RAÚL)

RAMÓN — ¿Cerraron todas las puertas?

RAÚL — Todas. Aquí están las llaves.

RAMÓN — ¿De dónde las sacaron?

ARNALDO — De la portería. ¿De dónde iba a ser?

RAMÓN — Dámelas.

(RAÚL hace ademán de pasarlas. PANCHO da un manotazo y tira las llaves al suelo)

PANCHO — ¿Por qué?

RAMÓN — Yo soy el Jefe.

PANCHO — ¿Quién dijo?

RAMÓN — Felipe. El es el que manda y él me designó jefe de este sector.

ARNALDO — Calma, Pancho. Ya pasó el momento de la pelea. Ahora tenemos que actuar disciplinadamente.

RAMÓN *(Recogiendo las llaves del suelo)*. — Hay que preocuparse de la defensa del local.

PANCHO *(Sacando de debajo de su camisa un laque)*. — Por las dudas, yo traje este laque.

RAÚL — Yo tengo una hõnda.

PANCHO — Bueno, vamos a buscar piedras, fierros, lo que sea. Tenemos que tener nuestro propio arsenal.

(Salen. Cambio de luz a posición de TITO y ANA. Están tendidos sobre sus estómagos, vigilando la calle).

ANA — Ahora está pasando por aquí.

TITO — ¿Qué hace?

ANA — Está mirando.

TITO — ¿Para acá?

ANA — Sí.

TITO *(Tirando a ANA hacia su escondite)*. — ¡Cuidado!

ANA — Si es sólo un paco. . .

TITO — Anda con revólver.

ANA *(Levantándose súbitamente y gritando hacia abajo)*. — ¡Eh, nos tomamos la Universidad!

(ANA hace señas y queda desconcertada)

TITO — ¿Qué hizo?

ANA — Sonrió.

TITO — No debió hacerlo. Es un carabinero.

ANA — ¿Qué querías? ¿Que nos disparara?

TITO — El está para proteger el orden. Y nosotros. . .

ANA — ¿Qué? ¿Estás arrepentido?

TITO — No. No es eso. Pero un carabinero es un carabinero. . .

ANA — Son pacos. No se atreven con nosotros, los estudiantes.

Apuesto que sabían que nos íbamos a tomar la Universidad y hasta deben haber mirado. Pero no se atreven. . .

(Cambio de luz al sector de SILVIA y VIOLETA. Esta actúa rápida y funcionalmente. SILVIA, en cambio, lo hace con extremo cuidado).

VIOLETA — ¿Te fijaste en Felipe? Estaba a la cabeza del grupo. En el puesto de más peligro. Así me gusta la gente a mí. . . ¡Con agallas!

SILVIA — Para eso es el Jefe del movimiento.

VIOLETA (*Reparando en SILVIA*).— ¿Oye? ¿Qué estás haciendo?

SILVIA — Pelando papas.

VIOLETA — ¡Pelando papas! Yo he pelado medio saco. Tú, en cambio, hace media hora que estás con la misma papa en la mano.

SILVIA — Me gusta hacer las cosas bien.

VIOLETA — ¿Y a quién no? Ahora... si no estás dispuesta a trabajar...

SILVIA — El trabajo no tiene por qué ser feo.

VIOLETA — ¡Es horrible!

SILVIA (*Admirando una papa entre sus manos*).— ¡Mira!
¡Un óvalo perfecto!

VIOLETA — ¿Oye? ¿Dónde estudias tú?

SILVIA — En Bellas Artes.

VIOLETA — ¡Ahhhhh!

SILVIA — ¿No te gusta a ti hacer las cosas bien?

VIOLETA — Algunas cosas.

SILVIA — ¿Qué?

VIOLETA — El amor. (*Mira provocativamente a SILVIA. Esta no reacciona y continúa en su trabajo*).

¿Qué? ¿Te escandalizaste?

SILVIA — No.

VIOLETA — Es lo único que importa hacerlo bien. (*Como para sí*). ¿Cómo será acostarse con Felipe? (*a SILVIA*). ¿Te gustaría?

SILVIA — Pela papas, será mejor. Ahora eres tú la que te estás atrasando.

(*Cambio de luz. Entran RAMÓN, ARNALDO, PANCHO y RAÚL*).

PANCHO — Te digo que tenemos que tapiar todas las ventanas.

RAÚL — No es para tanto.

RAMÓN — En el patio dejamos un buen arsenal, para defendernos en caso que nos ataquen.

ARNALDO — ¿Quién nos va a atacar?

PANCHO — ¿Quién? Los pacos... o los chupamedias que se quedaron en sus casas, pero que luego se van a principiar a

desesperar porque no tienen clases, los perlas, porque van a perder el año.

RAMÓN — ¡Son más gallinas! (*Sacando un papel del bolsillo*). Miren, aquí tengo una lista. Debía tener veinte a mis órdenes y apenas si llegan a siete.

RAÚL — ¿Siete? ¿Y dónde están los otros?

ARNALDO — Los dos mocosos que se quedaron de guardia en el techo. . .

RAMÓN — Hay dos chiquillas más que las mandé a la cocina para que nos prepararen el almuerzo.

RAÚL — ¿Que tal son?

ARNALDO — Calma, cabrito. Esto no es cacheteo.

RAÚL — Tampoco es un convento de monjas, supongo.

ARNALDO (*Molesto*). — ¡Deja los conventos de monjas tranquilos! ¿Quieres?

RAÚL — ¡Ni que le hubiera sacado la madre!

RAMÓN — Bueno, tenemos que hacer una reunión con el grupo. Hay que organizarse.

PANCHO — ¡Reunión! ¿En eso nos vamos a llevar? Recién nos tomamos la Universidad y ya estamos en reuniones.

RAMÓN — Ya te dije que el que manda el grupo soy yo. Si no te gusta, te vas para la casa.

RAÚL — ¿Y los cabros que están de guardia?

RAMÓN — Que vengan, no más. Hay otros estudiantes que harán la guardia de todo el edificio. Anda a llamarlos. Nos reuniremos en la Secretaría.

RAÚL — A su orden, mi teniente.

RAMÓN (*A ARNALDO*). — Anda a llamar a las chiquillas que están en la cocina. Por hoy, el almuerzo puede esperar. . .

(*Salen ARNALDO y RAÚL*).

PANCHO — ¿Y a mí? ¿Adónde me va a mandar, mi jefecito?

RAMÓN — Tú te vas a la Secretaría y la limpias bien. Debe estar llena de polvo, porque el secretario pasa más tiempo en el bar de la esquina que en su oficina.

PANCHO — Me andas buscando ¿ah?

RAMÓN — ¿A ti no te dicen »El Guerrillero«?

PANCHO — ¿Y qué hay?

RAMÓN — ¿Crees que en la guerrilla todo es pelea? También hay que organizarse, hacer el aseo, la comida. No todo es como en las películas. Hay que machucárselas, también.

PANCHO — ¿Y tú?

RAMÓN — ¿Crees que no es responsabilidad ser dirigente? Si Felipe lo aceptara, te cambiaría el puesto. (*Mientras inicia el mutis*). Vamos, yo también tengo que recibir directivas.

(*Cambio de luz al sector de TITO y ANA*).

ANA — Es bonito, es bonito tomarse la Universidad. Mi colegio nunca se lo tomaban. Era de monjas. No nos dejaban. Y ahora, recién entro a la Universidad y ya la tomamos. Es la primera vez que hago algo así, importante. Estoy en contra, en contra de todo esto. . . ¿Y tú?

TITO — Yo también.

ANA — ¿Por qué?

TITO — Todos están en contra. Y a mí no me gusta quedarme solo. Yo estoy con los demás.

ANA — ¿Vinieron muchos de tu escuela?

TITO — Iban a venir como cuarenta. . .

ANA — ¿Y. . . ?

TITO — No he visto a ninguno.

ANA — ¿Se achaplinaron?

TITO — Quizás. . .

(*Cambio de luz al sector de SILVIA y VIOLETA*).

VIOLETA — ¿Qué tienes contra mí?

SILVIA — Nada.

VIOLETA — ¿Y por qué me miras así? ¿Te parece extraño que esté estudiando? No creo ser una vieja. . .

SILVIA — No.

VIOLETA — Puedo ser más joven que todos Uds.

SILVIA — ¿No los viste? Todos los que participaron en la toma, lo eran.

VIOLETA — Pero para muchos es una fiesta, no le toman el peso. No sacrifican nada. En cambio yo. . .

SILVIA — ¿Tú, qué?

VIOLETA — Tengo dos hijas. Han quedado solas.

(*Entra ARNALDO*).

ARNALDO — Olvídense de las papas, niñas. Hay reunión en la secretaría.

VIOLETA — ¿Y el almuerzo?

ARNALDO — ¿Quién piensa ahora en el almuerzo?

(*Inician el mutis, mientras cambia la luz al sector de TITO y ANA. Por el otro extremo entra RAÚL*).

RAÚL — ¡Eh, chiquillos! Bajen. Tenemos una reunión.

ANA — Pero si estamos de guardia.

RAÚL — La reunión es más importante, vengan.

(*Mutis de RAÚL. TITO se levanta*).

TITO — Vamos, Anita. Ya oíste, lo importante es la reunión.

ANA — Pero... ¿Y si pasa algo cuando nosotros no estamos acá?

TITO — Vamos... (*Principia a guiar a la ANITA en el cruce por el techo. Mira hacia abajo*).

Mira... Todo está igual. Como si no supieran lo de la toma.

ANA — Parece que a la gente le diera lo mismo.

TITO — A lo mejor creen que es una broma de los estudiantes.

ANA (*Deteniéndose*). — Míralos. Parecen hormigas.

TITO — Son hormigas.

ANA — Yo no quiero ser como ellos. No quiero.

TITO — ¿Nosotros no?

ANA — ¿Por qué no?

TITO — Somos jóvenes.

(*ANA sonríe. Se toma fuertemente de TITO y ambos hacen mutis*).

Cambio de luz a donde se encuentra PANCHITO quien hace con desgano el aseo. Entra RAÚL con algunas sillas).



PANCHO — ¿Y esas sillas?

RAÚL — Para la reunión, pues. Ya me cansé con esta toma (*en el mutis*). Te mandan de arriba abajo, de acá para allá...

(PANCHO empieza a revisar un Kárdex. Extrae un documento y lo lee. Entra RAÚL con más sillas).

RAÚL — ¿Qué estás leyendo?

PANCHO (*Para sí. Embebido en la lectura*). — ¡Las cosas que uno viene a saber!

(*Entran ARNALDO, SILVIA y VIOLETA*).

ARNALDO — Por aquí... Las compañeras son las que están a cargo de la cocina.

RAÚL — Habrá que estar bien con ellas, entonces.

PANCHO — Arnaldo, mira lo que encontré.

(*Le pasa el documento a ARNALDO quien lo lee. Entran apresuradamente ANITA y TITO*).

TITO — ¿Aquí es la reunión?

ANA — ¿Ya empezó?

PANCHO — No. Falta el »jefe«.

VIOLETA — ¿Va a venir Felipe?

PANCHO — No. Nos mandó un suche. Un estudiante de leyes que se cree la muerte y no está ni siquiera pálido.

ARNALDO — Así que el Piojo Henríquez. . .

PANCHO — ¿Qué te parece?

ARNALDO — Una inmoralidad.

SILVIA — ¿Qué encontraron?

PANCHO — ¿Conocen al Piojo Henríquez?

ANA — No. Debe ser porque soy nueva.

ARNALDO — Son muy pocos los que lo han visto en la Universidad, a pesar de ser profesores de no sé cuántas Facultades.

PANCHO — Y aquí nos encontramos con su nombramiento como investigador con horario completo.

RAÚL — Y también tiene pega full-time en el Ministerio.

SILVIA — ¿Cómo puede hacerlo?

VIOLETA — Todos se arreglan los bigotes.

PANCHO — Por eso nos tomamos la Universidad. Para acabar con esta camarilla que se reparte pegas y no hace nada.

RAÚL — Debíamos publicarlo en los diarios.

(Entra RAMÓN y desplaza con un gesto a PANCHO del centro del grupo).

RAMÓN — La toma fue un éxito. *(Explosión de alegría de los demás)*. Todos los grupos respondieron. Sólo que participamos menos de la mitad de los que estaban avisados.

TITO — Parece que yo soy el único de mi Escuela.

RAMÓN — Ahora hay que organizarse. A nosotros nos toca la confección de la propaganda.

RAÚL — ¿Hacer slogans, enviar información a los diarios...?

RAMÓN — No. Eso está reservado a los dirigentes. Nosotros haremos, confeccionaremos lo que ellos ideen.

PANCHO *(Despectivo)*. — ¡Los cerebros mágicos!

ARNALDO — Aquí encontramos unos decretos, con los que podríamos hacer saltar a varios frescos. *(Le extiende el documento a RAMÓN)*. Mira, un nuevo nombramiento para el Piojo Henríquez.

RAMÓN — ¿De dónde sacaron esto?

PANCHO — Del Kárdex. Quizás con qué otra sorpresa nos vamos a encontrar.

RAMÓN — A ti te mandé a hacer el aseo, no a revisar los kárdex. Eso no es para nosotros. Le corresponde a los dirigentes.

VIOLETA — ¿Y tú no eres dirigente?

RAMÓN — Sí, pero la revisión de los documentos la hacen los mandamases del movimiento, no los Jefes de Grupo.

RAÚL — Es que a esos decretos hay que darles publicidad. Ellos sólo justifican a nuestro movimiento.

RAMÓN — Descuida. Ya los dirigentes se encargarán de poner las cosas en su lugar. Al Piojo Henríquez lo tienen bien fichado.

ANA — ¿Y qué más hacen los dirigentes? *(Algunos se ríen)*. Yo pregunto para no hacer nada que tengan que hacer ellos.

RAMÓN — La otra cosa es el teléfono. Aquí hay uno. Nos van a mandar a un compañero de la división de comunicaciones para que lo conteste. Nosotros no debemos ni llamar ni contestar. Y cuando necesitemos comunicarnos de un sector de la Universidad a otro, va a haber que usar una clave.

ANA — ¿Cuál?

RAMÓN — No sé. Todavía no me la han dado. Pero lo que tenemos que encontrar es una palabra en vez de »Aló« para contestar y para llamar, cosa que inmediatamente sepamos que somos nosotros.

(Principia a sonar el teléfono).

SILVIA — ¿Y qué hacemos ahora? No tenemos la palabra.

ANA — A mí se me ocurre una, pero no me atrevo a decirla.

TITO — Una palabra difícil, como otorrinolaringólogo.

RAMÓN — Bueno, hay que contestar... Podría ser urgente.

Dejenme pensar.

(RAÚL se adelanta y levanta el fono. Los demás lo siguen con expectación).

RAÚL — ¿Poto?

(Risa general. RAÚL cuelga).

ARNALDO — ¿Quién era?

RAÚL — Cortó. Parece que se asustó.

ANA — La misma palabra que se me había ocurrido a mí.

RAMÓN — Bueno, ahora que tenemos la palabra clave *(risas)*, vamos a la tarea concreta que se nos ha asignado.

PANCHO — Apuesto que va a ser pegar carteles.

RAMÓN — No. Vamos a construir un monigote.

SILVIA *(Como si recordara algo)*. — ¿Un monigote?

TITO — ¿Qué es eso?

RAMÓN — Un mono enorme.

RAÚL — ¿Y para qué vamos a hacer un mono? ¿No es suficiente con Arnaldo?

RAMÓN — Es que este monigote lo vamos a colgar en el frontis de la Universidad, para quemarlo después.

ANA — ¿Vamos a trabajar para después quemarlo?

RAMÓN — Lo vamos a colgar y quemar el día de la victoria.

VIOLETA — ¿Qué va a representar?

RAMÓN — Al Rector.

TITO — Yo no lo he visto nunca.

RAMÓN — No importa que se parezca o no. Será un símbolo, un símbolo de la autoridad contra la que nos hemos rebelado.

PANCHO — ¡Del orden injusto que se nos ha impuesto! De la socie. . .

RAMÓN (*Interrumpiéndolo*). — Después, viejo, después. . . (*A los demás*). ¡Ya! Si es para ahora, no para mañana. Vamos a buscar el material. Hay que encontrar sacos, trapos, aserrín, de todo. . . ¡Manos a la obra!

(Salen todos menos SILVIA que, desde su último parlamento se ha separado del resto quedando pensativa. Se dirige al público).

SILVIA — Una sola palabra puede despertar la memoria y evocar imágenes perdidas. Cuando Ramón dijo «un monigote», recordé. Tenía cuatro años y mi padre estaba junto a mí. Jugábamos. Tomó un pedazo de papel, lo dobló así y lo recortó. (*Lo va haciendo a medida que habla*). ¿Qué es?, pregunté. Monigotes, monigotes tomados de la mano. Si tuviera un papel suficientemente grande, te haría tantos que podrías envolver el mundo con ellos. Y yo, que siempre fui muy sola, quise ser uno de esos monigotes; formar en esa cadena de manos entrelazadas. Mi padre murió siendo yo muy niña y si bien había olvidado sus monigotes de papel, conservé siempre ese anhelo lejano: Estar junto a otros. Pertenecer.

Extiende la cadena de monigotes que ha hecho. Los mira. Sonríe).

¡Cosas! . . . Cosas que se le ocurren a uno cuando niña.

(Cambio de luz. El grupo está sentado en el suelo trabajando en la confección del monigote que, a esta altura, está desmembrado en sus distintas partes).

RAÚL — ¡Va a quedar fenómeno!

VIOLETA — En la Asamblea de hoy dijeron que cada grupo tenía que preparar un número artístico. ¿Qué vamos a hacer nosotros?

RAMÓN — Tú siempre pensando en pasarlo bien. . .

VIOLETA — Pero si dijeron eso.

ANA — Al grupo que haga el mejor número le darán un premio.

PANCHO — Parece que la gente creyera que estamos en una fiesta. . .

TITO — Algo hay que hacer para no aburrirse, también.

SILVIA — Hay muchos que salen a la calle. ¿Cuándo vamos a poder salir nosotros?

RAMÓN — ¿Para qué salir? Al grupo que tenga más asistencia, se le dará una mención especial.

RAÚL — ¿Y quién necesita una mención especial? Yo prefiero salir. . .

PANCHO — ¡Individualista!

RAÚL — ¿Y qué vamos a hacer aquí encerrados? Ya estamos por terminar el monigote.

PANCHO — Nos vamos y se retoman la Universidad.

RAÚL — ¿Quiénes? Si los profesores están felices con la toma. No hacen clase y reciben sueldo.

ARNALDO — En eso no hay diferencia. Siguen iguales.

PANCHO — ¿Y la Policía Política? ¿No se han asomado por la ventana? Estamos rodeados de »tiras«, llevan la cuenta de los que salen y en cuanto vean que quedamos unos pocos. . .

TITO — ¿Tú crees que nos atacarán?

PANCHO — Se pasarían de tontos si no lo hacen.

RAMÓN — ¡Tranquilos! Acuérdense lo que dijo Felipe, hoy, en la Asamblea. ¡Eso sí que es discurso. . . !

VIOLETA — ¡Estuvo brillante!

ANA — A mí me dio escalofríos.

TITO — Es el más lindo discurso que he escuchado. ¿No te parece, Arnaldo?

ARNALDO — He escuchado tantos discursos. . .

ANA — ¡A ver! ¿Cuál es el mejor que has oído?

ARNALDO — Trabajemos, será mejor.

ANA — Podemos trabajar y conversar. Para todo hay tiempo.

TITO — Cuenta. . . ¿Cuál es el mejor discurso que has oído?

ARNALDO — Yo era un mocoso. . .

RAÚL (*Interrumpiendo*). — ¿Se imaginan a Arnaldo de mocoso?
¡Si yo creo que nació con esa cara de viejo!

VIOLETA — No le aportillen el cuento.

ARNALDO — Fue. . . fue después de una derrota. Fuimos los únicos que nos atrevimos a sacar candidato. Los otros acababan de tener la gran victoria y sabían que arrasarian de todos modos. Presentaron de candidato a un zapatero. El zapatero López.

PANCHO — Apuesto que Uds. llevaron a un pituquito profesional.

ARNALDO — Así será. . .

TITO — ¿Y perdieron?

ARNALDO — Pero antes echamos el bofe trabajando. ¡Nos amaneíamos pegando carteles, hablando con la gente. . . que sé yo. . . !

RAMÓN — Pero perdieron.

ANA — ¿Y el discurso? ¿El discurso más lindo que escuchaste?

ARNALDO — Estábamos sentados en la vereda. Cansados, derrotados. . . Entonces, uno de nosotros se paró y empezó a hablar. Y todos terminamos llorando.

TITO — ¿Pero qué dijo?

ARNALDO — Me acuerdo de una parte. Contaba que después de la guerra, la Primera Guerra Mundial, los soldados franceses volvían derrotados desde las trincheras. Y describía las filas inmensas de hombres cansados, andrajosos, heridos. . . y un murmullo, un murmullo que se hacía grito a pesar que eran palabras masculladas entre dientes: »Un jour il viendra. . . un jour il viendra. . . un jour il viendra. . .«

ANA — ¿Qué significa eso?

SILVIA — Llegará el día.

ARNALDO — Y el que estaba hablando nos dijo: Sí, compañeros, llegará el día que nuestras banderas flamearán victoriosas. (*Pausa*). Y ahí fue la primera vez que vi a hom-

bres grandes llorar. Que llorara yo, no importaba. Era un mocososo. Pero los otros. . .

TITO — ¿Y qué pasó después? ¿Llegó el día que las banderas de ellos flamearon victoriosas?

(ARNALDO *lo mira con tristeza*).

TITO (*Insistiendo*). — ¿Triunfaron? ¿Llegó el día?

ARNALDO — Sí. Triunfaron. Llegó el día.

TITO — ¡Qué lindo!

RAMÓN — ¿Ven? Lo mismo nos va a pasar a nosotros. Pasaremos algunas molestias durante la toma, pero, al final, venceremos. Y tendremos la Universidad que queremos.

ANA — ¿Qué es lo que queremos?

RAMÓN — ¿Que no sabes la plataforma de lucha, acaso?

ANA — No entiendo mucho. . .

RAMÓN — ¿Y por qué estás aquí, entonces?

RAÚL — Por lo mismo que muchos. Por revolverla.

VIOLETA — Yo no estoy aquí por puro revolverla.

RAÚL — ¿Por qué, entonces?

VIOLETA — Porque estoy con la gente joven. Los jóvenes siempre tienen la razón.

RAÚL (*Recitando con sonsonete elocuente*). — Juventud, Divino Tesoro, que te vas para no volver. . .

(*Algunas risitas ahogadas*).

VIOLETA — ¿Qué les da tanta risa? ¿Que esté estudiando a mi edad? No es tanta la diferencia, creo. Y lo importante es ser joven de adentro, del espíritu. Y en eso soy más joven que todos Uds. juntos.

TITO (*Acercándose a VIOLETA*). — No te enojés. Lo hacen por molestar.

VIOLETA — ¿Tú me encuentras vieja?

TITO — No.

VIOLETA — ¿Seguro? (TITO *no contesta. Se siente incómodo*).
Mírame bien. (*Lo atrae hacia ella*). ¿Ves alguna arruga?
¿Alguna pata de gallo?

TITO — No.

- VIOLETA (*Como para sí*).— Buen niño, buen niño. (*Transición*). O corto de vista.
- PANCHO — ¿Sabes lo que podríamos hacer con el material que nos sobre? ¡Un piojo enorme!
- RAÚL — Gordito y coloradito como el Piojo Henríquez.
- ANA — ¡Qué asco!
- RAÚL — A propósito, Ramón, ¿Revisaron ya los dirigentes los documentos que había en la Secretaría?
- RAMÓN — Mejor, olvidense de lo que vieron.
- PANCHO — ¿Por qué?
- ARNALDO — ¿Pretenden quedarse callados ante esa inmoralidad?
- RAMÓN — No conviene.
- RAÚL — Pero... ¿Por qué?
- RAMÓN — Táctica.
- PANCHO — A ver... explícate... ¿Qué es eso de táctica?
- RAMÓN — ¿Prometen no decir nada?
- ANA (*Acercándose curiosa a RAMÓN*).— ¡Yo prometo!
- RAMÓN — Se está formando un Comité de Profesores que apoya a los estudiantes.
- ARNALDO — ¿Y qué tiene que ver?
- RAMÓN — Parece que el Piojo Henríquez lo estuviera organizando.
- PANCHO — ¡No podemos aceptarlo!
- RAMÓN — Los dirigentes saben lo que hacen.
- PANCHO — Los dirigentes... los dirigentes... Te llenas la boca con los dirigentes.
- RAMÓN — ¡Ya! Terminemos el monigote luego. Se está haciendo tarde.

(ARNALDO camina nerviosamente y lanza lejos la parte del monigote en que estaba trabajando. Se sienta al lado de SILVIA quien está pintando la cabeza del monigote).

- SILVIA — ¿Qué te pasa?
- ARNALDO — ¡Que soy un porro! No voy a aprender nunca. Siempre me metén el dedo en la boca...
- SILVIA — ¿Qué estudias?

ARNALDO — Historia. Es la segunda vez que entro a la Universidad. La primera fue a Leyes.

SILVIA — ¿Te fue mal?

ARNALDO — Me dio asco. Te enseñan lindas teorías, la filosofía del derecho, la doctrina tal o cual y llegas a los Códigos y las leyes... ¡Y chao teorías! ¡Al hoyo la doctrina! Las leyes sólo dicen lo que le interesa a quienes tienen más poder para presionar.

SILVIA — ¿Y ahora estudias historia?

ARNALDO — Pero es de una monotonía terrible. Pueblos que se rebelan, triunfan y se conforman; otra gente que se rebela contra ellos, triunfan y se conforman. Y así, siempre igual.

SILVIA — Eres pesimista.

ARNALDO — Cuesta tanto no serlo.

SILVIA — No debes ser muy entretenido para tu familia.

ARNALDO — Soy solo.

SILVIA — ¿No estás casado? ¿No te has casado nunca?

ARNALDO — No.

SILVIA — ¿Por qué?

ARNALDO — Me quedé así.

SILVIA — ¡Tonto!

ARNALDO — De veras que es así. Me he quedado en todo. No he sabido crecer, madurar. Es raro. A todos mis amigos, mis compañeros, les fue fácil. De repente, me di cuenta que ellos eran adultos y yo no.

SILVIA — ¿Qué llamas tú ser adulto?

ARNALDO — Saber acomodarte. ¿Ves? El Piojo Henríquez es adulto. Se acomodó en la Universidad, se acomodó en el Ministerio y en cuanto ve que se le mueve el piso, se acomoda con los estudiantes, por las dudas.

RAMÓN (*Levantándose para inspeccionar el trabajo de los demás*). — Va a quedar del uno. Los dos brazos... las piernas... el tronco. ¿Y la cara? ¿Quién tiene la cara?

VIOLETA — ¿Quién la va a tener? La estudiante de Bellas Artes tiene que ser.

RAMÓN — A ver... (*Se acerca*). Oye... ¿Pero estás loca tú?

SILVIA — ¿Qué tiene?

RAMÓN — ¿Estás pintando al Rector o a un ángel?

(*Los demás se acercan a mirar*).

ANA — ¡Qué lindo!

RAMÓN — ¿Ves? Eso es lo que va a decir la gente cuando colguemos al monigote en el frontis de la Universidad. ¡Qué lindo! ¡Es precioso! Y se van a poner de parte de él y en contra de nosotros. Cuando queramos quemarlo, nos van a linchar.

SILVIA — Todavía no lo he terminado.

VIOLETA — ¿Qué te falta? ¿Pintarle los cachetes rosados?

RAMÓN — Tienes que embadurnarlo todo. Hacer una cara que dé miedo; que sea horrible.

SILVIA — Ahora lo termino. Te aseguro que va a dar miedo.

(*SILVIA traza líneas gruesas sobre las ya trazadas, mientras los demás observan. En sus rostros se va dibujando una expresión de repugnancia*).

SILVIA (*Pasándole la cabeza del monigote a RAMÓN*). — ¿Y ahora?

RAMÓN — ¡Ahora sí!

ANA (*A SILVIA*). — ¿Cómo lo hiciste?

SILVIA — Tú lo viste.

ANA — Pero habías pintado primero una cara joven, hermosa...

SILVIA — Sí. Y después subrayé los rasgos. La sonrisa pasó a ser una mueca. Lo que era armonioso se convirtió en una caricatura.

ANA — De verdad que me dio miedo.

SILVIA — ¿Y sabes por qué? Lo que hice con la cara, fue envejecerlo.

ANA — ¿Y por qué tenía que darme miedo a mí? ¡Yo soy joven!

SILVIA — También tú envejecerás.

ANA — ¿Yo?

(*ANA se queda anonadada. Es primera vez que toma conciencia de la transitoriedad de su juventud. TITO que la observa, se acerca a socorrerla. Le toma una mano*).

TITO — ¡Ana!

ANA (*Brusca. Desagradable*). — ¡Déjame. . .!

ARNALDO (*A SILVIA*). — Fuiste cruel. . .

ANA — No. Yo no. . .

RAÚL (*Acercándose a RAMÓN*). — ¿Y? ¿Cómo lo halla, Jefe?

RAMÓN — Nos vamos a anotar un poroto.

RAÚL — ¿Qué falta ahora?

RAMÓN — Pegar todas las partes.

RAÚL — ¿Cómo? ¿Cosiéndolas?

RAMÓN — ¿Estás loco? El monigote está más pesado. . . Hay que hacer ganchos. Aquí tengo una buena cantidad de alambre grueso.

RAÚL — ¿Te ayudo?

(*Se pone a trabajar en la fabricación de los ganchos*).

RAMÓN — Hay que cortarlos con alicate y, después, doblarlos así.

PANCHO — ¿De dónde sacaron ese alambre?

RAMÓN — De donde sacamos todas las cosas con que rellenamos el mono.

PANCHO — ¿No habrá sido del arsenal?

RAMÓN — Tranquilo. . . (*PANCHO hace un gesto de protesta*).

RAÚL — El Jefe te dijo que te quedaras tranquilo.

PANCHO (*Haciendo mutis rápido*). ¡Capaz que hayan sido tan descriteriados!

RAÚL — A ti que te gusta que te digan Jefe ¿ah?

RAMÓN — No me tiene que gustar ni no gustar. Yo soy el Jefe de este sector. Felipe me eligió a mí.

RAÚL — Parece que a Pancho no le gustara. . .

RAMÓN — Pancho anda medio tocado. Lo primero que hizo fue buscar cuanta porquería encontró en la Universidad y las juntó todas. Dice que es el arsenal para defendernos en caso que nos ataquen. Menos mal que todo eso sirvió para rellenar el monigote. . .

RAÚL — ¿Y no se dio cuenta?

RAMÓN — ¡Qué se va a dar cuenta! Si se pasa soñando con la revolución, con guerrillas, qué sé yo. . .

RAÚL — ¿Que tú no estás con la revolución?

RAMÓN — ¿Cómo no voy a estar. . .? Es que la cosa no es así, al lote. . . Hay que organizarse.

RAÚL — ¿Con quién estás tú?

RAMÓN — ¿Yo? Con la izquierda, naturalmente.

RAÚL — ¿De qué partido eres?

RAMÓN — No pertenezco a ninguno. No, no me gusta. Prefiero mi libertad. . . Claro que soy de izquierda. ¿Sabes lo que me dijo Felipe? Que yo era igual que él. Un intelectual de izquierda. Sí. Eso es lo que soy.

RAÚL — Es cómodo ¿ah?

RAMÓN — No, si no es por comodidad. Pero en un partido a uno lo mandan a hacer esto y lo otro y de repente el Partido mete la pata y uno tiene que pagar las consecuencias.

RAÚL — Pero, en cambio, cuando estás en un partido, te apoyan, te promueven.

RAMÓN — No creas. Mejor es que lo pololeen a uno. Cuando se está fichado, ya nadie se interesa por uno. En cambio, librecito, todos te llaman.

RAÚL — ¡Claro! Los yankees te pueden convidar a los Estados Unidos a ver si te convencen; los cubanos te invitan a Cuba y los rusos te pasean por Europa Oriental para que estés más cerca de ellos.

RAMÓN — Los que son increíbles son los yankees. ¡Fíjate! Mientras más le dices disparates y le sacas el Vietnam que es como sacarles la madre, más te invitan.

A mí la Fundación Ford me tiene ofrecida una beca. Y nada que me ando quedando callado cuando se trata de denunciar al imperialismo.

RAÚL — Creo que ya estamos listos.

RAMÓN — ¿Habrá suficientes ganchos?

RAÚL — De más.

RAMÓN (*Dirigiéndose donde están los demás*). — ¿Están listas todas las partes del monigote?

(*Los demás contestan ad libitum en forma afirmativa.*
Entra PANCHO indignado.)

PANCHO — ¿Qué hicieron con las piedras y los adoquines?

RAMÓN — Están en la guatita del Rector.

(Risa de los demás que ya están en la tarea de juntar las partes del monigote).

PANCHO — ¿Pero no se dan cuenta? Nos hemos quedado sin nada para defendernos. Tenemos que ir a buscar a otra parte.

RAÚL — Oye, Pancho. ¿Quieres que te dé un consejo? Déjate crecer la barba, te compras una libretita y te vas a Bolivia a escribir un diario. . .

PANCHO *(Lanzándose encima de RAÚL)*. — ¡Limpiate la boca antes de. . .!

(RAÚL escapa. Otros sujetan a PANCHO y lo calman. Este se desprende de ellos y se va al otro extremo del escenario).

TITO — ¡Sensacional!

VIOLETA — ¿Lo vamos a colgar al frente de la Universidad?

RAMÓN — No. Eso está reservado para el día de la victoria.

ANA — ¿Y dónde lo vamos a dejar mientras tanto?

SILVIA — Lo ideal sería en el patio central.

VIOLETA — Estará ahí como un símbolo.

RAMÓN — ¡Vamos! ¡Llévemolo de inmediato!

(El grupo se dispone a llevarse el monigote. SILVIA y ARNALDO reparan en PANCHO y van a buscarlo).

ARNALDO — Ven. Ayúdanos a colgarlo.

PANCHO — ¡Leseras!

SILVIA — No seas tonto. No lo eches a perder todo.

ARNALDO *(Tomándolo)*. — ¡Vamos!

PANCHO *(Desprendiéndose violentamente de ARNALDO)*. — ¡Déjenme! ¡Yo no vine aquí a jugar a las muñecas!

(SILVIA y ARNALDO lo dejan y se incorporan al grupo que hace mutis llevando el monigote. PANCHO queda solo, en primer plano, frente al público. A él se dirige).

PANCHO — No. No había participado en la toma para jugar a las muñecas. Había llegado hastiado de discursos, de símbolos, de monigotes que se construyen para quemarlos después. Quería acción de una vez por todas. Me bastaba con el ejemplo de mi padre. El ha vivido aplaudiendo discursos, participó en la quema de los monigotes de Gustavo Ross, del General Ibáñez y quizás de cuantos otros.

Y ahí está el viejo: ¡Jodido!

¿Saben lo que es? Me da vergüenza decirlo: es radical. Parece que el año 38 era dirigente de la juventud y estaba convencido que con el Frente Popular se acababan las desgracias para el país. Al menos, a él le dieron un puesto: Oficial de Partes de una Caja de Previsión. Pero su ambición era llegar a ser Secretario General. Iba a las Asambleas, firmaba manifiestos, hablaba del pueblo, de la justicia social, del laicismo, del socialismo evolutivo, pero, en verdad, lo que quería era ser Secretario General. Y no lo consiguió. Terminó jubilando. Y formó un comité. Y en el comité hacía discursos, llamaba a la revolución, pero lo que él quería era que le dieran la jubilación perseguidora.

Y yo nací, me amamanté, crecí, oyendo hablar de la igualdad, de la fraternidad, de la justicia, de la redistribución de la riqueza, pero yo no quiero ser Secretario General de nada y me siento en la jubilación perseguidora.

Lo único que quiero es hacer realidad lo que mi padre decía y no creía. Yo sí creo. Y para hacerlo realidad estoy dispuesto a todo. A todo, menos a los discursos y a jugar a los monigotes.

Por eso los cabros se burlaban de mí y me decían »El Guerrillero«. Y a mí no me quedaba otra cosa que esperar. Esperar el momento de la acción.

Si ellos creían que la toma era igual que la Fiesta de la Primavera. . . ¡Allá ellos!

(Mutis de PANCHO. Los demás entran trayendo el monigote y lo cuelgan mientras comentan ad libitum).

RAMÓN — El cordel. Tiren el cordel.

(RAÚL hace la mímica de tirar un cordel mientras el monigote asciende quedando colgado en medio del escenario. Todo esto en medio de la algarabía y comentarios del resto).

ANA — Me da miedo.

ARNALDO — Parece un gran Dios bárbaro.

TITO — Eso es lo que es.

VIOLETA — Un ídolo.

RAÚL — Dios o ídolo, hay que reverenciarlo.

SILVIA — Celebremos un oficio para pedir su protección.

TITO — Ofrezcámosle un sacrificio, como en las películas.

SILVIA — ¿Pero qué podrá ser?

TITO — ¡Una virgen!

RAÚL — ¿Por qué no se te ocurre algo más fácil de encontrar?

VIOLETA — Yo, yo soy la virgen.

RAÚL — ¡Anda! Capaz que el ídolo se enoje con nosotros por hacerles ofrendas falsificadas.

TITO — ¡La Anita!

ANITA (*Resistiéndose*). — ¡No, yo no! ¡Me da miedo!

ARNALDO — ¡La Silvia!

RAMÓN (*Tomando a SILVIA en brazos y situándose bajo el monigote*). Eso es. La Silvia, por eliminación.

(*Los demás bailan una danza ritual india en torno al ídolo, después, RAÚL se adelanta y hace la mímica de enterrarle una daga en el pecho a SILVIA. RAMÓN deposita a SILVIA en el suelo y, entre todos, la toman y la lanzan al aire, cuando dicen »Protégenos«*).

RAMÓN — Tú, que vendaste los ojos a la justicia.

TODOS — ¡Protégenos!

RAMÓN — Tú que transformas en oro el dolor de los demás.

TODOS — ¡Protégenos!

RAMÓN — Tú que acaparas la sangre, el sudor y la esperanza de los desposeídos.

TODOS — ¡Protégenos!

RAMÓN — Tú que tienes compadre juez, compadre Ministro, compadre industrial.

TODOS — ¡Protégenos!

(Al recibir a SILVIA todos se caen entre risas).

RAMÓN — Ahora la última. Todos juntos. (Se hincan, levantando los brazos e inclinándose hasta tocar el suelo, mientras dicen. . .).

TODOS — ¡Tú que eres la autoridad! . . . ¡Protégenos!

(RAÚL se levanta primero y al ver a SILVIA postrada junto a él la toma por la cintura y hace mutis con ella).

RAÚL (En el mutis). — ¡Ya está! ¡Me llevo la Virgen!

(Los demás salen tras ella, con excepción de ANITA que no ha participado en lo anterior limitándose a observarlos entre divertida y aún atemorizada por la figura del monigote. Va a salir con los demás, pero se detiene y se vuelve hacia el monigote).

ANA (Sacudiéndole un brazo al monigote como si quisiera llamar su atención). — Madre Brigida. . . ¿Se acuerda Madre Brigida? Ud. decía que yo tenía mal espíritu; que era pecado hacer preguntas en clase, de esas que Ud. no sabía contestar; que era pecado pasearse en el patio conversando, del brazo, con una amiga; que era pecado entrar en el verano en la Iglesia, con un vestido sin mangas.

¿Sabe lo que hice ahora?

¡Me tomé la Universidad!

¿Y sabe qué más?

Hicimos un tremendo mono de trapo con la figura del Rector. Pero yo, que no conozco al Rector, cuando lo miro, me acuerdo de Ud., Madre Brigida.

Y lo vamos a quemar. Y ojalá que le duela.

Ud. siempre nos dijo que se iría al cielo y que nosotros nos íbamos a consumir en las llamas del infierno; que por eso se había hecho monja: para estar segura de irse al cielo. Y que, desde allá, arriba, sentada a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, iba a mirar al infierno y nos iba a ver a nosotros sancochándonos. Y que le iba a dar pena.

¡A mí no me va a dar nada de pena cuando quememos el mono! Me voy a acordar de Ud. y me va a gustar. A lo mejor, hasta me río.

Madre Brígida. . . ¿Se acuerda cuando Ud. me retaba? A mí me daban ganas de decirle o hacerle algo, pero no sabía qué.

Ahora ya lo sé.

Mire.

Lo aprendí en la Universidad.

(Hace una sonora «tápa» al monigote. Cambio de luz. ARNALDO sentado al lado del teléfono lee un libro. SILVIA le acompaña, se entretiene haciendo monigotes de papel. Son las primeras horas de la noche. Por un momento permanecen cada uno en lo suyo. Suena el teléfono).

ARNALDO *(Contestando)*. — ¿Poto? *(Escucha un momento)*.

¿De qué diario llaman? . . . Están todos. . . No, sólo los dirigentes fueron a esa reunión. . . Sí. Se mantiene el mismo número de estudiantes dentro de la Universidad. . .

No, ninguna novedad *(Cuelga)*.

SILVIA — ¿Quién era?

ARNALDO — Los diarios. Querían saber cuántos estábamos dentro de la Universidad.

SILVIA — ¿Por qué tanto interés?

ARNALDO — No sé. Hay algo que huele mal. Me dijeron que les habían dicho que sólo había veinte.

SILVIA — Si supieran que sólo somos ocho.

ARNALDO — Hay que insistir en que estamos todos.

SILVIA — Llevamos apenas una semana y sólo nuestro grupo se queda de guardia.

ARNALDO — Al principio todo lo tenían que hacer los dirigentes. No podíamos ni acercarnos al teléfono. Ahora les da lo mismo, con tal de pasar el fin de semana afuera.

SILVIA — La próxima semana nos toca salir a nosotros.

ARNALDO — Sí, pero si esto no termina antes, te aseguro que no habrá nadie para la guardia del próximo fin de semana.

(Suena el teléfono).

ARNALDO — ¿Poto? . . . ¡Cuando haya triunfado el movimiento, señorita! (*Cuelga molesto*).

SILVIA — ¿Y ahora?

ARNALDO — Una niñita que preguntaba cuándo se reanudaban las clases. Se quedan en sus casas, no colaboran en nada y todavía molestan. No pueden estar sin estudiar.

SILVIA — Tú no lo haces tan mal. . .

ARNALDO — Me gusta. Me gusta estudiar. Es para lo único que sirvo.

SILVIA — ¿Eres buen alumno?

ARNALDO — Parece que sí.

SILVIA — ¿Eres ayudante?

ARNALDO — No.

SILVIA — ¿Nunca te ofrecieron?

ARNALDO — Esas cosas no se ofrecen. Hay que pedir las. Le tienen que hacer el favor a uno. Así quedas comprometido con el profesor y estás obligado a tapparle todo. ¡Yo no me presto para eso!

SILVIA — Ahora me doy cuenta por qué Raúl te llama »la monja«.

ARNALDO — ¿Es para la risa?

SILVIA — Cuéntame. ¿Por qué siempre te enojas cuando alguien habla de conventos de monjas?

ARNALDO — No me gusta esa expresión.

SILVIA — ¿Por qué?

ARNALDO — No entenderías. . .

SILVIA (*Fingiéndose ofendida*). — ¿Tan tonta me crees?

ARNALDO (*Con dificultad*). — Es que. . . éramos. . . éramos un grupo de gente joven, idealistas. Honrados hasta parecer tontos. Creíamos que se podía hacer política así.

SILVIA — ¿Y. . . ?

ARNALDO — Nada. Que el grupo pequeño principió a crecer y antes que nos diéramos bien cuenta, ya éramos mayoría. Y fuimos Gobierno.

SILVIA — ¿Y qué tienen que ver los conventos de monjas con eso?

ARNALDO — Es que. . . antes que el nuevo Gobierno asumiera, el Presidente fue a nuestra casa, la misma vieja casa donde tantas veces habíamos cantado después de las derro-

tas. Y nos habló. Y recordó cosas lindas. Y todos sentíamos que el ideal, al fin, se haría realidad.

Pero hubo algo que se dijo en esos días que me hizo dar un salto. »No crean, no crean que en el Gobierno nos vamos a portar como en un convento de monjas. . .«.

SILVIA — ¿Y qué pasó? ¿No fueron monjitas?

ARNALDO — Parece que no. . .

SILVIA — Es natural. Eran hombres, igual que todos.

ARNALDO — Yo creía que éramos diferentes.

(SILVIA se acerca a ARNALDO, le acaricia la cabeza).

SILVIA — Tú, sí, eres diferente.

ARNALDO — Por eso, tal vez, estoy tan solo.

(SILVIA se acerca más. ARNALDO va a responder a la caricia de SILVIA. Suenan el teléfono, se vuelve a él malhumorado).

ARNALDO — ¿Poto? . . . ¡Andate a la. . . !

(Cambio de luz a otro sector del escenario donde están RAÚL y RAMÓN jugando a la »Josefina«).

RAMÓN — Igua, igua, igua, igua, desi, igua, igua, desi, igua, igua, igua. . . ¡Y igua!

(Con »igua« RAMÓN retira monedas para sí con »desi« lo hace RAÚL).

RAÚL — ¡Chis! Apenas si me dejaste dos.

RAMÓN — Soy hombre de suerte.

RAÚL — A ver. . . Ahora yo con las iguales.

RAMÓN (Jugando). — Desi. . . Desi. . .

RAÚL — Me dejaste sin un peso.

RAMÓN — ¿Y para qué quieres plata aquí?

RAÚL — No me voy a pasar la vida encerrado en la Universidad. Esta vez acepté, pero mañana salgo a dar mi vueltecita. Igual que los demás.

RAMÓN — Hay que hacer la pará. Si los chupamedias se en-

teran de que quedamos tan pocos, capaz que vengan y nos echen a patadas.

RAÚL — Ahí tendría Pancho pelea. . . A propósito. . . ¿Dónde está?

RAMÓN — En lo de siempre: vigilando. Más que guerrillero, parece Boy Scout. Siempre listo.

RAÚL — Se hace ilusiones Pancho. Si aquí no pasa nada. ¡Es más aburrido!

RAMÓN — ¿Y qué quieres que pase?

RAÚL — No sé. . . Algo. Como en las películas. Acción, emoción, suspenso. . .

RAMÓN (*Caricaturizando*). — Romance. . .

RAÚL — ¡Romance! En los otros grupos hay chiquillas bien paletas, pero aquí. . .

RAMÓN — La Violeta parece que fuera bien calentona. . .

RAÚL — ¡Háblame de chiquilla!

RAMÓN — Dime, Raúl. ¿Por qué te metiste en esta toma? ¿Para revolverla no más?

RAÚL — Por lo mismo que tú.

RAMÓN — No parece.

RAÚL — Tú estudias leyes. ¿No es cierto? ¿Y a qué te piensas dedicar? ¿A picar pleitos?

RAMÓN — Me gustaría estrar en la política. . .

RAÚL — ¿No ves?

RAMÓN — ¿Y eso qué tiene que vér?

RAÚL — Cada uno se metió en este lío, de acuerdo a su vocación. Te hiciste nombrar jefe de grupo, después pasas a dirigente universitario y, de ahí, a diputado, hay un paso.

RAMÓN — ¿Y tú? ¿Que también quieres ser diputado?

RAÚL — ¿Yo? ¡Ni tonto! No acepto que me elijan ni Regidor. Yo voy a ser periodista y, aquí, estoy haciendo lo que hacen los periodistas.

RAMÓN — ¿Qué?

RAÚL — Mirar.

RAMÓN — Güena. . .

RAÚL — Después de todo es lo más sensato. A cada rato te llaman, te piden, te obligan a que te comprometas, que estés de un lado o de otro. Y si no lo hacen te insultan. A los únicos que dejan tranquilos es a los periodistas. Su pro-

fesión les exige ser imparcial: Miran, dicen lo que ven y están metidos en medio de todo. Eso es lo que me gusta a mí.

Pero con esta toma me equivoqué. Aquí no hay noticias.

RAMÓN — ¿Te doy una? ¿De las grandes?

RAÚL — ¡Larga!

RAMÓN — ¿Sabes dónde están los dirigentes esta noche?

RAÚL — Pasándolo bien. Por algo son dirigentes.

RAMÓN — En una Asamblea con los profesores.

RAÚL — ¿Con todos?

RAMÓN — No. Con los de avanzada, que son la mayoría.

RAÚL — ¿Y qué hay con eso?

RAMÓN — Nos van apoyar.

RAÚL — ¿Son de fiar?

RAMÓN — ¡Seguro!

RAÚL — ¿Quién hizo el trabajito con los profesores?

RAMÓN — El Piojo Henríquez. Con eso está asegurado el triunfo del movimiento. El Piojo Henríquez no pierde una. Ha acertado en todas las elecciones presidenciales.

RAÚL — Pero dicen que como profesor, es podrido.

RAMÓN — ¿Y qué importa eso? Con el ojito que se gasta, no se le puede pedir, todavía, que sea buen profesor.

Ni una palabra de esto a nadie. ¿Entendido?

RAÚL — Conforme.

RAMÓN — ¿Palabra?

RAÚL — Palabra de periodista.

(RAÚL se va rápidamente y RAMÓN, reaccionando tardíamente lo persigue llamándolo. El escenario queda en semipenumbra. Entra TITO, con una manta, avanza con cautela. Mira hacia atrás y prosigue. Entra PANCHE sigilosamente empuñando un revólver).

PANCHE — ¿Quién anda ahí?

(TITO trata de esconderse).

PANCHE — ¡Contesta o disparo!

TITO — Soy yo, Pancho.

(PANCHO *se acerca e ilumina el rostro de TITO con una linterna*).

PANCHO — ¿Qué haces aquí?

TITO — ¿Andas con pistola? ¡Pudiste haberme matado!

PANCHO — ¿Qué haces aquí, te pregunté?

TITO — Nada.

PANCHO — ¿Tratando de escapar, ah?

TITO — Pensaba regresar. Todos salen. Nosotros somos los únicos.

PANCHO — Quedamos de guardia.

TITO — ¡Y a mí qué me importa! Yo no sirvo para pelear.

PANCHO — ¿Y para qué sirves, entonces? (TITO *baja la cabeza y no responde*). ¡Ah! Se me olvidaba. El jovencito es concertista. Toca el piano (*Pasándole la pistola*). Toma. Acompañame a hacer la ronda.

TITO — Yo nunca he tomado una. . .

PANCHO — ¡Toma, carajo! ¡Hazte hombre!

(TITO *toma tímidamente la pistola. PANCHO, bruscamente, lo empuja para que lo siga*).

PANCHO (*En el mutis*). — Te deberíamos haber enviado a dormir con las mujeres. Pero ni así. Hasta ellas son más hombrecitas que tú.

(*Mutis de ambos. Cambio de luz. VIOLETA y ANA en el lugar que les sirve de dormitorio. ANA ensaya peinados ante un espejo. VIOLETA hace gimnasia suave. ANA saca la lengua al espejo decepcionada de la imagen que refleja*).

ANA — ¡Buuuuuuuu!

VIOLETA (*Deteniendo su gimnasia*). — ¿Qué haces?

ANA — Estoy cansada con mi cara. Por más que trato de cambiarla, siempre me queda igual. ¿Tú no te cansas de tener todos los días la misma cara?

VIOLETA — Me conformo.

ANA — ¿Te has fijado en una chiquilla que está en el grupo de Comunicaciones? Todos los días saca una cara nueva.

VIOLETA — Y todas las noches se acuesta con un dirigente distinto.

ANA — Es la más popular de las que están en la toma.

VIOLETA — ¿Te gustaría ser como ella?

ANA — Bueno... No tanto... Pero un poquito, si. Pinchar aunque sea a uno...

VIOLETA — ¿Uno cualquiera?

ANA — No. Cualquiera, no.

VIOLETA — ¿Te ayudo? (*Se arrodilla junto a ANA y principia a peinarla*). ¿Quién te gusta? (*ANA no contesta*). Apuesto que es Tito.

ANA — No. Tito, no.

VIOLETA — Es buenmozo./.

ANA — Pero es muy aguaguado.

VIOLETA — Eso no es un defecto. Uno se lo puede quitar. Hacerlo crecer. Convertirlo en un hombre.

ANA — Yo no sé. No entiendo de esas cosas.

VIOLETA — ¿Quién te gusta?

ANA — ¿Me guardas el secreto?... Pancho.

VIOLETA — ¿¡Pancho!?

ANA — Es tan brusco... tan enojón... Se me ocurre que con él una no debe ni necesitar hablar... Sólo que no se fija en las chiquillas. Se pasa hablando de sus cosas, de la revolución, del orden injusto... ¡qué se yo!

VIOLETA — Lo vamos a hacer fijarse. Y esta misma noche.

ANA (*asustada*). — ¿Ahora?

VIOLETA — ¿Por qué la Universidad, no más, va a ser la tomada? También podrían tomársela a uno.

ANA — Ya es tiempo que »me pase« ¿no es cierto? El próximo martes estoy de cumpleaños. Ya estoy grandecita. Cumpló los dieciocho.

VIOLETA — ¿Dieciocho?

ANA — En el colegio siempre decíamos que teníamos que esperar hasta los dieciocho. Si no, después, uno pasa a ser una solterona histérica.

VIOLETA (*Yendo a buscar algo a la caja de cosméticos*). — Te voy a prestar mis pestañas postizas.

ANA — ¿Pestañas? ¿Para qué?

VIOLETA — Para que Pancho se dé cuenta que eres una mujer.
Con ése no se puede ser muy sutil.

(VIOLETA *procede a ponerle una pestaña*).

ANA — ¡Ayyy! ¡Arde!

VIOLETA — Ten paciencia. Deja ponerte la otra.

ANA (*ocultando el rostro*). — ¡No! ¡Otra no! ¡Déjame con ésta, no más!

VIOLETA — ¡Cómo te vas a quedar con una! A ver... Déjame.

(*Le pone la otra pestaña*).

¿Y ahora?

ANA — ¡No veo nada!

VIOLETA — ¿Cómo va a ser eso?

ANA — Pelos. Veo puros pelos.

VIOLETA — Abre los ojos, tonta. (*ANA lo hace*). ¿Y ahora?

ANA — Ahora, sí.

VIOLETA — A ver... Párate... (*ANA sigue las direcciones de VIOLETA*). Sonríe... ¡Con más coquetería, mujer!... Muévete... Las caderas. Mueve las caderas... ¡No tanto!

ANA (*deteniéndose después de pasear como una modelo*).
— ¿Cómo estoy?

VIOLETA — No estás tan mal. Dime... ¿Qué hacías en las monjas cuando no estaban en clases?

ANA — Leíamos a Santa Teresa.

VIOLETA — Eso no puede haber ayudado mucho. (*Se oyen las voces de PANCHÓ y TITO*). Mira. Ahí viene Pancho.

ANA (*sentándose rápidamente en el suelo*). — Yo no salgo de aquí.

VIOLETA — Tienes que salir. Yo quiero quedarme sola con Tito.

ANA — ¿Con Tito?

VIOLETA — ¿Y qué tiene? Cada una con su gusto.

(*Entrar PANCHÓ y TITO*).



VIOLETA — ¿Alguna novedad?

PANCHO — No, nada.

VIOLETA — Ana te quiere acompañar a la guardia. Llévela para que tome aire. Parece que no se siente bien.

(ANA, *disimuladamente*, le ha hecho señas a VIOLETA tratando de impedir que diga lo anterior).

PANCHO — Pálida no está.

VIOLETA — Tuve que pintarla para levantarle el ánimo.

PANCHO — Entre andar con Tito o con Ana, mejor es la Ana. Al menos ella está dispuesta a la pelea. ¿O no?

(ANA mira a VIOLETA quien le hace señas de asentir).

ANA — ¡A todo!

PANCHO — Vamos, entonces. (*Mutis de PANCHO y ANA*).

VIOLETA — ¿Y tú? ¿No estás dispuesto a la pelea?

TITO — Tú, ¿también, me haces bromas?

VIOLETA — ¿Qué? ¿No te gusta? Cuando se está metido en lo que estamos, hay que tener el cuero duro.

TITO — El tuyo no es de los más resistentes.

VIOLETA — ¿Por qué?

TITO — El otro día... Cuando Raúl te hizo burla porque eres... (*se detiene sin saber cómo decirlo. Se decide*). Porque eres la mayor.

VIOLETA (*aparentando displicencia*). — ¡Ah... eso! (*Reanuda su gimnasia*). Me da igual. Sé que soy joven.

TITO — ¿Por qué haces gimnasia, entonces?

VIOLETA (*deteniéndose bruscamente*). — ¿Para eso te quedas conmigo? ¿Para decirme que soy una vieja?

¡Andate, será mejor!

TITO (*iniciando el mutis*). — ¡No hay caso! Siempre me pasa lo mismo. De todas partes me echan. Y cuando quiero irme, se aparece Pancho con una pistola y me obliga a quedarme.

VIOLETA — ¿Nos querías abandonar, de verdad?

TITO — ¿Qué estoy haciendo aquí?

VIOLETA — Lo mismo que todos.

TITO — Mentira. No estoy haciendo lo mismo. Estorbo. Me aburro. Echo de menos el piano, el aire, mi casa. . .

VIOLETA — Nadie te obligó, supongo. . .

TITO — Quería demostrar que podía ser igual a todos. Y ni así me resultó. Soy el único de mi Escuela que estoy aquí.

VIOLETA — ¡Eres más quemado!

TITO — Siempre ha sido igual. Nunca pertencí a una pandilla en el barrio, jamás me aceptaron para una pichanga. Me miraban y me decían: ¡No sirve! Debo haberles parecido un bicho raro porque me gustaba la música o porque desde chico me acostumbré a cuidar mis manos. Y ya es tarde.

Para lo único que sirvo es para tocar el piano.

¡Y eso maldito lo que le importa a los demás!

(*Inicia mutis*).

VIOLETA — Cuando salgamos de aquí, irás a mi casa. Hay un piano. Era de mi abuelita. Me gustaría oírte.

TITO — Gracias. Tú. . . Tú eres diferente a los demás.

VIOLETA (*Sonriendo con tristeza*). — Soy vieja.

TITO — Yo no he dicho eso.

VIOLETA — ¿Te digo una cosa? Hay sólo una época en que se está dispuesto a la entrega total, a darlo todo por una buena causa, un ideal, un amor. Uds. mismos no se dan cuenta y están viviendo esa edad. Y yo quiero estar con Uds. Me rejuvenece el espíritu, igual que el cuerpo se me rejuvenece cuando voy donde el masajista o cuando hago el amor.

TITO (*Después de un silencio. Turbado*). — Son cosas diferentes, supongo: los masajes y el amor.

VIOLETA — ¿Te parece?

TITO — No sé mucho de eso.

VIOLETA (*Con picardía*). — ¿De masajes?

TITO (*Ingenuo*). — De masajes, sé. Los he dado. Hubo un tiempo que todas las noches se los daba a mi madre cuando volvía a casa, cansada, después del trabajo.

En cambio, de amor. . .

VIOLETA — ¿Nada?

TITO — Nada.

(Un silencio embarazoso. VIOLETA toma las manos de TITO y las mira).

VIOLETA — ¿Estas son las manos que cuidas tanto? ¿Y dices que sabes hacer masajes? ¿Y si me los dieras a mí?

(TITO hace ademán de protestar).

No sabes lo que he echado de menos a mi masajista. La gimnasia no es lo mismo. Harás la prueba ¿verdad?

(VIOLETA se saca la blusa, se tiende de bruce y descubre su espalda, TITO, turbado, no sabe qué hacer).

¿Te decides?

(TITO lentamente principia a hacerle masajes. VIOLETA se abandona bajo las manos de TITO).

Ahí... Hacia los costados... ¡Eres un experto!... Eso es... así, suavemente, Tito, suavemente... que sienta que cada músculo está joven, vivo... ¡Qué bien me haces sentir, Tito!... Así... eso es... así...

(TITO se detiene bruscamente. Está turbado).

Sigue.

¡Sigue, Tito!

TITO — No.

VIOLETA *(Volviéndose hacia él)*. — ¿Qué pasa?

(Advierte la turbación de TITO. Sonríe. Principia a desabrocharle la camisa).

Ven. Ponte cómodo.

(TITO *detiene la mano de VIOLETA*).

Te estoy invitando a formar parte de mi pandilla...

(*Continúa desabrochando la camisa de TITO. Cambio de luz al sector donde están ARNALDO y SILVIA. Esta se ha quedado dormida con la cabeza apoyada en el hombro de ARNALDO. Este la mira con ternura. Suena el teléfono.*

ARNALDO trata de contestar, sin que SILVIA despierte).

ARNANDO (*Bajo*). — ¿Poto? (*Escucha un momento y exclama*)
¡Chuchas!

(*SILVIA despierta*).

SILVIA — ¿Qué pasa?

ARNALDO — Avisan que un grupo grande viene en desfile para acá. ¿Dónde están los timbres de alarma?

SILVIA — ¿Quiénes serán?

ARNALDO — ¡Qué sé yo! Serán chupamedias que quieren retomarla.

(*ARNALDO hace funcionar los timbres de alarma*).

SILVIA (*Gritando*). — ¡Eh, vengan...!

ARNALDO (*Igual*). — ¡Rápido! ¡Nos van a atacar!

(*Entran PÁNCHO y ANA*).

ANA — ¿Qué pasa?

ARNALDO — ¡Vienen en desfile hacia acá!

PÁNCHO — ¡No decía yo!

(*Entran RAMÓN y RAÚL*).

RAMÓN — ¿Cómo supieron?

SILVIA — Avisaron por teléfono.

RAÚL — ¿Cuántos son?



(*Entran TITO y VIOLETA*).

ARNALDO — No sé. Los suficientes para hacer un desfile.

TITO — ¡Nos van a triturar!

PANCHO — No perdamos tiempo. Busquemos con qué defendernos. Yo tengo esta pistola.

VIOLETA — ¡Los extinguidores! ¡Usemos los extinguidores!

SILVIA — Con eso puedes dejar ciego a más de uno.

RAMÓN — Ellos o nosotros. No podemos vacilar.

PANCHO — Somos muy pocos. Tenemos que concentrarnos en un solo punto.

RAMÓN — ¡La puerta principal! Por ahí querrán entrar.

ARNALDO — ¡Vamos a asegurar la puerta!

(*Inician mutis por un extremo del escenario*).

ANA — Yo me voy al techo y aviso cuando vengan. Desde ahí puedo tirar piedras también.

(*Mutis del grupo por un extremo. ANITA por el otro. Entran de inmediato, en gran confusión, entrando y saliendo, haciendo la mímica de traer muebles para asegurar la puerta. Se han armado de extinguidores, hachas, fierros, etc. Los siete quedan en fila frente al público, expectantes*).

VIOLETA — ¿Y ahora?

RAÚL — Esperar, no más.

RAMÓN — No podemos echarnos para atrás. Nuestros compañeros han confiado en nosotros.

PANCHO — Pase lo que pase.

(*Se oye a lo lejos un murmullo de gente que grita y canta el himno de la toma, en forma apenas audible*).

TITO — ¡Ahí vienen!

SILVIA — Si los demás saben lo que está pasando, vendrán en nuestra ayuda.

RAMÓN (*A VIOLETA*). — ¿Sabes cómo hacer funcionar el extinguidor?

VIOLETA — Sí.

RAMÓN — A la cara. A la cara sin compasión.

RAÚL (*Gritando a ANITA*). — ¡Ana! ¿Los ves?

ANA (*Desde el techo*). — ¡Sí! ¡Ya se acercan!

RAMÓN — ¿Cuántos son?

ANA — ¡Más de cien!

PANCHO — ¡Puchas!

ARNALDO — Tenemos que aguantarnos, aguantarnos el mayor tiempo posible.

ANITA — ¡No conozco al que hace de jefe! ¡Parece que no es estudiante!

PANCHO — Deben ser policías disfrazados.

ANA — ¡Es chico y de anteojos!

ARNALDO — ¿Chico y de anteojos? (*Gritando a ANA*). ¡Ana!
¿Es pelado?

ANA — ¡Sí!

RAÚL — ¡El Piojo Henríquez!

PANCHO — ¿Así que el Piojo estaba con nosotros, ah?

RAMÓN — Pero si a mí me aseguraron...

ARNALDO — ¡Me gusta! Así aprenderán a confiarse de esas porquerías.

PANCHO — En cuanto entre, lo despacho a balazos aunque sea lo último que haga en mi perra vida.

ANA — ¡Chiquillos! ¡Están cantando nuestro himno!

ARNALDO — ¡Desgraciados!

RAÚL — ¡De aquí no me van a sacar vivo!

VIOLETA — ¡Ni a mí tampoco!

ANA — ¡Ya están en la puerta!... ¡Me hacen señas!

SILVIA — ¡Cuidado, Anita! ¡Bájate, será mejor!

ANA — Pero si es él... ¡El!

TITO — ¿Quién es?

ANA — ¡Felipe! ¡Me hace señas! ¡Son amigos! ¡No vienen a atacarnos! ¡Son refuerzos! ¡Refuerzos!

(El grupo queda desconcertado. RAÚL principia a reír nerviosamente, mientras los demás lo miran sintiéndose ridículos. RAÚL se desplaza a un costado del escenario. Sólo él queda iluminado).

RAÚL — Estoy acostumbrado a que me llamen cinico. Pero yo no sé si será cinismo. Tan sólo que me da risa. Me parecen ridículas las volteretas que la gente se da en el aire. Y me río. Es una forma como cualquiera otra, de reaccionar. Hay quienes lloran o aprietan sus puños e insultan y, también, quienes rumian implacables venganzas y castigos.

Hubo una vez que tuve que reaccionar. Y lo único que se me ocurrió fue sonreír. Y, desde entonces, cuando siento que voy a ser lastimado en lo más íntimo, emerge espontáneamente en mí, el escudo de una sonrisa o de una risa abierta.

La primera vez, fue cuando abrí una puerta y vi a mi padre, a quien reverenciaba y temía, lo vi en calzoncillos mientras el redondo trasero de la amiga de mi mamá, se escurría entre las sábanas revueltas. El asombro me hizo sonreír. Más tarde, mi padre me dijo que era »todo un hombre« y que de ahí en adelante, no me trataría como a un hijo, sino como a un amigo. Así fue como perdí a mi padre y me gané un camarada de farras.

Aquella otra noche cuando estuvimos dispuestos a jugarnos enteros. A morir y a matar y de pronto vimos entrar al Piojo Henríquez abrazado de Felipe, la visión fue tan grotesca, como la de aquella noche en que inadvertidamente abrí una puerta equivocada. Y también reí hasta que creí ahogarme, mientras mis compañeros que se sentían humillados, me repetían lo que tantas veces había oído: Cinico... eres un cinico...

Pero... ¡Cosa curiosa! Ellos también han principiado a reír y yo... yo a sentir de nuevo lo que es la tristeza que produce la traición, la pena de sentir que la pureza es una aspiración nunca alcanzada.

Y al cabo de un par de días, todos estábamos riéndonos, burlándonos, disimulando nuestras heridas.

(Cambio de luz violento, RAÚL se va al centro del escenario. Sentados en el suelo, mirándolo, como espectadores de un auditorium de televisión, están SILVIA, ANA, ARNALDO y TITO. PANCHO, con una silla en sus manos, mima la acción del camarógrafo).

RAÚL — Buenas noches, señoras y señores. Nuestro canal de televisión se complace en presentar a Uds., en un esfuerzo extraordinario, el más grandioso de los shows, ¡EL SUPER FORO! que esta noche tendrá un tema efervescente. ¡Recalcitrante! ¡quemante! ¡angustiante! ¡atemorizante! ¡incendiario! Nuestro tema es... ¡LA REVOLUCION!

(Sonido de Fanfarrias).

Pero antes de iniciar tan excitante foro, unas palabras de nuestro auspiciador.

(Música suave. ARNALDO se levanta y se dirige a la cámara manejada por PANCHO).

ARNALDO — ¿Revolución? Sí. Esta sí que es revolución. La revolución que Ud. siente en su propia piel. La revolución irreversible que ha iniciado Ropa Interior: »El Zarpazo«. Para ella...

(SILVIA mima a una modelo).

Para él...

(Se adelanta TITO en actitud de prócer).

Para el bebé

(ANA desde el suelo mueve brazos y pie imitando el llanto de una guagua).

(ARNALDO, SILVIA, ANA y TITO vuelven a ocupar su ubicación primitiva).

RAÚL — Esta noche presentaremos a Uds. a la Secretaria General Ejecutiva de las Fuerzas Revolucionarias de la Revolución.

(Entra VIOLETA con delantal de obrera y rostro hosco y se sienta en una silla).

Y a su contrincante, el Presidente Nacional, Internacional y Planetario de la Liga de la Defensa de la Familia, el Orden, la Decencia y el Capitalismo Progresista.

(Entra RAMÓN con colero, parte superior de un chaqué y puro, muy sonriente saludando.

SILVIA y ARNALDO reaccionan como partidarios de RAMÓN, mientras que TITO y ANA como partidarios de VIOLETA).

La primera pregunta de nuestro sensacional foro es: ¿Contra quién está Ud.?

Contestará en primer término la Secretaria General de las Fuerzas Revolucionarias de la Revolución.

(PANCHO enfoca a VIOLETA. A medida que habla VIOLETA meterá su cabeza dentro de la silla que reemplaza a la cámara).

VIOLETA (*Rápidamente*). — Yo, y las fuerzas que represento, estamos en contra de la oligarquía, del imperialismo, del capitalismo, de la social democracia, de los reformistas del stalinismo, de los retrógrados revisionistas titoístas, del pseudorrevolucionarismo pekinista, del pragmatismo castri-
trista, de la CIA, de la FAO, de la Coca Cola, de...

RAÚL (*Tocando una corneta*). — Señora, su tiempo ha terminado.

VIOLETA — Es que estoy en contra de mucho más gente todavía.

RAÚL — Resuma, por favor.

VIOLETA — Resumiendo, estoy en contra.

RAÚL — Ahora, corresponde el turno al Presidente Nacional, Internacional y Planetario de la Liga de la Defensa de la Familia, el Orden, la Decencia y el Capitalismo Progresista. Señor, ¿contra quién está Ud.?

RAMÓN — Muy buenas noches, señores televidentes... Yo estoy en contra del comunismo, pero si el comunismo se opone a las guerrillas. ¡Distingo! Estoy con el comunismo. Estoy en contra de la CIA. Pero si la CIA nos protege de los perturbadores del orden... ¡Distingo! Estoy con la CIA.

Estoy en contra de Castro. Pero si Castro es un elemento de división para las fuerzas del socialismo. ¡Distingo! Estoy con Castro. Yo estoy en contra de la pornografía, pero si se trata de...

RAÚL (*Tocando una corneta*). — Su tiempo ha terminado. ¿Podría resumir su pensamiento?

RAMÓN — Bueno, resumiendo. Yo distingo.

RAÚL (*Indicando alternativamente con su mano a VIOLETA y RAMÓN. Mientras éstos contestan, produciendo las consecuentes reacciones de aplausos y abucheos de ARNALDO, SILVIA, ANA y TITO*). — ¿Qué opina Ud. de su contrincante?

VIOLETA — ¡Que es una bestia!

RAMÓN — ¡Una alcahuete!

VIOLETA — ¡Un chiflado!

RAMÓN — ¡Una basura!

VIOLETA — ¡Un degenerado!

RAMÓN — ¡Una descastada!

VIOLETA — ¡Un baboso!

RAMÓN — ¡Una rota!

(Se ha generalizado una gresca entre SILVIA y ANA, TITO y ARNALDO. PANTO va a intervenir, recibe un golpe y queda aturdido).

RAÚL — Y así, señoras y señores, termina este foro de hondo contenido cultural y universitario.

Y recuerde: Cuando Ud. pegue el zarpazo, se encontrará con Ropa Interior, »El Zarpazo«.

(Va a intervenir en la gresca, recibe un golpe y todos con excepción de VIOLETA y RAMÓN quedan tendidos en el suelo aturdidos).

RAMÓN *se acerca a VIOLETA quien se saca el delantal para quedar en pantalones de última moda).*

VIOLETA — ¡Ud. estuvo fantástico!

RAMÓN — ¡Y su violencia! ¡Qué bien debe haber fotografiado su violencia!

VIOLETA — Digame. ¿No es Ud. de Molina? Yo conozco a todas las familias de Molina y estoy segura que Ud. es molinense. Se le nota en la cara. Tan distinguido...

RAMÓN — No. Yo creo que nos conocemos de Reñaca.

VIOLETA — ¡Qué esperanza! ¿Cómo se le ocurre que yo voy a ir a Reñaca? Yo tengo casa en Cachagua.

RAMÓN — ¿Entonces es vecina de Gabriel, de Hernán, de Lucho?

VIOLETA — Sí. Son unos amores.

(Han ido avanzando y tropiezan con uno de los actores en el suelo).

RAMÓN — ¿Y éstos? ¿Quiénes son?

VIOLETA *(Despectiva)*. — ¡Televidentes!

(Avanzan por encima de los cuerpos tendidos).

RAMÓN — ¡Qué desagradable! Mire cómo se exacerban las bajas pasiones.

VIOLETA — ¿Por qué no pueden ser como nosotros? Tenemos distintas ideologías, pero convivimos.

RAMÓN — Siempre lo he dicho: Al pueblo le falta madurez.

VIOLETA — ¡Pura falta de incultura!

RAMÓN — Sentido del orden.

VIOLETA — ¡Civilización!

TITO *(Levantándose)*. — ¡No somos adultos!

SILVIA *(Levantándose)*. — ¡Nos falta mundo!

ARNALDO *(Levantándose)*. — ¡Somos ingenuos!

(Principian a bailar y a cantar como en un número de music hall. La coreografía y la división de las partes cantadas entre los actores o grupo de actores queda a criterio del director).

Ciertas normas de la vida
les queremos enseñar.
Ciertas cosas de la vida
les voy a comunicar.

Todo, todo es mentira;
nada, nada es verdad.
Todo, todo es mentira
¡Y nada más!

Sea Ud. oficialista,
sea Ud. opositor,
pero con refinamiento,
sin perder la educación.

Sea Ud. Oficialista,
sea Ud. opositor,
pero nunca pierda Ud.
la educación.

Hay que ser más comprensivo
con el cruel explotador.
Recordar que es un hermano
aunque un poco abusador.

No olvidar que en este tiempo
es más cómodo pensar
turururu rururu.
¡Qué compadres todos son!

Unos buscan ciertos cambios,
otros la revolución;
ciertos cambios muy tranquilos
o feroz revolución.

Y si no sucede nada
es por equivocación.
Nada más que por
una equivocación.

Y cuando la gente joven
lucha por la dignidad
le dicen que son ingenuos
en sesuda editorial.



Estas son las enseñanzas,
compañeros que nos dan.

Reformemos ya, nuestra Universidad (*Se repite tres veces*).

(Termina el número en cuadro final, para desgranarse de inmediato entre los comentarios ad libitum de todos diciendo que estuvo muy bien, que se sacaron el premio, etc.

RAMÓN *principia a descaracterizarse*).

RAMÓN (A RAÚL).—Ayúdame a sacarme esto.

Oigan, chiquillos. Esto está muy entretenido, pero yo no hago este numerito delante de los demás compañeros.

(Los demás protestan ad libitum).

¿Cómo se les ocurre que voy a estar haciendo el ridículo, cuando yo soy jefe de grupo?

(Los demás le hacen burla ruidosamente; apagón).

(Oscuridad. Emerge una torta de cumpleaños con sus velas encendidas, mientras se canta el happy birthday. Se encienden las luces y se ve a SILVIA ofreciendo la torta a ANA, mientras el resto forma un grupo).

SILVIA — ¡Apaga las velas!

TITO — De un soplido tiene que ser.

VIOLETA — Pide un deseo.

ANA — ¿Uno sólo?

VIOLETA — Uno para que se te cumpla.

ANA (*Después de pensar un momento*). — ¡Ya!

RAMÓN — ¡Que lo diga!

ANA — ¡Es un secreto!

PANCHO — Apuesto que sé lo que es.

ANA — ¡Qué vas a saber tú! ¡El que menos puede saber!

VIOLETA (*Burlona*). — ¡Yo sé!

ANA — ¡Cállate!

SILVIA — ¿Vas a apagar las velas de una vez? ¡Me estoy cansando!

(ANA *sopla y apaga las velas entre los aplausos de los demás.* SILVIA y VIOLETA *principian a servir.*)

RAÚL — ¿Y el regalo?

ANA — ¿Qué hay regalo?

ARNALDO (*Que ha ido a buscar una caja de chocolates.*) — Como todos sabemos lo que a ti te gusta, hemos juntado fuerzas y te tenemos un regalo en común (*le extiende la caja*).

ANA — ¿Chocolates? ¿Para mí sola?

VIOLETA — Nadie se ofendería si convidaras.

ANA — ¡No! ¡Son míos! Yo estoy de cumpleaños, no Uds.

RAMÓN — Yo te traigo un regalo aparte.

(*Le extiende un paquete.*)

ANA — ¿Qué es?

RAMÓN — Ni sé.

(ANA *lo abre apresuradamente seguida por la curiosidad general. Del paquete saca un llamativo prendedor.*)

ANA — ¡Qué lindo! Nunca había tenido un prendedor así.

(*Los demás ad libitum comentan el regalo. ANA impulsivamente le da un beso en la mejilla a RAMÓN.*)

ANA — ¡Gracias!

RAMÓN — Pero si no es mío. Yo lo traje, no más.

PANCHO — ¿De quién es?

RAMÓN — Bueno... Lo que pasó, fue que en la reunión de ayer yo me excusé si esta noche me atrasaba y llegaba tarde a la reunión de hoy. Tuve que decir que Ana estaba de cumpleaños. Así supieron.

SILVIA — ¿Pero quién... quién le envió el prendedor?

RAÚL — Apuesto que Ana pinchó y no se ha dado cuenta.

RAMÓN — Bueno... El no quería que se supiera, pero yo creo que hay que decirselo a Ana.

TITO — Naturalmente. Tiene que agradecerlo.

RAMÓN — Rafael Henriquez.

ARNALDO — ¿El Piojo Henríquez?

RAMÓN — El mismo.

(Se produce un pesado silencio. ANA queda desconcertada. Titubea. Se saca el prendedor y se lo devuelve a RAMÓN).

RAMÓN — ¿Qué? ¿Lo vas a rechazar? *(ANA está a punto de llorar).* ¿Pero no dijiste que te gustaba?

ANA — Sí. Era lindo.

RAMÓN — Pero... ¿Por qué?

(ANA se vuelve. Toma su caja de chocolates y la abre. Los demás comen torta en silencio).

¿Se dan cuenta? Dice que le gusta el prendedor y me lo devuelve. ¿La entienden Uds.?

(Los demás lo miran y siguen comiendo en silencio).

¿Pero qué les pasa ahora? ¿Esta es la forma de celebrar el cumpleaños de Ana?

PANCHO — Mejor es que te llesves inmediatamente ese prendedor y se lo devuelvas al Piojo. Puedes decirle, además, que se lo meta donde mejor le quepa.

ARNALDO — De seguro que no va tener problemas en encontrarle ubicación.

RAMÓN — ¿Pero Uds. no se han dado cuenta? ¡El Piojo está con nosotros! El fue que encabezó el grupo de profesores que se plegó a nuestro movimiento. Gracias a él vamos a ganar.

SILVIA — Te estás atrasando para tu reunión, Ramón.

RAMÓN — ¡Claro que me estoy atrasando! ¡Y por cierto que la reunión es más importante que estar comiendo tortas con mocosos consentidos!

(Mutis violento de RAMÓN. Por un momento todos permanecen en silencio. ANA come y come chocolates).

TITO — Te va a hacer mal comer tantos chocolates, Ana.

ANA (*Sin dejar de comer*). — Es que... nunca había tenido una caja entera para mí. Antes me daban remordimientos.

SILVIA — ¿Remordimientos? ¿De comer chocolates?

ANA — La Madre Brigida decía que era pecado; que había tanto niño pobre que no tenía un pedazo de pan y nosotros comiendo dulces...

VIOLETA — ¿Y tú? ¿Qué hacías?

ANA — Me iba a la capilla y rezaba y rezaba para que Dios me diera fortaleza para no comer o que me dejaran de gustar.

RAÚL — Por lo visto Tatita Dios no te oyó.

ANA — ¡Qué esperanza! Mientras más rezaba, más ganas me daban de comer. Se lo conté a las monjas y me dijeron que Dios me estaba probando, que lo mismo le había pasado a un Santo, a San Antonio creo, que cuando se fue a rezar al desierto, Satanás le mostraba cositas ricas, apetitosas y el pobre santo se volvía loco de ganas de atraparlas.

ARNALDO — ¿Así que tú decidiste caer en la tentación?

ANA — No fue tan fácil. Un día que estaba tentada de comer un paquete de calugas, me fui a hablar con la Madre Brigida. Quería pedirle permiso, explicarle. Entré a su pieza... ¿Y saben en qué me la encontré? ¡Comiendo todos los dulces que nos había sacado a nosotras! En el suelo estaba el desparramo de papeles de colores. ¡Y nosotras que creíamos que la gordura de la Madre Brigida era un tumor!

SILVIA — ¿Y qué hizo ella cuando la sorprendiste?

ANA — Me quiso convidar. Para que no dijera nada, seguramente.

PANCHO — ¡Igual que el Piojo Henríquez!

ARNALDO — Así es. Todos hacen lo mismo.

TITO — ¿Pero por qué el Piojo habrá enviado ese regalo a Ana?

RAÚL — Está claro. Para tenernos gratos. Ya debe saber que estuvimos revisando los papeles de su nombramiento.

TITO — Nos tiene miedo.

PANCHO — ¡Qué nos va a tener miedo! Ya está arreglado con Felipe. ¡Qué le importamos nosotros!

VIOLETA — ¡Con Felipe, no!

PANCHO — ¿Por qué no? ¿No lo viste la otra noche entrar abrazado con el Piojo?

VIOLETA — Ramón dice que era necesario, que sin el apoyo del Piojo y su grupo de profesores no podíamos ganar el movimiento.

SILVIA — ¿Y para qué queremos ganarlo ahora?

VIOLETA — ¡Por lo mismo que nos metimos en la toma!

SILVIA — Ya no es lo mismo. Queríamos una Universidad amplia, en la que todos participáramos; abierta a los mejores, donde no hubiesen privilegios. Ahora no sé, no sé si lo conseguiremos.

VIOLETA — ¿Por qué no?

SILVIA — El Piojo Henríquez representa, justamente, todo aquello que combatimos.

VIOLETA — Pero Felipe no va a entrar en transacciones. El es nuestro líder. ¿No lo han oído hablar, acaso? Todos sus discursos terminan con la misma frase: La Juventud no transige.

ARNALDO — Sí. ¡La Juventud no transige! Cuando me acuerdo del cartel que colgamos en el frontis de la Universidad, me da más rabia. . .

SILVIA — ¿Y tú le sigues creyendo?

VIOLETA (*A los demás*). — ¿Oyeron eso? La reina de belleza se puso escéptica.

ARNALDO — Yo también desconfío.

RAÚL — Desde que apareció el Piojo Henríquez en la Universidad, siento olor a podrido.

TITO — Yo creo que nos están usando.

VIOLETA — ¿Para qué?

TITO — No sé. Pero lo siento.

VIOLETA — Si fuera verdad lo que Uds. piensan. . .

PANCHO — ¿Qué harías?

VIOLETA — Me iría ahora mismo a mi casa.

TITO — Si lo hiciéramos nos llamarían traidores.

PANCHO — ¿Y nosotros? ¿No nos sentimos traicionados nosotros?

(ARNALDO se ha desplazado a un primer plano. Se lleva la mano a la cara como tratando de espantar una visión obsesionante. Se dirige directamente al público mientras, tras él, los demás discuten formando grupo).

ARNALDO — ¡Lo mismo! ¡Siempre lo mismo!

Primero el ideal irrefrenable, la sed de justicia, el ansia de pureza. Y las canciones y los himnos y las banderas desplegadas. Y, después, el triunfo comprometido, la transacción, el desencanto. Mientras los muchachos discutían, miles de imágenes me acosaban. Desordenadas. Centellantes. Cruelles.

Y las canciones que un día canté.

(Cantando con la música de «La Palomita»).

Pronto será, bella conquista
que de Arica a Magallanes;
todo chileno abraza
el ideal falangista.

Y después, mucho después... (Canta).

»Brilla el sol de nuestras juventudes
la noche muere en el ayer...«.

Y el día de la victoria. Aquel día en que la gente gritaba y se abrazaba en las calles y los autos hacían sonar sus bocinas y yo, yo que de pronto me sentí triste y me sorprendí recitando unos olvidados versos de Neruda.

Amor perdido y hallado
y otra vez la vida trunca.
Lo que siempre se ha buscado
no debiera hallarse nunca.

Y aquel amigo de mis primeros tiempos de Universidad; el chilote de tez pálida y pelo negro, el que cuando hablaba a los estudiantes abría sus brazos en cruz y anunciaba el nuevo orden que un día se alcanzaría, igual que Cristo predicando el Evangelio...

¿Dónde estaría él ahora si no hubiera muerto?

¡Y los que llegaron alborozados al festín del Gobierno nuevo, y los que se mantuvieron fieles a su vocación de servir. Y los insultos soeces. Y la genuflexión servil. Y la componenda para conseguir mezquina prebenda. Y la amargura del que siente su juventud traicionada. Y el silencio que miente. Y la voz que reclama!

¡Yo vivi todo eso!

Para olvidarlo regresé a la Universidad.

No quiero. No quiero volverlo a vivir.

(Los demás parecen estar prontos a una decisión. Reparán en ARNALDO que está aparte. Avanzan hacia él).

PANCHO — ¿Y tú? ¿Qué haces ahí? ¿No estás de acuerdo?

ARNALDO *(Saliendo lentamente de su ensimismamiento)*.

— ¿De acuerdo? ¿En qué?

SILVIA — ¿Qué te sucede, Arnaldo?

ARNALDO — Nada... recordaba...

PANCHO *(Urgiéndolo)*. — ¿Estás de acuerdo?

RAÚL — Hemos decidido abandonar la Universidad.

TITO — No hemos venido aquí para que jueguen con nosotros.

VIOLETA — La gente joven no puede aceptar componendas.

ANA — Esto no da para más, Arnaldo.

PANCHO — Ya pues, viejo, decidete.

(Después de una pausa en que los demás esperan una respuesta)

ARNALDO — No. No estoy de acuerdo.

PANCHO *(Despectivo)*. — Se te cayeron los pantalones ¿ah?

ARNALDO — No. Me los quiero poner. Por una vez, quisiera ponérmelos.

PANCHO — ¿Y hacerle el juego al Piojo Henríquez y a su camarilla?

ARNALDO — ¿Quién le hace el juego?

PANCHO — Tú.

ARNALDO — No. Tú.

PANCHO (*Lanzándose sobre ARNALDO para agredirlo*). — ¿Qué te has creído? ¿Que porque eres más viejo no te puedo pegar?

(*Los demás sujetan a PANCHO. ARNALDO se retira un poco del grupo*).

ARNALDO — Si. Los comprendo. Es lo que yo he hecho toda mi vida. Para conservar la pureza, me voy. Me alejo. Disiento. Y así es como he quedado solo.

PANCHO — Y más solo vas a quedar ahora.

ARNALDO — ¿Qué vamos a obtener yéndonos? Se nos mirará como un grupo más que desertó. Se nos criticará como nosotros hemos criticado a los otros.

TITO — Podríamos firmar una declaración y ahí explicar por qué nos vamos.

ARNALDO — ¿Quién la leerá?

SILVIA — ¿Qué nos queda por hacer?

ARNALDO — Dar la pelea.

ANA — ¿Cómo?

ARNALDO — Lo que está sucediendo con esta toma, no es nuevo. ¡Ha pasado tantas veces! Yo creo que hay algo en que todos estamos equivocados. Nosotros también.

VIOLETA — ¿En qué estamos equivocados? Hemos actuado con generosidad, con idealismo. Nos hemos sacrificado, no perseguíamos ningún provecho personal. Sólo nos interesaba la Universidad. ¿Dónde está la equivocación?

ARNALDO — Lo acabas de decir: »Sólo nos interesaba la Universidad«. ¿No se dan cuenta del absurdo?

ANA — No. No me doy cuenta.

ARNALDO — ¿Es que la Universidad es una isla? ¿O una torre de cristal? Por más que quisiéramos hacer una Universidad donde imperara la justicia y la ética... ¿De qué serviría si está incrustada en un mundo injusto e inmoral?

RAÚL — ¡Eso no es asunto nuestro!

ARNALDO — ¿Y de quién es, entonces?

RAÚL — De los políticos, los gobernantes... ¡Qué sé yo! El nuestro es un movimiento gremial, universitario y punto. No mezclemos otras cosas.

ARNALDO (*Desalentado*).— Si Uds. lo creen así. . .

SILVIA (*Acercándose a ARNALDO*).— No, Arnaldo. Sigue. Tú eres el mayor de nosotros. Tienes experiencia.

ARNALDO (*A los demás*).— ¿Y quieren saber cuál es mi experiencia? ¿La quieren saber, de verdad? (*Pausa*). Esta toma no pasa de ser un carnaval. No tenemos nada que perder. ¿Hemos corrido algún riesgo? ¡Diganlo ustedes! Ninguno. Estamos protegidos. Protegidos por la autonomía universitaria y por algo más importante aún. Todos los que están aquí pertenecen a un grupo privilegiado. Somos hijos, sobrinos, nietos, ahijados de personas poderosas, influyentes políticos, industriales, gente acomodada. ¡Pobre del carabinero que se atreviera a disparar contra nosotros! Se nos permite la impunidad. Podemos jugar a tomarnos la Universidad, sin arriesgar otra cosa que un resfrío.

PANCHO — En eso tienes razón.

ARNALDO — ¡Y no sólo en eso, Pancho! ¿Sabes lo que a todos nos espera en un par de años más? Seremos profesionales, saldremos de la Universidad. ¿Para qué? Para integrarnos a la sociedad, a esa sociedad que ahora nos parece hipócrita, injusta, podrida. Y principiaremos a ganar dinero; tendremos autos, casas, hijos. . . ¡Y habrá que defender todo eso! Entonces, entonces recordaremos esta toma como una aventura juvenil, idealista; contaremos anécdotas, pero estaremos sumidos hasta el cuello en la mierda que ahora reprobamos. Cada uno de nosotros será un Piojo Henriquez.

TITO — ¿Por qué ser tan pesimista?

ARNALDO — No, Tito. No es pesimismo. Es experiencia. Mi experiencia. Yo pertenezco a una generación que vibró y luchó por nobles ideales. ¿Sabes lo que pretendíamos? ¡Si es para la risa! Decíamos: »Queremos ser cristianos hasta sus últimas consecuencias«. ¿Sabes dónde están mis amigos de entonces? Apotincados en los Ministerios, en las Subsecretarías, en las Embajadas, en las grandes Corporaciones. . .

SILVIA — ¿Por qué tiene que ser así?

ARNALDO — No sé. Siempre sucede.

VIOLETA — ¿Ves? ¿Qué otra cosa nos queda si no es irnos?

ARNALDO — La mayoría siente como nosotros. Hablemos con los demás compañeros, tomemos contacto con jóvenes que no sean universitarios: obreros, empleados. . .

TITO — ¿Nosotros?

ARNALDO — ¿Y por qué esperar que otros lo hagan?

ANA — Es por eso es. . . ¡La Revolución!

ARNALDO — ¿Y de qué otra cosa hemos estado aquí hablando por años?

RAÚL — ¿Qué dices tú, Pancho?

PANCHO — Desconfío.

ARNALDO — ¡Pero, Pancho! ¿No te das cuenta a quién le haces el juego con esa desconfianza?

SILVIA — Yo me quedo.

VIOLETA — Si hay que ponerle el hombro. . .

RAÚL — Tenemos los mimeógrafos. Nosotros los controlamos. Por algo somos de la Comisión de Propaganda. . .

TITO — Y lo primero que podríamos hacer es denunciar al Piojo.

ARNALDO — Yo puedo tomar contacto con gente de afuera. . . ¿Y tú, Pancho?

PANCHO — Tengo amigos que pueden ayudar.

RAÚL — No perdamos tiempo. Fijemos idea. Hagamos un plan.

(El grupo se va desplazando haciendo mutis).

ARNALDO — Pero que una cosa quede bien en claro *(El grupo se detiene y lo mira)*. No se trata sólo de la Universidad.

(El grupo hace mutis hablando ad libitum, afirmando la proposición de ARNALDO. En el otro extremo del escenario ha entrado RAMÓN que mira la última parte de la escena anterior con sorna. Se dirige al público).

RAMÓN — Nunca faltan los ilusos. Los que creen que, por arte de magia, va a surgir la sociedad y el hombre nuevo. No es que yo no sea idealista, no. Lo soy. Pero también hay que tener los pies en la tierra. Saber lo que hay detrás de los discursos, las editoriales, las posiciones de uno u otro. No

entusiasmarse con esa palabrería. Hay que tener ojo. Y yo lo tengo. Cierto que es muy lindo jugar a las guerrillas y a la revolución. Pero esto no es un juego. Es una cosa seria. Además, por lindo que sea, no es suficiente. Yo prefiero a un reformista vivo que a un guerrillero muerto. Al menos el vivo puede hacer algo. ¿No les parece? ¡Y pensar que están armando todo este lío por el Piojo Henríquez! Es un buen chato ¿saben? En estos días lo he sabido apreciar: Tiene ideas avanzadas y sabe vivir. Todo lo contrario de Arnaldo que no tiene la menor idea de cómo manejarse. En el fondo lo de Arnaldo debe ser envidia, amargura. ¡Quizás, con qué puesto soñó cuando su partido llegó al Gobierno. Y ahora seguramente anda detrás de una ayudantía. Todos, todos tienen su puñal bajo el poncho. Si Arnaldo sigue jodiendo, le damos la ayudantía ¡Qué tanto!

(En la panorámica del fondo se ven caer volantes).

Por ahora hay que dejarlos hacer. Hay quienes se asustan con estas bravatas románticas. Se asustan y ceden. Pueden ser útiles. Lo que importa es ganar el movimiento. Como sea. Después veremos *(Caen unos volantes cerca de él. Se agacha a recoger uno)*. ¡Manifiestos! ¡A mí con manifiestos! *(Leyendo)*. »La Universidad junto al pueblo« *(Botando el volante e iniciando el mutis)*. ¡Si eso lo dijimos nosotros primero!

(La escena siguiente puede hacerse o con sombras proyectadas en la panorámica o con actores en el escenario o usando ambos recursos. Lo importante es que se dé la sensación que cada uno de los intérpretes esté rodeado por otros estudiantes que se mueven y actúan con indiferencia respecto a lo que ellos dicen.

Cada actor entrará, dirá su parlamento para salir de inmediato entrando el que sigue. Acompañamiento musical o de ruido ambiental es aconsejable para esta escena).

ANA *(Entrando)*.— Estamos cansados de oír puros discursos.

Tenemos que actuar antes que perdamos esta oportunidad.
(Sale).

RAÚL (Entrando).— Hay que desconfiar de Felipe. El está llegando a arreglos, a espalda de los estudiantes (Sale).

PANCHO (Entrando).— No vivimos aislados en la Universidad, vivimos en una sociedad. A ella tenemos que atacar (Sale).

SILVIA (Entrando).— Ahora, ahora mientras seamos jóvenes. Hay ejemplos que seguir. Hay quienes han muerto para dar testimonio de sus ideales (Sale).

TITO — No es una posición nueva, ni siquiera revolucionaria. Se trata de no transar con los aprovechadores de siempre (Sale).

ARNALDO (Entrando).— Tenemos que encontrar una forma de vivir en una sociedad que no nos avergüence (Sale).

VIOLETA (Entrando).— Lo único que interesa a los profesores son las cátedras que quedarán vacantes y cuánto van a ganar en la Universidad reformada.

(Se oye una explosión de júbilo. En la panorámica sombras que saltan y se abrazan).

VIOLETA (Entrando).— ¿Qué sucede?

RAÚL (Entrando con TITO).— Parece algo importante.

PANCHO (Entrando seguido de ANA).— ¡Una noticia!

(Entran ARNALDO, luego SILVIA).

ARNALDO — Tal vez la noticia de otras tomas... de fábricas, de oficinas, de iglesias...

SILVIA — ¡Lo que nosotros pedíamos!

(Entra RAMÓN dando saltos de júbilo).

RAMÓN — ¡Ganamos! ¡Ganamos! (Abraza a los demás).

RAÚL — ¿Cómo? ¿Cómo que ganamos?

PANCHO — ¿Y nuestros planteamientos?

RAMÓN — ¡Todos! ¡Todos los ganamos! ¡Victoria total!

(Explosión de alegría en el grupo. Risas, abrazos, toman en vilo a RAMÓN).

ARNALDO *(En medio de la algarabía).* — ¿Resultó el plan? ¿Todos estamos unidos? ¿El pueblo está junto a la Universidad?

RAMÓN — ¡Todos juntos! ¡Hemos triunfado!

ANA — ¡Vamos a quemar al monigote!

(Todos hacen mutis corriendo, gritando, ad libitum, vuelven a entrar por el otro extremo del escenario, y en el medio de él, dan saltos tratando de alcanzar al monigote hasta que, por fin, lo bajan,. Se abalanzan sobre él, pero RAMÓN se interpone gritando).

RAMÓN — ¡No! ¡Un momento! ¡Calma! ¡No pueden hacerlo!
¡Calma!

(Ante la acción de RAMÓN, los demás se detienen y callan mirando expectantes a RAMÓN).

SILVIA — ¿Por qué, no?

RAMÓN — Déjenme explicarles.

ARNALDO — ¿Qué hay que explicar?

RAMÓN — El Rector. . . El Rector sigue.

TITO — Pero. . . ¿Cómo? . . . ¿No dijiste. . .?

RAMÓN *(Interrumpiendo).* — El Rector aceptó la Reforma. Hizo suyos todos los planteamientos de los estudiantes. Está con nosotros.

ANA — ¿No lo íbamos a quemar cuando ganáramos?

RAMÓN — ¡El Rector es un viejo encachado, Anita! ¡Sabe mucho!

TITO — ¿Y a eso le llamas tú ganar?

RAMÓN — ¿Saben cuál es la mejor garantía? Se acaban de crear dos cargos de Virrectores. ¡Y apuesto que no adivinan a quiénes nombraron! ¡A Felipe y a Rafael Henríquez! ¿Se dan cuenta? Al líder de los estudiantes y al jefe de los profesores reformistas.

RAÚL — ¡Principió la repartija!

RAMÓN — ¡No, Raúl! No es eso. Hay que organizarse. Formar los nuevos cuadros para la reforma.

RAÚL — ¿Nuevos cuadros? ¿Y dónde estás tú en los nuevos cuadros?

RAMÓN (*Vacila un momento*).— A mí... a mí me van a nombrar investigador.

RAÚL — ¿Investigador? ¿Qué es eso?

RAMÓN — Investigador, tú sabes... Hay que investigar... ¡Investigador, pues! Es buena pega. Paso a ser docente medio.

SILVIA (*Para sí*).— ¿Y ahora?

RAMÓN — Ahora tenemos que formar en el desfile. Todo el grupo junto. En la puerta principal les van a entregar un papel con las nuevas consignas.

VIOLETA — ¿Nuevas consignas?

RAMÓN — ¡Claro! No se les vaya a ocurrir gritar lo mismo que cuando nos tomamos la Universidad. ¡Sería una plancha! (*Dirigiéndose a RAÚL*). ¡Eh, tú, maceteado! ¡Ayúdame a abrir la puerta!

(*RAÚL con desgano se acerca a RAMÓN. Entre ambos hacen la mímica de despejar los muebles y trancas que habían puesto para asegurar la imaginaria puerta en medio del escenario. Principia a oírse, a lo lejos, el himno de «La Toma».*

Abren la puerta. Sube el tono del himno y aumenta la luz. El encierro ha terminado. RAMÓN respira hondo en medio de la puerta abierta. VIOLETA, RAÚL, TITO y ANA se acercan a mirar el espectáculo de una calle por largo tiempo ajena).

RAMÓN — ¡Ya! ¡Apúrense, que no quiero que mi grupo vaya a la cola!

TITO — ¿No va a haber pelea con los pacos?

RAMÓN — ¡Se te ocurre, Tito! Si el desfile está autorizado por la Intendencia. En la Plaza de Armas va hablar el Rector y los dos flamantes Virrectores. ¡Ya! ¡Muévanse rápido! Yo los espero en la puerta principal.

(*Mutis de RAMÓN por la platea*).

ANA — A lo mejor está bonito.

TITO — Y con las ganas que teníamos de desfilarse...

ANA — ¿Van a ir Uds.?

ARNALDO — Vayan, vayan, chiquillos. Ya nos veremos.

ANA (*Iniciando el mutis con TITO*). — A lo mejor nos tiran flores desde los balcones.

TITO — Apuesto que mi mamá me está esperando para verme desfilarse.

(*Mutis de TITO y ANA por la platea*).

VIOLETA — ¡La mamita lo va a esperar!

RAÚL — Resignate, Violeta. Madre hay una sola.

VIOLETA (*Lo mira enojada y después se ríe*). — ¡Pesado!

RAÚL (*A VIOLETA*). — ¿Vamos? ¿Qué más hacemos aquí?

VIOLETA — Vamos (*A los que quedan*). — Ya nos veremos.

(*Mutis de VIOLETA y RAÚL por la platea. SILVIA mira a su alrededor. Se acerca al monigote y lo toca con cariño*).

SILVIA — ¡Lesera! Me había encariñado con todo esto. Por primera vez había sentido que tenía un hogar, un hogar de verdad... (*Extiende un papel con monigotes recortados y tomados de la mano. Los mira. Se encoge de hombros. Los rompe y los bota*). Habrá que volver a la realidad (*Se acerca a la puerta. La luz del exterior la encandila un tanto*). Es como cuando uno sale del teatro (*A ARNALDO*). Chao.

(*Mutis de SILVIA por la platea. PANCHO en un extremo del escenario está cabizbajo, con los puños crispados, tratando de contener el llanto. ARNALDO repara en él y va a su lado. Le pasa la mano por la cabeza cariñosamente*).

ARNALDO — Vamos. Hay que irse. Se acabó la toma (*PANCHO no contesta. ARNALDO lo abraza brevemente por detrás*). No hemos perdido la guerra, hombre. Apenas una guerrilla. ¡Hay que seguirla! (*Separándose de PANCHO y palmo-teándole el hombro*). Ya te acostumbrarás, muchacho...

Ya te acostumbrarás (PANCHO *no reacciona*. ARNALDO *se encoge de hombros e inicia el mutis silbando despacio y lentamente «Sol de Septiembre»*).

PANCHO — ¿Cómo? ¿Cómo es eso que contaste que habías oído en un discurso? ¿Eso que repetían los soldados franceses cuando volvían derrotados desde las trincheras?

ARNALDO — Llegará el día. . . (*Mutis por la platea*).

PANCHO (*Débilmente, pugnando por no llorar*).— Llegará el día. . . llegará el día. . . llegará el día. . . llegará el día. . .

(*Mientras tanto se van apagando las luces del escenario hasta quedar solamente iluminada la cara del monigote*).

F I N

HIMNO DE «LA TOMA»

*Ha llegado el momento de lucha.
Juventud que no lucha no es tal.
Del maestro venial y mediocre
limpiaremos nuestra Universidad.*

*Formaremos un mundo mejor:
Hombre nuevo que sepa luchar.
Por vosotros, muchachos del mundo,
nos tomamos la Universidad.*

*Llegue a ella el joven que busque
en la ciencia y el arte progresar;
que se cierren por siempre sus puertas
al negocio, al indigno patán.*

Formaremos un mundo.



CORMORAN
El libro chileno
de bolsillo

José Ricardo Morales

**UN MARCIANO SIN OBJETO/
COMO EL PODER DE LAS NOTICIAS
NOS DA NOTICIAS DEL PODER**

Prólogo de Martín Cerda

Libros "Cormorán". Colección "Teatro"
(1971), 96 pp.

Con las dos obras incluidas en este volumen, José Ricardo Morales (1915) confirma sus excepcionales condiciones de dramaturgo, ya reconocidas por la crítica, particularmente a propósito de *La vida imposible* y *Teatro de una pieza*.

A través de situaciones reconocibles en la experiencia del hombre actual, estas obras ponen de manifiesto algunas de las fuerzas que impiden a éste llegar a ser, en forma plena, una persona. Su carácter de farsas sobre aspectos cotidianos de la vida revela, en otras palabras, hasta qué grado la existencia del hombre es alterada hoy por las condiciones de un mundo cada vez más enajenante. Dramaturgo de la dificultad de ser, José Ricardo Morales propone a la escena una obra que, por su rigor, puede emparentarse con las de Beckett y Ionesco, como lo advierten ya los estudiosos y el público más vigilante de España e Hispanoamérica.

Gabriel Lafond de Lurcy

VIAJE A CHILE

Traducción de Federico Gana

Libros "Cormorán". Colección "Testimonios"
(1970), 167 pp.

Las páginas de este libro fueron extraídas de la relación de sus viajes alrededor del mundo que, en cinco volúmenes, publicó el marino Gabriel Lafond de Lurcy entre 1842-1845. Fue traducido y publicado por primera vez en Chile en 1883, por el diario *La Epoca*, y luego, en 1911, por el escritor Federico Gana, cuya versión ahora reeditamos. Lafond de Lurcy ofrece en este *Viaje a Chile* una penetrante y atractiva visión de la forma de vida, fiestas, usos y costumbres de

la sociedad chilena durante los primeros años de existencia republicana, que hace de esta obra un valioso y ameno testimonio sobre la fisonomía de nuestro país a comienzos del siglo XIX.

Pedro Prado

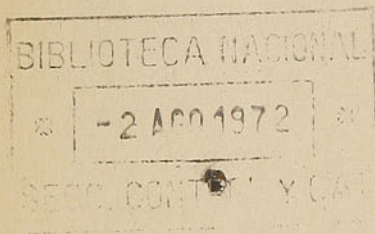
EL LLAMADO DEL MUNDO

Prólogo, selección y notas de René de Costa

Libros "Cormorán". Colección "Los Fundadores"

(1971), 180 pp.

La poesía de Pedro Prado (1886-1952) anterior a 1934 y algunos de sus más importantes ensayos y notas son casi desconocidos para los lectores actuales. *Flores de cardo* (1908), *El llamado del mundo* (1913) y la singular invención literaria de los *Fragmentos* del supuesto poeta afgano Karez-I-Roshan (1921) no fueron nunca reeditados; varios poemas, aparecidos en periódicos de Argentina y de Chile entre 1915 y 1926, y la mayor parte de la prosa dispersa del autor tampoco fueron recogidos en libro. Esa vasta producción constituye "la trayectoria ignorada" de Prado, que ahora se edita en este volumen preparado por el profesor René de Costa, de la Universidad de Chicago, quien ha realizado una acuciosa investigación y ha dispuesto y anotado los textos que conforman *El llamado del mundo*.



SECC. CHILENA



1845
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12

RECORDED
SERIALIZED
JUN 19 1945



Sergio Vodanović (n. en 1926) es uno de los autores más significativos en la actual dramaturgia chilena. Ya en sus primeras obras se advirtió la presencia de ciertos rasgos, temáticos y estructurales, que en su producción posterior, principalmente en *DEJA QUE LOS PERROS LADREN* y *NOS TOMAMOS LA UNIVERSIDAD*, aparecen con máxima plenitud. En el primer caso se trata del propósito crítico que anima al autor en su examen de la corrupción moral del medio social, del poder de los intereses creados y del desencanto de una adolescencia que intenta angustiosamente restablecer los ideales éticos que confieran sentido a la vida. El segundo aspecto se refiere a la eficacia con que Sergio Vodanović desarrolla las situaciones dramáticas, a través de un planteo riguroso, nítido e intenso, de la utilización certera de un diálogo vivaz y fluido, y de la precisa caracterización de los personajes. En las dos obras reunidas en este volumen —cuya primera edición se agotó rápidamente— se manifiestan cabalmente esas virtudes, así como el alcance actual y universal de los conflictos que constituyen la materia de su teatro.

